UNA INVESTIGACIÓN DEL INSPECTOR ÁLEX CORTÉS

CUANDO BARCELONA PERDIÓ LA CORDURA

RICCARDO BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

Cuando Barcelona Perdió la Cordura

Un thriller del inspector Álex Cortés

First published by ESCRITOR TOKENIZADO 2023

Copyright © 2023 by Riccardo Braccaioli

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Depósito legal: 2311096065285

First edition

Proofreading by Marta Pérez Braña
Editing by EVA ALTON

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

ESCRITOR TOKENIZADO

…a Eva

De todas las cosas que he perdido la que más extraño es mi cordura.

Mark Twain

Antes de **CUANDO BARCELONA PERDIÓ LA CORDURA**, hubo

Conoce la historia de lo que realmente ocurrió en la **primera investigación** del inspector Alex Cortés en Barcelona.

Una **PRECUELA EXCLUSIVA**, ¡completamente gratis para todos los que se unan al Club de Lectores de Álex Cortés!

¡ÚNETE AQUÍ!

Entre su obra destaca:

Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)

Asesinato en el Rally Costa Brava

El Plan Mónaco

Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta

El Secuestro Ferrari

Festival de Muerte

Última Salida

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo

El Hedor de la Verdad

Asesino a Bordo

El Diablo Nunca Duerme

Cuando Barcelona Perdió la Cordura

El Vampiro de Barcelona

“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad y con nombres de personas es una pura coincidencia.

01

Álex Cortés cerró la puerta del despacho de su subinspector. Habían pasado años desde que la abrió por primera vez. Desde entonces muchas cosas habían cambiado.

Barcelona era diferente y, por supuesto, su vida.

Había un nuevo caso en la ciudad que merecía sus atenciones. Un asunto diferente, del que se tenía poca información. Un reto que, a diferencia de los anteriores, no lo llevaba a una morgue como siempre, sino a un hospital.

Había superado el huracán de nombre Néstor Luna y varias tormentas menores. Por el misterioso juego de la fortuna, o por el intachable trabajo de la policía, ahora ese asesino estaba entre rejas. Una prisión de máxima seguridad confinaba, por fin, al Asesino del Criptograma.

En su estela dejó muchas muertes e igual número de enigmas.

Álex subió a su motocicleta y se fue hacia el hospital Dos de Mayo. La visera oscura impedía que los transeúntes lo reconocieran cuando le pasaban por delante en los semáforos. Álex, que había pasado a ser de héroe a villano meses atrás, volvía a ser considerado por la sociedad el hombre del momento: etiquetas efímeras que los medios de comunicación aplicaban solo para sus fines comerciales y propagandísticos.

Febrero en Barcelona era la peor época para moverse en moto: el frío, la lluvia y la humedad hacían mella en los rostros de las personas. Abrigados, se movían como pingüinos vestidos.

El subinspector Reixach lo había llamado a su oficina esa mañana, inesperadamente. Eso solo podía significar dos cosas: o bien un tirón de orejas, o un nuevo marrón para su grupo de investigativa. Resultó ser lo segundo.

—Buenos días Álex, acomódate —dijo el jefe haciendo un gesto con la mano. Tenía aire de ir de buenas ese día.

El jefe había cambiado mucho con él desde que habían conseguido atrapar al asesino en serie. No defendía las técnicas empleadas por el sargento, pero sí sus resultados. Álex pisoteaba la ley y el protocolo, según el jefe, para conseguir encerrar a los criminales sueltos por la ciudad.

Pero los resultados hablaban por sí solos.

—Jefe —dijo escueto el sargento acomodándose en la silla.

El subinspector miró hacia la ventana, haciendo girar su silla con ruedas.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó afable.

Álex torció la boca un segundo antes de contestar.

—Bastante bien, gracias. ¿Me has llamado por algo, jefe?

—Verás, quería saber si sigues interesado en volver a Tarragona como hace meses o quieres quedarte aquí.

Álex se rascó la barba; no se esperaba esa pregunta. Hacía tiempo que se había resignado a vivir en Barcelona. El traslado ya no era su prioridad, por lo menos a corto plazo. También había olvidado, en parte, el agujero negro que había dejado Mary al morir. Las visitas esporádicas de Emily Walsh a Barcelona le daban un aliciente a Álex para quedarse. La periodista había regresado a Londres una vez terminado el trabajo, pero se visitaban regularmente.

—Hacía tiempo que no pensaba en esa solicitud que firmé —

afirmó levantando las cejas—. ¿Me lo tengo que tomar como una invitación?

—No, en absoluto —contestó rápidamente el jefe—. Eres uno de mis mejores hombres. ¿Cómo iba a quererte fuera de mi comisaría? Voy a romper el documento y confirmar con Tarragona que te quedas. Me llamaron ayer por la tarde solicitando tu traslado. Ya ves, les gustaría tener en su comisaría central al famoso Álex Cortés —concluyó sonriendo y contento de mantener bajo su propio techo a su mejor agente.

—No lo descarto, a largo plazo… —dijo Álex para que el jefe no se sintiera tan seguro de la respuesta. Era bueno mantenerlo contra la espada y la pared.

—¿Para qué me has llamado, Alfonso?

El jefe se acomodó en el respaldo.

Mordisqueó un bolígrafo barato y regresó a mirar por la ventana.

—¿Has leído los periódicos últimamente?

—¿Debería?

—Ha habido dos casos muy extraños en las últimas semanas. Dos hombres han sido hallados deambulando por la calle con heridas poco habituales.

—Eso no es un caso para nosotros, díselo a la urbana. Ellos se encargan de agresiones y de casos menores.

El jefe lo miró perplejo.

—Álex, entiendo que tienes mucho trabajo, pero me gustaría que fueras a verlo, y averigües un poco. Si son dos casos aislados, carpetazo. En caso contrario, me gustaría que estuviéramos preparados.

—¿Quién te ha apretado en esto? —preguntó Álex.

El jefe rio y se miró las manos.

—Eso da igual. Se trata de víctimas con signos parecidos, en dos zonas diferentes de la ciudad y podría haber una correlación. Por favor, te llevará solo una mañana.

El jefe le indicó dónde tenía que ir y con quién hablar.

«Necesito que compruebes que no es nada, que simplemente es una coincidencia y nada más», fueron las últimas palabras del jefe, que Álex repetía en su mente de camino al hospital. Una noticia de poca relevancia en una página de un diario. Una crónica de la ciudad como tantas otras. Pero dos ciudadanos habían sufrido heridas extrañas y no eran autoinfligidas, así decía el artículo.

El caso pintaba ser interesante, desgraciadamente.

Aparcó la moto en la acera frente al hospital. Un edificio marrón, cortado por el ángulo de los buses eléctricos del plan Cerdá. El aire era frío y entraba punzando en la nariz.

Álex entró por urgencias y se fue hacia el departamento de la UMI. Allá donde iba llamaba la intención: un hombre guapo con rizos oscuros y un casco bajo el brazo.

Se acercó al mostrador de la primera planta y se presentó.

—Busco a la doctora Fuentes.

La enfermera levantó en seguida el teléfono y la llamó. No tardó en aparecer por el pasillo.

La doctora Fuentes era una mujer rubia y de mediana edad. En su rostro se dibujaban arrugas precoces por haber visto de todo por esos pasillos. Mirar cada día a la muerte a la cara acorta la vida, pensó Álex después de alargarle la mano y presentarse.

—Vengo a hablar con usted por el caso del señor Salazar, Diego Salazar.

Ella lo miró perpleja.

—Habéis tardado demasiado en venir, pero más vale tarde que nunca —dijo ella con desdén.

Luego dejó una carpeta en la pared de la habitación de la que justo salía y arrancó a caminar pasillo abajo.

—¿Qué quiere decir?

—Que el señor Salazar lleva aquí varias semanas.

—¿Y aún no se ha recuperado?

Ella se detuvo y le miró a los ojos.

—Usted no se recuperaría de lo que le han hecho al señor Salazar

—espetó la médico—. Nadie se recupera de eso.

Álex se inclinó hacia atrás, sin entender bien lo que le decía la mujer. Luego ella reanudó la marcha y llegaron al final del pasillo.

Iba a abrir la puerta, cuando se detuvo.

—Señor Cortés, ¿ha desayunado? —dijo e hizo como si esperaba la respuesta—. Porque esto es para estómagos fuertes.

Entonces abrió la puerta y Álex pudo ver la habitación del paciente. El señor Salazar estaba sentado en la cama, mirando por la ventana. A Álex no lo asustó lo que vio, sino lo que sintió que provenía de esa habitación.

Se quedó mirando al paciente, sin saber qué hacer.

—¿Entra, señor Cortés? —dijo la doctora desde el interior.

02

En ocasiones Álex sentía la muerte en la escena del crimen. Los asesinos también, por eso a veces volvían a la escena del delito, para revivir esa especie de orgasmo que sentían al matar. La mente humana trasciende lo terrenal. Amar, sentir y ver son cosas comunes en la mayoría de las personas. Luego están las personas hipersensibles, que pueden sentir cosas que los demás no perciben. No es ciencia ficción, no es esoterismo. Es sensibilidad. Es aceptar que hay más de lo que ven los ojos. No todo el mundo está dispuesto a creer en lo que no se ve.

Álex no tenía dotes sobrenaturales, todo lo contrario, pero sentía, en ocasiones, la fuerza de la maldad en la escena de un crimen.

Al entrar en esa habitación del hospital sintió algo parecido. Sin embargo, su intuición chocaba de pleno con la situación: el señor Salazar estaba vivo, o eso parecía.

Después de entrar en la estancia y observar la escena, retrocedió y agarró de la manga a la doctora.

La arrastró fuera y cerró la puerta para que no los oyeran. No pudo esconder su alteración: se reflejaba en sus ojos, y en sus jadeos al respirar.

—¿Qué es… eso? —dijo.

—Señor Cortés, por favor, compórtese. Le conozco muy bien. Usted llevó el caso de Néstor Luna y la maldita furgoneta. ¿Y ahora me viene con esto?

—Doctora, lo lamento, pero… —dijo y señaló hacia la habitación —. Eso no es un cadáver, pero tampoco está vivo, maldita sea.

La mujer lo observó con perplejidad, casi incrédula.

—Lo que usted llama “eso” es un hombre contra el que se ha cometido una atrocidad.

Álex se giró y se pasó la mano por el rostro.

La doctora le cogió del brazo.

—Entre conmigo, por favor.

—No, si antes no me dice qué le ha pasado.

Ella lo soltó y suspiró.

—Hágame un favor, entre, mírelo, intente hablar con él o por lo menos con su mujer. Y luego volveremos a hablar de lo que creo que le ha pasado.

Álex después de pensarlo, asintió.

Regresaron a la habitación.

Junto al hombre estaba sentada una señora, que lo miraba si poder dejar de llorar.

—Lleva así desde que entró —susurró la médica.

Álex dio un paso al frente.

—Buenos días, soy el sargento Cortés de la policía investigativa.

La esposa se giró y después de secarse con un pañuelo, le acercó la mano.

El marido ni se inmutó. Miraba por la ventana con la vista perdida. De la boca entreabierta le colgaba un hilo de baba. Un ojo estaba más abierto que el otro y los dos presentaban rojeces y ojeras. El derecho, además, estaba muy hinchado.

—Hola, agente —dijo ella.

—Hola, Diego. ¿Me puedes oír?

—Sí que lo oyes, ¿verdad cariño? —contestó la esposa en su lugar.

—¿Cómo se encuentra, señora? —dijo Álex colocándole su mano en el hombro pero sin perder la visión del marido.

La señora se echó a llorar aún más fuerte.

El paciente seguía sentado en una silla. Llevaba el pelo cortado y

Álex, al acercarse, vio que presentaba una enorme cicatriz en la cabeza.

Cuando recuperó el aliento pudo articular unas palabras.

—¿Quién le ha hecho esto a mi marido? —dijo y se giró hacia él—. ¿Usted lo sabe?

Él negó y tosió.

—Estamos investigando, señora —dijo y se giró hacia la mujer, sintiéndose tan triste como ella.

Entonces el marido levantó la mano, señalando hacia el infinito, y de su boca salió un sonido gutural acompañado por un chorro de saliva viscosa que manchó aún más su bata verde.

Álex bajó la vista, abrumado.

—Señora Salazar, enseguida volvemos —dijo la doctora, y se llevó a Álex fuera de la estancia.

—¿Qué demonios le ha pasado?

—Quería que lo viera primero, sargento.

—¿Lo habéis operado? —dijo él, sintiendo pena por el hombre.

—Sí, lo hemos intentado, pero no ha habido nada que hacer, es irreversible.

—¿Me puede explicar qué demonios le ha pasado?

Ella tragó saliva y miró hacia arriba. Alargó el momento, procurando aguantar la rabia que sentía por el sistema. Estaba claro que no se había imaginado que un día se encontraría con una situación así. Pero allí estaba. Era algo que solo había visto en los libros de medicina, una técnica practicada en el pasado en la medicina experimental. Pero ahora lo tenía frente a sí. Aquel método prohibido se había convertido en un experimento en un individuo previamente sano.

—Le han practicado una lobotomía.

Él la miró extrañado, sin comprender la palabra.

—¿Cómo?

—Sí, y no es el único.

03

El perro ladraba diferente según quién se acercase: desde la casa sabían si era un zorro, un gato o un coche. Ana Cortés dormía más tranquila con un perro en casa. De noche estaba dentro de la casa y de día se paseaba por la propiedad. Ese día a media tarde llegó el Mercedes que esperaban. Ana se levantó del sofá y fue a la ventana. Apartó la cortina y vio el coche de lujo estaba recorriendo el caminito de gravilla blanca.

La finca se encontraba en una pequeña ladera, delante del embalse de Siurana, en el Priorat. A menos de media hora de su casa natal en Tarragona y a una hora de coche de Barcelona.

Allí vivían felices, recuperando la tranquilidad que abandonó a la familia de Ana tras su encuentro con un asesino en serie.

—¿Quién es, cariño? —gritó Alberto, su marido, desde el otro lado de la casa.

—Es Patrik, amor, voy yo.

Abrió la puerta y fue a recibirle.

El Mercedes negro estaba siendo asediado por el perro. El coche se detuvo y esperó unos instantes. Luego bajó la ventanilla.

—Ana, ¿puedes coger a esa bestia feroz? —dijo el invitado.

—Tranquilo, no hace nada si estoy yo.

Él se lo pensó, mirando cómo volteaba alrededor del coche como si fuera una presa.

—Aun así, me sentiría más cómodo si lo sujetaras.

Ana puso los ojos en blanco.

—¡Panettone, ven aquí! —gritó la mujer.

Luego agarró del collar al *Golden Retriever* y lo ató a una cadena en un lado de la casa.

Entonces el hombre salió de su coche de lujo.

—¿Le has puesto a esa bestia el nombre de un postre italiano?

Patrik y la elegancia iban de la mano. Vestía pantalón negro de pitillo y zapatos con doble hebilla. La camisa blanca estaba perfectamente planchada. En cuanto pisó la gravilla miró sus zapatos, por si se le ensuciaban.

—Hola, querida —dijo y le dio dos besos.

—Ven, entra —contestó ella.

Antes de seguirla, el editor se giró y cogió la americana del asiento trasero. Le quitó un pelo y se la puso.

—*Very nice* —dijo observando el panorama.

Ella sonrió abrazándose por el fresco que hacía.

—Sí, hemos tenido suerte de encontrar este lugar. Alberto tiene buenos contactos.

Él sonrió y entraron. Se sentaron en un salón al lado de la chimenea.

Mientras que Patrik inspeccionaba la casa, Ana preparó un té. Luego lo apoyó en una mesita y comenzaron a hablar mientras lo servía.

—¿Una galleta?

—No, *thanks*. Muy bonita esta casa. Muy… acogedora —dijo el hombre con un marcado acento escandinavo.

Patrik Cletman era el editor de Ana Cortés. Uno de los hombres más influyentes del mundo editorial español. Podía oler un éxito literario desde la distancia. Podía levantar la carrera de un escritor y podía hundirla.

—Patrik, nadie te saca de tu despacho de lujo en el Paseo de Gracia, de tus cuatro restaurantes con estrella Michelin o como máximo de un avión hacia Madrid —dijo ella mientras sujetaba una

taza humeante de té de jazmín—. ¿Qué te trae a este rincón del mundo?

Él rio y se miró las uñas, recién pasadas por una manicura.

—*Well* —dijo y continuó riendo—. *Touché,* amiga mía. La verdad es que se trata de una gran oportunidad.

—¿Qué oportunidad, Patrik? —replicó ella, empezando a entender el motivo de la visita.

—La verdad es que nuestra última reunión nos dejó un mal sabor de boca. Cuando los Mossos d'Esquadra te llevaron a no sé dónde… pero bueno. Lo que quiero decirte es que tenemos una conversación a medias. ¿Te acuerdas?

Ella tragó un sorbo de té y contestó.

—Sí, perfectamente. Querías que escribiésemos un libro sobre mi vivencia con Néstor.

—Sí, exacto. Es un libro del que podríamos vender millones de ejemplares. Podemos dar un enfoque de *True Crime*. Tu experiencia, tu vivencia, lo que pasó y lo que sentiste con el último asesino en serie de Europa después de Nielsen. ¿Qué me dices?

Ella se frotó un ojo, pensando.

—¿Qué me dices? —repitió él, ilusionado, y luego cogió su taza de té y dio su primer sorbo.

—No.

Patrik casi escupió el té. Lo soltó en la misma taza, tosiendo.

—¿Estás bien?

Él continuó tosiendo hasta que consiguió normalizar la respiración.

—No. No estoy bien. ¡Ok! ¿Sabes cuánto dinero podemos ganar? ¡Te explico! Tenemos ya apalabrado un contrato de traducciones de este libro. Tengo entrevistas con televisiones extranjeras, una gira por Europa. Incluso tengo al mismo Netflix que quiere lanzar una docuserie para el lanzamiento del libro. Ana, espera, ¿te das cuenta de todo esto?

—Sí, Patrik, pero podemos hacer otro libro como los que ya hicimos. No sé, sobre los asesinos en serie americanos. O las

consecuencias antropológicas, o la relación entre True Crime y prensa.

—Tonterías, Ana. ¿Eso qué son? ¿Diez mil, veinte mil copias? Porque llevaría tu nombre, no por nada más. ¡No! La gente quiere saber qué pasó contigo y Néstor, cómo era, qué hacía, tus pensamientos, tus miedos, tus sensaciones. La gente quiere saber, quiere sangre y entrañas. La sociedad quiere la verdad y saber qué sentiste cuando te cortó la mano.

Ella se sentía apabullada por las ansias de dinero que demostraban los ojos de su editor. Sacudió la cabeza.

—No, Patrik, no quiero hacerlo. Lo siento.

—Pero Ana, espera un momento, ¿sabes lo beneficioso que sería para ti volver a revivirlo? Escribirlo es superarlo, sería terapéutico para ti —dijo y se arregló la americana estirándola hacia abajo—. He hablado con el mejor psicólogo de Barcelona y estaría dispuesto a ayudarte en este proceso —concluyó orgulloso.

—¡No! No quiero volver a revivir eso —soltó tajante.

Patrik vio que el castillo de la criminóloga era inexpugnable. Buscaba el flanco adecuado, ya fuera por el lado emotivo o por el lucrativo.

—Ok, estaría dispuesto a darte un adelanto de… —dijo y esperó a ver la reacción de la mujer, como si fuera un programa televisivo—. Exactamente medio millón de euros para que me hagas este libro. *It's a great offer, isn't it?*

—Mira Patrik, yo nunca he escrito por el dinero; me gusta mi trabajo. Ahora quiero vivir más tranquila, además, con nuestros ahorros y el muy buen trabajo de mi marido… no tenemos necesidad.

Patrik empezó a desesperarse. Se acercó a ella, sentándose en el borde del sillón.

—Ok, escúchame bien, Ana. Tengo mano en todo esto. No te puedes imaginar los hilos que he movido… pero he conseguido lo siguiente: Néstor Luna en el juicio hizo escena muda. *Nothing*. No dijo ni mu. Ya lo sabes… *you know*. Has visto la tele. Bueno. Pues he conseguido un permiso especial para que puedas entrar en la cárcel y

hablar con él. ¿Y sabes lo mejor de todo esto?

Ella, inexpresiva, se quedó quieta y expectante por ver qué se iba a sacar de la chistera.

—Él ha solicitado hablar contigo —dijo, le dio una palmadita sobre la rodilla y luego se volvió a colocar en el sillón—. ¿Te das cuenta? Este tío no quiere hablar con nadie. Sé que lo han intentado muchos, muchos profesionales, pero nada. *Nothing* —dijo y bajó la voz para acabar lo que continuaba—. O sea, es una oportunidad de oro. Solo quiere hablar contigo. ¿Te das cuenta? —concluyó levantando los brazos al cielo.

Ella no contestó. Era incapaz de identificar si eso era bueno o malo.

—¿Oyes? —dijo Patrik colocándose una mano al lado de la oreja.

Ella no entendió. Miró por la estancia, extrañada, sin entender bien qué tenía que escuchar.

—Es el sonido del dinero. Mucho.

Ana bajó la vista y dio otro sorbo a su té.

—Mira, si no quieres hacerlo por ti, piénsatelo, hazlo por tus lectores o por tus seguidores. ¿Sabes cuántas cartas recibimos cada día pidiendo un nuevo libro tuyo? ¿Eres consciente?

Ella suspiró y se mordisqueó el labio inferior.

—Bueno, déjame que lo piense.

—Muy bien —dijo Patrik, dejando la taza de té en el platito de porcelana de estilo victoriano—. Tienes dos días para decirme lo que decidas, o tendré que cancelar los acuerdos.

La conversación terminó ahí. Tras ella solo se intercambiaron palabras vacías, con las que Patrik intentó complacerla. Hablaron de su hijo, de la casa y el marido, solo para acercarse un poco más a ella.

Cuando Patrik se fue, ella quedó aturdida por todo el revuelo mediático que estaba sucediendo fuera de los muros de su casa. La oferta era muy tentadora, pero no la consideró ni un momento.

Entró a la cocina a dejar la taza de té de Patrik y cuando se giró vio a Alberto, su marido, de pie en el umbral de la puerta. Su rostro era diferente; se veía desencajado, nada que ver a su expresión de un rato antes. El hombre era un sufridor nato, que nunca mostraba sus dolores, ansiedades o problemas. Era hermético, la antítesis del compañero de una psiquiatra.

—Cariño, ¿estás bien? —dijo ella acercándose y apoyando la mano en su pecho.

Su expresión la preocupó muchísimo: pocas veces lo había visto así.

—No, amor. Me acaban de dar una mala noticia. Una pésima noticia.

04

Álex Cortés se enfrentaba de nuevo a la realidad. Se quedó boquiabierto tras escuchar el parte médico de la doctora Fuentes, aunque no acabase de entender la situación.

¿Qué hacía él en un hospital?

¿Por qué el subinspector lo había enviado allí, cuando ese tipo de casos no les correspondían?

Era la última puerta del pasillo de la UMI, Unidades de Medicina Intensiva. Una zona tranquila y discreta, alejada de las demás, para evitar visitas inoportunas. Las luces fluorescentes iluminaban el pasillo de forma artificial. A Álex no le gustaban los hospitales, desde que de pequeño se rompió una pierna al caerse de la bici. Aquel olor a lejía lo transportaba de vuelta a ese verano durante el que tuvo que soportar el calor con un yeso en la pierna.

—¿Qué narices es una *loboto*…?

—Es una técnica, un tratamiento quirúrgico que en el siglo pasado se usaba para reducir ciertos comportamientos anómalos. Sobre todo, se usaba en esquizofrénicos e individuos con problemas de conducta agresiva.

—Espere, espere. No me ha informado de que ese hombre tuviera ese tipo de “conducta”.

—Es que realmente no se lo he dicho —dijo la doctora, y Álex levantó las manos sin entender—. Pero es que tampoco las ha tenido

nunca. El señor Salazar tenía una vida normal y era un individuo sano. No tenía ningún problema.

—¿Entonces?

—Pues algún loco se la ha practicado sin ninguna necesidad.

—¿Por qué alguien haría algo así? —replicó Álex indicando la puerta de la estancia del señor Salazar.

Ella se sorprendió.

—¿Perdone? El mundo está lleno de personas sin escrúpulos y asesinos sin razones de ser ni de actuar.

—Aparentes, doctora, sin razones aparentes —dijo Álex.

El policía vio unas sillas contra la pared y se sentó. Se estiró contra el respaldo y apoyó la cabeza en la pared.

—¿Qué piensa hacer, sargento Cortés?

Él bufó.

—Solo me faltaba esto —musitó.

—¿Cómo dice?

—¿Usted conoce al subinspector Reixach?

Ella miró al suelo por un segundo. Era la primera vez que la mujer se veía en una posición similar; algo la alteró, por un segundo. Fue casi imperceptible, pero Álex se dio cuenta.

—¿Qué le pasa? —preguntó Álex.

La mujer se rascó un ojo y las microexpresiones de su rostro cambiaron.

—Es un amigo —confesó ella.

—¿Un amigo?

—Desde que su mujer nos dejó, digamos que lo estoy ayudando a superarlo.

Álex movió las comisuras de la boca. Sabía que algo le había pasado a su esposa y su carácter había empeorado desde entonces.

—No me interesa qué tiene con mi jefe, si no por qué me ha enviado.

—No, no, no tenemos nada —aclaró ella alzando las manos.

Él negó con la cabeza.

—Me da igual. Lo que quiero saber es por qué estoy aquí. Este tipo de casos no son de nuestra competencia.

—Hay una denuncia, por supuesto, pero no confiamos en que se pueda resolver. Esto no se puede tomar a la ligera. Hay otro caso en el Hospital del Mar. ¿Se da cuenta? Dos casos de lobotomía en Barcelona, infligidas a gente sana. Esto marca un antes y un después.

—Esto no es un asesinato. Lo siento por ellos y por usted, pero no voy a desviar recursos de mi grupo de investigación para investigar estos sucesos —dijo él mirándola a la cara—. Lo siento.

Dicho eso, se levantó y se despidió. La mujer, a pesar de su experiencia, no esperaba esa reacción. No esperaba recibir un no como respuesta. La presión del jefe, su amigo Alfonso Reixach, había servido para que Álex fuera hasta allí, pero ella había fallado en convencerlo de que aceptara el caso e investigara.

El policía, a pesar de lo dramático de la situación desde el punto de vista de un médico, estaba a punto de esfumarse, y junto a él la posibilidad de que se investigara como era debido. Desesperada, la doctora jugó la carta más fuerte de la que disponía. La única baza que, conociendo su pasado, podía funcionar.

Cuando le faltaban pocos pasos para marcharse, Álex la oyó desde el fondo del pasillo.

—Me he olvidado de decirle una cosa, Álex. El señor Salazar llevaba una marca en la muñeca, un texto dirigido a las personas que lo socorrieran. —Álex se detuvo justo antes de bajar a las escaleras—. Se trata de la palabra: «NeoPhintia».

05

Álex Cortés regresó a su despacho.

La visión del hombre le había impactado. Un individuo sano, había comentado la doctora, sin precedentes de nada. ¿Era ese un caso para él?

Ya tenía bastantes complicaciones tratando de investigar todo lo que pasaba en la ciudad, con pocos recursos económicos y pocos agentes, como para encargarse también de eso. Se había cometido un delito, pero no era un asesinato y no había un cadáver.

Cruzó la calle Córcega y llegó hasta Lepanto. Le gustaba ver los monumentos de Barcelona, aunque fuera solo de paso mientras trabajaba. No sabía cuánto duraría en esa ciudad. Al girar a la derecha vio la Sagrada Familia. En los días laborales, los obreros, como hormiguitas, iban construyendo lo que sería la catedral de la ciudad. La obra incompleta de un genio. Verla de vez en cuando le ayudaba a darse cuenta de lo efímeros que somos. La construcción avanzaba lenta, pero desde que él había llegado a la ciudad, había cambiado. Pasó por la calle Mallorca. Las colas de febrero eran parecidas a las de verano, solo cambiaba lo abrigados que iban.

Barajó la posibilidad de irse una temporada a Londres, a vivir con Emily.

«Una excedencia y a vivir», pensaba en los momentos difíciles. Le servía de ancla para continuar.

Se sentó delante del ordenador. Las últimas palabras de la doctora resonaban en su cabeza como una *mascletá* de las Fallas.

«NeoPhintia. Lobotomía».

¿Qué relación tenían esas dos palabras? Y si la tenían, ¿por qué no se lo había dicho la médica?

Entró en el buscador de internet. La primera palabra no tenía aparecía en ningún sitio. Ni una sola página web. Solo un usuario de una red social que se llamaba así. Hablaba de psicología, pero poco más. No le llamó mucho la atención. Era más una coincidencia que otra cosa, pensó. Lo desestimó a priori.

Luego buscó información sobre esa técnica sobre la que nunca antes había oído hablar.

«*Lobotomía*».

A diferencia de la anterior búsqueda, esta le ofreció una infinidad de resultados. Encontró la historia de esta práctica, y explicaciones de cómo y por qué se aplicaba.

¿Serían dos piezas de un enigma más grande?

¿Cómo podría averiguarlo? ¿Iba a perder el tiempo como ya le había ocurrido con otros casos?

Miró la silla vacía de Karla. Ese día lo había pedido libre para estar con el *Gi Joe*, como Álex llamaba al comandante de los GEI con el que salía. Pensó que Karla se merecía tranquilidad, una relación sana y ser querida.

Se levantó a buscar un café. Necesitaba reflexionar. La bandeja de entrada de su correo electrónico estaba que echaba humo.

El día se le pasó rápidamente. Después de comer tomó la decisión. Se había prometido no tomar decisiones importantes sin poner una almohada entre medio, pero lo hizo de todos modos.

Cogió el teléfono y llamó.

Sonaron tonos varias veces, hasta cuando estuvo a punto de colgar.

—¿Qué se te ha perdido, Cortés? —dijo al otro lado una voz de mujer.

—Hace semanas que no sé nada de ti.

—Claro, desde que te has echado novia inglesa, supongo.

Él rio disimuladamente.

—Escúchame, estoy valorando un caso. Necesitaría tener una opinión tuya.

Al otro lado hubo un silencio.

—¿Cuándo me traes el cadáver a la morgue?

—No, ese es el problema, no hay cadáver.

—¿Cómo?

Él suspiró.

—No hay cadáver, pero hay crimen, supuestamente. Necesitaría que me echaras una mano.

Ella esperó un momento y continuó.

—Son las seis, me quedaré un rato más, ¿te espero?

—La verdad es que el favor sería que vinieras mañana al Hospital Dos de Mayo —dijo Álex con la misma delicadeza de cuando se camina sobre huevos—. ¿Podrías?

—La verdad es que no lo sé. En teoría no —dijo y se tomó un momento, luego suspiró ruidosamente—. Déjame ver qué puedo hacer.

—Gracias, es importante.

—¿Para ti?

—No, para otra persona. Mañana, si puedes venir, te lo explico.

—Pero dime de qué se trata… —replicó ella.

—Hasta mañana, Alba.

06

Esa tarde salió pronto de la comisaría; necesitaba pensar y desconectar.

En cuanto llegó a casa, se puso las zapatillas y se fue a correr.

El tráfico de noche era más ruidoso que el de la mañana.

Las luces de los frenos hacían de la Avenida Diagonal un río de luces rojas. Álex llevaba puesta su música favorita, un popurrí de música rock de varias épocas que corría por las venas del policía.

Sus pensamientos eran tan variopintos como su música. Emily, la lobotomía, Barcelona y Néstor. El asesino en serie seguía acechando su mente, a pesar de que ahora estuviese encerrado en una prisión de máxima seguridad.

Esa noche había corrido más de lo habitual, más de veinte kilómetros. De punta a punta, ida y vuelta. Veintidós y medio, por la exactitud que marcaba el reloj. Se estaba entrenando para la media maratón de Barcelona, que era en pocos días.

Al caminar hacia casa y después de hacer los estiramientos, sintió una pequeña molestia en el tobillo. Se dio cuenta de que había forzado demasiado.

Pasó por la farmacia Expósito, famosa por estar abierta veinticuatro horas. Entró y esperó su turno. *Alicia*, ponía en la placa identificativa de la farmacéutica. La chica no perdía ocasión para hacerle ojitos.

Le proporcionó una crema para hacerse un masaje y le aconsejó unos días de reposo. En ese momento entró el dueño por la puerta

principal y pasó por detrás del mostrador sin saludar. Lo miró; su rostro era extraño. Lo había visto antes: era un hombre de mediana edad, taciturno. Nunca saludaba. Sus prendas apretadas indicaban todas las horas pasadas en el gimnasio.

Álex subió a casa, se duchó, se aplicó el ungüento y cenó. Se quedó dormido antes de hacer la video llamada de las diez con Emily.

Se despertó en el sofá con la cabeza torcida, varias llamadas perdidas y algún mensaje.

Había uno de Emily, que le daba las buenas noches con muchos corazones, y otro de Alba Guevara, confirmando que iría con él al hospital.

Este último le sacó una sonrisa.

Bajó a desayunar al bar. Ojeó las noticias y luego se fue al Hospital Dos de Mayo.

Cuando aparcó la moto, Alba estaba en la puerta, fumando un pitillo. Era la primera vez que la veía fuera de la morgue. Se quedó a observarla un momento. Iba caminando de una esquina a la otra, mirando al cielo y al suelo. Fumando compulsivamente. En cuanto terminó el primer cigarrillo encendió otro.

Entonces Álex se acercó.

—No sabía que fumabas.

Ella tiró el cigarrillo a mitad, sin esperarse la aparición del policía.

Dio dos golpes de tos antes de contestar.

—Solo cuando estoy nerviosa.

—¿Y lo estás? —preguntó él con tono juguetón.

La mujer llevaba zapatos de tacón, que le hacían las piernas aún más esbeltas. Se había puesto un vestido color burdeos y medias. Por encima llevaba una chaqueta gris oscuro y una bufanda de varias tonalidades de verde, de estilo Desigual. Aunque el conjunto no

pegaba entre sí, la mujer no perdía su elegancia y su atractivo.

—¿Es aquí? —dijo ella, mirando al edificio.

—Sí. Entremos.

Subieron a la primera planta.

Álex iba analizando a la forense. Cómo caminaba, sus gestos, su actitud. Era claramente otra persona. No tanto por haberse presentado con un atuendo muy distinto de su bata blanca habitual, sino por el resto de cosas. Parecía un pez fuera del agua. Una especialista de muertos entre vivos.

Sintió que estaba allí por él, solo por hacerle un favor, o incluso por mantener abierta una puerta que en ese momento estaba ocupada por Emily.

La doctora Fuentes los esperaba. Se acomodaron en una salita interna para médicos.

—Gracias por haber venido —dijo la doctora.

—Dele las gracias a la doctora Guevara. Ella, aparte de ser nuestra jefa de la morgue en la central de Sabadell, es nuestra máxima autoridad en medicina forense y hoy ha venido como asesora.

La expresión de Alba al oír esas palabras fue la típica de una persona que no está acostumbrada a recibir cumplidos.

Fuentes esparció las fotos sobre la mesa. Álex giró la vista, horrorizado ante tanta crueldad. Eran fotogramas del cerebro y de la operación, del día de entrada y actuales.

—Al paciente, como puede notar y como ya le habrá informado el sargento, le han practicado una lobotomía cerebral. Los síntomas son muy evidentes y claros. Desorientación total, pérdida de la capacidad cognitiva, pérdida de la facultad del habla y de la comunicación. Falta de control de los esfínteres. Dificultad para alimentarse e incapacidad para orientarse.

Álex miró a la forense y su expresión era impasible. En cambio, para él, aquello era como una visita a los infiernos. Habría preferido

morir en lugar de sufrir tales torturas los años que le quedaban de vida.

En ese momento recibió un mensaje de Karla desde la oficina.

«Dónde estás? ¿Tomamos un café? ¿Te espero?».

No contestó y se guardó el móvil en el pantalón.

—¿Cómo se lo han hecho? —preguntó la forense.

—Cuando la ambulancia lo trajo, tenía una herida por la parte interna del párpado izquierdo. Suponemos que aplicaron la metodología de Freeman.

—Perdón. Disculpad mi ignorancia, pero no entiendo nada. ¿Podríais explicarme lo que estáis diciendo? —dijo Álex.

Las dos mujeres se giraron al unísono, como si la intervención de Álex las hubiese molestado.

—Freeman perfeccionó una técnica quirúrgica con la cual, por medio de la amputación de una parte concreta del lóbulo frontal, reducía los brotes psicóticos y agresivos de los esquizofrénicos, entre otras cosas —aclaró la médico.

Álex se quedó igual.

—Mírame —dijo la forense mientras le tocaba la frente con un dedo—. Imagínate que te introduzco instrumental por un ojo y te quito una parte del cerebro que tienes por detrás de la frente para mejorar tu comportamiento.

—Para eliminar tu *locura* —precisó la doctora.

El policía se quedó callado, con la boca semiabierta.

—¿A quién se le ocurrió tal demencia? —preguntó.

—Pues, en su momento, el que inventó la lobotomía fue un tal Antonio Egas Moniz, si no me equivoco… —dijo Alba.

—Cierto. Incluso le dieron un premio Nobel… —añadió la doctora Fuentes.

—También conocido como el más polémico de la medicina —agregó Alba.

—Cierto —confirmó la médica.

—Luego un tal Freeman, Walter Freeman y un tal Watt, acabaron

de perfeccionar la técnica —dijo Alba mirando a la otra doctora.

Parecían estar retándose mutuamente por si se equivocaban en algún dato, como en un partido de tenis.

—Hasta que la técnica se abandonó.

—Dicen que incluso puede que tenga raíces en la prehistoria —dijo la forense.

—Bueno, eso estaría por confirmar…

—¿Por qué la abandonaron? —preguntó él.

—Pues se dieron cuenta de que no era una técnica que funcionara. Si es verdad que los pacientes de esquizofrenia mejoraban. Reducían sus brotes psicóticos, pero empeoraban en el resto de aspectos. Claro, dejaban de ser peligrosos para la sociedad porque pasaban a un estado casi vegetal —dijo Alba.

—Claro, era la única manera "legal" para poder desactivar a las balas perdidas de la sociedad —concluyó la médica mirando a Álex—. ¿Me explico?

Álex, pestañeó un par de veces.

—Sí, creo. ¿Y por qué no se sigue practicando hoy en día? ¿Supongo que se habrá mejorado la técnica?

—En los años sesenta…

—1967 —confirmó la doctora Fuentes.

—Eso. La prohibieron por los escasos resultados y el alto impacto sobre los pacientes, pero sobre todo por la aparición de los fármacos que controlaban la esquizofrenia —dijo Alba y acabó bajando la voz, como si fuera un secreto a voces—. Además de que era mucho más lucrativo dar una pastilla diaria a las personas con estos trastornos.

—Vale, vale. Después de este paréntesis de historia de la medicina, ¿podéis explicarme quién narices puede haber hecho una cosa como esta? —preguntó Álex.

Las dos mujeres se miraron, y luego Alba miró las fotos.

—Eso será cosa tuya, Álex.

El policía bufó y luego levantó la mirada. La estancia era un cuartucho con una mesa redonda, de color café y muy gastada. Entre

las sillas de tela verde botella y la ausencia de cuadros en las paredes, aquel lugar recordaba a las series que Hollywood intentaba recrear en los años ochenta.

—Usted me ha dicho que había otra víctima.

—¿No le ha informado su jefe?

—Hospital del Mar. Una semana antes del señor Salazar.

—¿Cómo se llama?

La doctora Fuentes suspiró sin intentar de disimularlo.

—Santiago, Santiago Mendoza, creo recordar.

—¿Sabe si tienen alguna conexión?

Ella negó con la cabeza.

—No tengo ni idea, mi trabajo es médico, no de detective privado.

Él apartó la vista de la mujer. Alba estaba revisando las fotografías con atención. Pasaba una tras otra. Luego sacó una libreta del bolso y escribió unas palabras en ella.

—¿Cómo lo ves? —preguntó Álex con tono moderado, casi con miedo de interrumpir el análisis de la mujer.

Alba estaba concentrada. Pasaba las imágenes y leía los informes mientras apuntaba. Su expresión no era la de una médica forense al uso. Álex se dio cuenta de que había llamado a la persona adecuada: su expresión era la de una apasionada profesional disfrutando de lo que hacía. A pesar de que trabajase con muertos y de que aquella víctima no lo fuera. Aunque estaba cerca de serlo.

—¿Qué piensas, Alba? —insistió Álex.

Ella inspiró como si hubiese aguantado la respiración por minutos.

—Esto es muy… vaya, no sé cómo definirlo. Un detalle que me ha sorprendido es que el… individuo, criminal que ha hecho esto, se ha tomado la molestia de coser perfectamente la fisura en el párpado.

—Efectivamente, como verás en esta foto —dijo la médica buscando la imagen correcta—. Cuando llegó tenía el ojo hinchado por los puntos de sutura internos.

—¡Fascinante! —exclamó Alba. Luego se dio cuenta de lo que acababa de decir y rectificó—: Quiero decir; tremendo.

A Álex se le escapó una media sonrisa, pero consiguió ocultarla antes de que la forense lo viera. Luego dio un golpe de tos.

—Doctora Fuentes, me había dicho que llevaba algo escrito. Eso me llamó mucho la atención.

—Sí. Sí, pero de eso no tenemos la fotografía, no lo pensamos, lo vimos luego. Y la enfermera de urgencias entre el alboroto no le dio importancia, aunque vimos que ponía “NeoPhintia”.

Alba se sobresaltó en su silla, como si le hubiese picado una avispa. Los otros dos se giraron de golpe, extrañándose de la reacción.

—¿Lo conoces? —preguntó Álex arrugando el ceño—. ¿Sabes qué es? No he encontrado nada de ello.

Alba Guevara empalideció, tomó la misma tonalidad de los cadáveres con los que trabajaba.

Ella bajó la vista.

—Sí, lo conozco. Es un fármaco. Un medicamento experimental.

07

El silencio inundó la estancia. El ambiente se había vuelto espeso, casi denso. La combinación de las pistas con la declaración de la forense había cogido a los otros dos por sorpresa.

¿Qué era ese medicamento experimental?

¿Qué tenía que ver con ese pobre hombre?

Alba Guevara resultó ser mucho más útil de lo que Álex se hubiera imaginado al principio. La búsqueda de la verdad había comenzado en el momento en que Álex había entrado en el despacho de su jefe.

—¿Cómo dices? —preguntó Álex con sorpresa.

La forense los miró a los dos y luego hizo una mueca.

—Sí, es un medicamento, aunque no tengo ni idea de qué se trata en realidad. Solo sé que cuando íbamos a la facultad había una broma sobre este fármaco —dijo y se encogió de hombros—. Todos pensábamos que era una leyenda urbana, ya sabes, una broma que se hacía entre los estudiantes de medicina.

—¿Dónde era eso? —preguntó la doctora Fuentes.

—Yo fui a la Autónoma —dijo Alba.

La expresión de Álex decía que no lo había entendido.

—La Autónoma de Barcelona —dijo mirándolo a él y luego se giró hacia la mujer—. ¿Y usted?

—Yo a Zaragoza.

—No, espera, espera. ¿Qué demonios es ese medicamento? Porque, mirad, no es normal que aparezca un hombre sano deambulando por

Barcelona y que le hayan hecho una operación quirúrgica clandestina y además nos envíen un mensaje —dijo y esperó un momento—. Un nombre de un medicamento que no existe y que además era una broma graciosa en la facultad de medicina.

Las dos mujeres se callaron y se volvieron a centrar en las fotos.

—Todo esto es de locos —siguió Álex—. Si usted no se llega a dar cuenta de que el hombre tenía eso escrito, ahora estaríamos perdidos.

—¿Ahora entiende por qué le hemos llamado?

—¡Maldita sea! —contestó Álex Cortés—. ¿Pero qué le pasa a la gente de esta ciudad? ¿Han perdido la cordura o qué? No puede uno vivir en un lugar donde aparezcan casos como este. ¿Es que la gente se está volviendo loca o qué?

Se produjo un forzado silencio otra vez.

A los ojos del policía, la vida parecía haberse convertido en un juego en el que algunos manipulaban a los demás a su antojo, como si fueran de plastilina. Dándoles las formas y colores que les apetecía.

—Bueno, centrémonos —dijo apoyando los dos codos encima de la mesa—. Alba, ¿puedes averiguar algo más de este medicamento? No sé, llamar a algún profesor de la época, compañeros, libros, apuntes, no sé, cualquier cosa…

—Haré un par de búsquedas y llamaré a un par de personas que me acaban de venir a la mente.

—Genial, gracias —dijo Álex y se giró hacia la médica—. ¿Qué más podemos hacer por usted?

—Nada, lo que estáis haciendo.

Al policía no le sirvió esa respuesta. Levantó las cejas, poco convencido.

—Necesitaría una copia de este informe y el contacto de la esposa del señor Salazar. Tenemos que interrogarle.

Salieron de la estancia y, antes de despedirse, la doctora Fuentes los invitó a ir a ver al señor Salazar y en qué condiciones se encontraba. A Alba no le hizo ninguna ilusión. Se detuvo. Levantó la palma de la

mano.

—No, no. Gracias prefería no verlo, con este informe ya tengo bastante —contestó casi asustada.

A Álex le llamó la atención su comportamiento. La forense, la *Dama de la Muerte*, no quería inmiscuirse con los vivos. Solo con los muertos. Abrir un cráneo o ver las entrañas de un cadáver o sus conductos digestivos, incluyendo el ano de una persona muerta, no le molestaba. Sin embargo, afrontar la vida y sus anomalías le provocaba rechazo.

Salieron del hospital. Enseguida, la mujer se puso un cigarrillo en la boca.

Alba dio un par de caladas. Iban abrigados. Esa mañana de febrero el frío era más intenso de lo normal. El humo del cigarrillo se confundía con el vaho que salía de sus bocas.

—¿No tienes frío yendo en moto en estos días?

Él se giró hacia donde ella miraba.

—Me ayuda a pensar —dijo y se acercó a la calle que estaba delante del hospital. Levantó un brazo hacia el tráfico.

—¿Qué haces? —preguntó la mujer.

—Llamar a un taxi.

—No hace falta, Álex, tengo el coche en un parquin de aquí al lado.

—No es solo para ti, es para nosotros dos.

Ella lo miró perpleja entre caladas.

—¿Nosotros? ¿Y dónde vamos?

—Al Hospital del Mar, a ver a la otra víctima —dijo indicando cuando se detenía un coche negro y amarillo—. Esto me da mala espina.

08

—¡Vaya frío! Aquí se está mucho mejor —comentó Alba desde el cómodo asiento del taxi.

Él apartó la vista de la ventanilla y le sonrió.

Era extraño tener ahí a La Dama de la Muerte, en Barcelona y entre los vivos. Él nunca se lo hubiera imaginado. La relación entre ellos dos parecía una montaña rusa. Recordó los inicios hasta ese momento; cuando la conoció, con el caso de los cadáveres de las bocas cosidas. Aquella vez se durmió y llegó tarde a la reunión con la forense. Luego con el caso de la furgoneta y los que siguieron, hasta que consiguieron encarcelar a Néstor… pasando por un "acercamiento" una noche desesperada que quedaría para siempre en su retina y en la memoria. Ahora estaban en un taxi en Barcelona, juntos, lo cual habría sido impensable hacía tan solo unos meses.

—Sí, fuera hace frío. Pero cuando vas en moto no te das cuenta.

—¿Y no te da miedo pasar por el tráfico de las Rondas en moto?

—El miedo es un estado mental, si te doblegas a él estás muerto.

Ella hizo una mueca, poco convencida.

El coche bajaba hacia el hospital por la Avenida Meridiana. Álex miraba en silencio la carretera desde su ventanilla. Observó el carril bici y las aceras, llenos de transeúntes abrigados. Cada vez había menos espacio para circular en coche y más para otras vías alternativas. Los jóvenes se deslizaban con patinetes a toda velocidad por los carriles para ciclistas.

Los altos edificios hervían de personas que vivían sus vidas. Cada ventana mostraba una vida y una historia que se entrelazaban en los ascensores, en las aceras, en las secciones de sucesos de los periódicos.

—Me han dicho que estás saliendo con una periodista inglesa —dijo Alba con la voz entrecortada, casi con vergüenza.

—Veo que las noticias vuelan.

Ella sonrió. De fondo el taxista escuchaba una emisora alternativa con jazz.

—Que sepas que nunca lo podré olvidar —soltó ella. Su rostro cambió de tonalidad a un rojo intenso.

Él se giró y la miró sonriendo, percatándose de que el taxista los estaba escuchando con una rápida mirada por el retrovisor. Ella también lo vio.

—Fue precioso. Nunca lo olvidaremos. ¿Y tu marido?

Ella se rio.

—Es un muermo. Más frío que los cadáveres que llegan a mis mesas de la morgue —dijo mirando el retrovisor y cruzando su vista con la del conductor—. Ese es irresucitable. En fin, ya sabes… —concluyó con un deje malicioso.

—Ya sabes, ¿qué?

—Pues que si con la periodista acabase…

Esta vez fue él quien rio.

—La verdad es que nunca se sabe, pero gracias, lo he pillado —dijo mirándola y apoyando su mano en la de la mujer.

El taxi llegó hasta una rotonda y giró a la izquierda, bajando por la calle de la Marina. Álex veía entre los edificios el verde del parque de la Ciutadella. Volvieron los recuerdos de Helena, la víctima de Néstor que había muerto ahogada en su propio coche. Luego dieron la vuelta y el taxi los dejó delante del hospital.

Visitaron diversas plantas antes de encontrar la sección donde estaba la primera víctima. El señor Santiago Mendoza seguía hospitalizado a la espera de mejoras, o mejor dicho, de ver adónde lo enviaría la sanidad pública.

—Es un paciente que nos ha encogido el corazón —dijo el médico que

le trataba—. El señor Mendoza quedará afectado por el resto de sus días.

—Doctor Álvarez, muchas gracias por atendernos —dijo Álex—. ¿Podríamos verle y acceder a su historial médico?

Se fueron a una salita y revisaron la documentación. Luego pidieron una copia.

—Después de que viniera la urbana para tomar declaración, ¿los habéis vuelto a ver? —preguntó Álex, y el médico negó con la cabeza—. ¿Pero imagino que estarán investigando, no?

El médico se encogió de hombros.

—Quiero pensar que sí.

—Entendido.

—He hablado con su compañera, la doctora Fuentes, que está siguiendo el otro caso en el Dos de Mayo. Ellos lo han operado con resultados modestos.

—¿Aquí no habéis operado? —preguntó Alba.

—No, queríamos saber si, después de la operación en el Dos de Mayo, experimentaron algún cambio. Ya sabe, una operación así, son casi cincuenta mil euros de los fondos del hospital…

—Entiendo. Imagino que optarán por no hacerla…

—Desgraciadamente los resultados han sido nefastos y eso es lo que vamos a hacer.

—¿En qué condiciones estaba cuando entró? —preguntó la forense.

—Pues igual que ahora. Disfunción de los esfínteres, desorientación, incapacidad de comunicación, entre otros. Además, físicamente, tenía el ojo derecho hinchado y unas equimosis en la parte externa ocular.

—Que es donde hicieron la perforación para introducir el alfiler para alcanzar el cerebro —contestó la mujer.

—Supongo.

—Doctor, ¿qué piensa de esto? ¿Quién puede hacer algo así? ¿Tiene idea de alguien o recuerda algún caso parecido?

—Nunca había visto una lobotomía, solo en los libros de la carrera.

Es un mito, un unicornio. Y algo que nunca se debería practicar.

—Ya, entiendo.

—¿Algo más? Me esperan para una…

—Solo una cosa más. En el paciente del Dos de Mayo encontraron un escrito en la muñeca, un sello que se va con el agua o con el tiempo. Ponía NeoPhintia. ¿Le consta que el señor Mendoza lo tuviera?

El hombre miró al suelo y sacudió la cabeza.

—Si lo tenía, yo no lo vi.

—¿Conoce ese medicamento?

—No, no sé de qué me habla. Lo siento, pero me tengo que ir —dijo y estrechó la mano a los dos—. Mi asistente os hará una copia del informe —concluyó y se fue.

Cuando el hombre estaba ya al fondo del pasillo, se giró y los miró por el rabillo del ojo.

—Qué raro, ¿no te parece? Justo cuando hablamos de ese medicamento experimental se tenía que marchar.

—Sí, muy raro.

—El doctor Álvarez no nos ha explicado toda la historia.

—O, al menos, no todo lo que realmente sabe.

El móvil de Álex vibró, y lo sacó del bolsillo de su chaqueta motera.

«Necesito verte, es urgente», decía el mensaje.

En cuanto leyó el mensaje, su rostro cambió por completo. Preocupado.

—Me temo que nos tenemos que marchar, Alba —dijo con el rostro serio.

—¿Todo bien?

—Parece que no —dijo bufando—. Mi hermana necesita verme.

09

Las noticias son como los vagones de un tren: no suelen viajar solas, y cuando llega una siempre viene otra detrás.

Así fue para Ana Cortés.

Después de una buena temporada de retiro en una masía del Alt Empordà, bajo protección de testigos, ahora había encontrado un lugar tranquilo. Una casita en medio de las dulces montañas del Priorat. Una zona de viñas y bodegas en la zona de Tarragona.

Su marido, Alberto, trabajaba desde casa la mayoría de los días. Habían conseguido también que su hijo fuera a una pequeña escuela del pueblo más cercano.

La tranquilidad reinaba en la vida y el valle que dominaban la casa. Los días más tranquilos, hasta se escuchaba el río pasar al fondo de la ladera. El viento, en ocasiones, llevaba perfumes de plantas que Ana no conseguía reconocer.

Era un lugar idílico, hasta que Alberto recibió esa llamada que lo cambió todo.

Coincidió con la mañana de la visita del editor de Ana, Patrik Cletman.

El rostro de Alberto estaba desencajado. No consiguió disimular la noticia. Como padre y marido, en ese momento necesitaba el apoyo de una compañera fuerte.

—¿Qué ha pasado, amor? —preguntó Ana.

—Ven, sentémonos en el sofá.

—No me asustes…

Él no contestó y se sentaron de lado, como solían hacer para recibir, debatir y amortiguar los bruscos cambios que habían debido asumir últimamente.

—Malas noticias de la oficina —musitó Alberto.

—Te han bajado el sueldo, ¿es eso? —lo interrumpió Ana—. No te preocupes amor, iremos tirando con lo que tengamos. Mira qué bonito este sitio, lo más importante es que estemos juntos y que vivamos bien.

Alberto negaba con la cabeza en silencio. No habló hasta que Ana acabó con su interpretación de la realidad.

—¿No, no… qué? —replicó Ana.

—No me han bajado el sueldo —dijo y tragó saliva—. Me han despedido.

—¿Despedido? ¿Cómo pueden despedir al director de operaciones? Esto es ilegal seguro, ¿no crees?

Alberto le cogió la mano y se la apretó, pero Ana comenzó a delirar con posibles soluciones económicas.

—Bueno, nos asesoraremos con un buen abogado y les demandaremos por despido improcedente. Sabes que tener un buen abogado es necesario, así que ahora lo contrataremos. No pueden despedirte porque sí.

—Pueden, amor.

—Pero tú, ¿de qué lado estás? ¿Se puede saber? —replicó Ana con un tono ya enfadado—. No te entiendo, ¿te dejas despedir y no haces nada?

Alberto miró a su esposa, cuyos ojos trasmitían comprensión.

Luego hubo un silencio.

Ella se quedó mirándole. Llevaban años juntos, y comenzaba a saber que eso no era todo.

—¿Hay algo más? —preguntó ella.

—Me han despedido porque nos hemos ido de la ciudad. No les culpo. La empresa necesita un director que esté allí, no un empleado

en una pantalla. Alguien que se reúna con proveedores, agencias de transporte, con la fábrica. Desde casa es difícil hacerlo. Primero, cuando te enviaron bajo protección, y ahora este traslado.

—Pues nada, nos arreglaremos sin tu trabajo —dijo ella con tono despechado.

—Tengo que devolver el BMW en los próximos días. Iré a Barcelona con él y miraré si podemos comprar un coche familiar.

—El BMW no nos hace falta —espetó Ana, aunque luego cambió de tono tras razonar—. Aunque confieso que me había acostumbrado a él.

—Amor… —dijo Alberto apretándole la mano—. Has tenido que cerrar tu consulta de psicología. Ya no escribes, ya no te llaman a las tertulias televisivas —dijo y se interrumpió suspirando—. Sin mi trabajo, tenemos una autonomía de dos meses de ahorros como mucho.

—¿Cómo? ¿Nos lo hemos pulido todo? —Él se encogió de hombros —. No puede ser.

—Sí que puede ser —replicó y comenzó a contar con las manos—. El primer traslado después de que te secuestrase Néstor. Luego a Gerona. Ahora aquí. Me fueron reduciendo el sueldo y los pluses. La matemática no engaña.

Ana se levantó, mareada por la situación y por la cruda realidad. Comenzó a caminar alrededor de la mesa de centro delante del sofá. La chimenea crepitaba con los últimos troncos secos. La imagen anaranjada inundaba la estancia de la discusión. Fuera, la tarde comenzaba a bajar recordando que en febrero las horas de luz eran reducidas.

—Pues cogeremos el dinero de la hucha, el de la universidad de nuestro hijo —dijo ella deteniéndose y mirándole con su gran idea.

Él hizo una mueca de dolor.

—Ya lo usamos en parte y ya lo he incluido en esos dos meses de autonomía.

Alberto se volvió a callar. Observó a su mujer caminar en círculo,

buscando una idea que no llegaría nunca, porque no había ninguna opción más. Solo una. La misma que ella pensó en primera instancia, pero no quería admitir. La misma que él esperaba que ella comprendiese sola, y así tomase la decisión voluntariamente.

—Pues no sé qué podemos hacer. Mañana seguro que se nos ocurrirá algo…

—¿Mañana? ¿Seguro que mañana? ¿No tienes ninguna idea hoy?

Ella se detuvo y le miró.

—¿Qué quieres decir, Alberto?

Ella nunca le llamaba por su nombre, solo cuando se sentía acorralada.

Él no dijo nada.

—No te entiendo, ¿tienes que decirme algo?

—Sabes a qué me refiero.

Ella levantó el muñón del brazo y comenzó a sacudir la cabeza.

—No, eso no.

—Sí, eso puede darnos mucho trabajo. Incluso yo podría hacerte de ayudante, de secretario, de manager.

—Necesito un marido, no un secretario.

—Lo que necesitas es facturar, no poner una etiqueta a tu marido. Y esta es una oportunidad muy buena, no podemos dejarla escapar —replicó Alberto—. Eso o…

—¿O…?

—O tenemos que buscarnos un trabajo por la zona. No sé, tú cajera y yo repartidor de leche. Y quizá no llegaremos a fin de mes. Nuestro hijo no podrá ir a la universidad que queríamos. No podremos tener vacaciones, y tendremos que dejar esta casa. Hasta que encontremos algo mejor.

El rostro de Ana se entristeció de repente. De sorprendida fue cambiando a enfadada, y luego resignada. Alberto, al fin y al cabo, tenía razón. No quería ver la oportunidad de oro que había llamado a su puerta. Las consecuencias económicas y personales de no aceptarla eran tremendas. Estaba claro que Néstor había entrado en su vida para

cambiarla definitivamente. El contrato que le había propuesto Patrik era el único salvoconducto a su nueva vida y el único factor positivo que el Asesino del Criptograma había aportado a su vida.

Cuando aceptó lo inevitable, cogió su teléfono móvil de la mesa y se fue.

—¿Dónde vas?

—A llamar a mi hermano.

—¿A tu hermano? ¿Qué tiene que ver tu hermano?

Ella se detuvo en el segundo peldaño de la escalera que subía a la primera planta. Sin girarse, pensó la respuesta.

—Voy a informar a mi hermano de que he aceptado la propuesta de Patrik. Eso… no le gustará ni un pelo.

Dicho eso, subió a su despacho. Cerró la puerta e hizo las dos llamadas que cambiarían el rumbo de su vida una vez más.

10

La oficina siempre era un hervidero de sucesos y de informes. La central de la policía científica e investigativa parecía volverse cada vez más estrecha, y el plan de los jefes era trasladar el edificio a otro lugar más grande. Los delitos eran cada vez más frecuentes en una ciudad que se había convertido en el puerto más importante del Mediterráneo y una metrópolis de moda.

Karla había tomado el café sola, en la cafetería frente a la comisaría. El Café Sirena siempre era el punto de comienzo de todo día complicado. Su café negro y bien tostado habría resucitado un muerto.

Hojeó el periódico y escuchó las noticias más transcendentales en el telediario veinticuatro horas.

Álex no contestó a su mensaje, ni le dijo qué había hecho o a dónde iba. Al regresar a la oficina, Karla se puso con su papeleo y repasó algunos temas viejos.

Al final de la mañana vio entrar por la puerta al sargento. Su expresión no era de las mejores.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—La verdad es que no mucho.

—¿Quieres contármelo? —preguntó ella.

Él dejó el casco en su escritorio y sacó de la chaqueta de piel una carpeta gruesa.

—Te he enviado un mensaje antes —replicó ella.

—Ven, quiero explicarte algo… —dijo él, ya de camino a la sala de briefing.

Entraron y Álex esparció sobre una mesa las fotos que le habían dado en el hospital.

—Santiago Mendoza. Hace unas semanas lo encontraron deambulando por la calle con unos síntomas muy extraños: desorientación, boca abierta y torcida, salivación, incapacidad de comunicarse y más síntomas. Los encontrarás anotados todos aquí.

—¿Y este otro?

Él suspiró.

—Diego Salazar. Lo mismo. Lo tienes todo aquí. Individuo sano y sin problemas. De repente lo encuentran en las mismas condiciones: deambulando por la calle, fuera de su zona.

—¿Fuera de su zona?

—Sí, fuera del barrio donde vive, de su gimnasio y de su trabajo.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer con esto? Esto es asunto de otro departamento.

—El señor Salazar, que es el segundo paciente, fue ingresado en el Hospital Dos de Mayo. La doctora Fuentes, que trabaja allí, es amiga… ¿adivina de quién?

Ella frunció el ceño, dando a entender que no se le ocurría quién podía ser.

—De Reixach —aclaró él—. Así que nos ha pedido que lo investiguemos.

—Vaya, ya teníamos bastantes cosas como para hacer esto también…

—Mira las fotos. La verdad, es muy extraño.

—No tiene muy buena pinta, no. ¿Qué les ha pasado?

—Alguien se ha tomado las molestias de hacer una lobotomía a estos dos señores.

—¿Una lobotomía?

Álex cogió unos documentos de la carpeta y se los enseñó. Luego le contó lo de la marca y lo del medicamento del que le había hablado la forense.

—Sería bueno que fueras a hablar con los compañeros de trabajo

de las víctimas, sus esposas y la gente de su entorno. Llévate a algún agente. Nadie hace una lobotomía a dos personas solo por el gusto de hacerla, con el riesgo de ser encarcelado.

—Menuda locura. ¿Por qué haría alguien esto? ¿Es posible que los médicos se equivoquen? ¿Que se hayan caído y al golpearse la cabeza parezca que es eso?

—No —dijo él tajante. Luego cogió una foto y se la puso delante—. Esto es el párpado derecho, en los dos coincide que ha sido perforado con un instrumento parecido a una larga aguja que les introdujeron en la cabeza. Luego lo cerraron con puntos de sutura. No es una caída ni nada accidental. Tenemos que averiguar si hay una relación entre los dos y lo peor, que no haya más.

—¿Y no se puede esperar a que mejoren?

—No, esta gente quedará lisiada de por vida, este daño en el lóbulo frontal del cerebro es irreversible.

Karla arrugó la cara ante tal atrocidad.

—¿Álex, te das cuenta de que, si esto es cierto, estamos pasando la línea de lo absurdo? La sociedad está fatal. Es más, me pregunto: ¿es posible que haya algo aún peor que asesinar a alguien?

Álex la miró y buscó la respuesta en silencio.

—Supongo que precisamente esto. Peor que matar a una persona en el acto, es asesinar su futuro, su salud y la de sus seres queridos.

Se quedaron en silencio.

—Cuento contigo. Ahora me voy —dijo Álex.

—¿Te vas? ¿Qué dices? Me dejas este marrón nuevo, ¿y te vas? ¿A dónde?

Él se detuvo y se dio la vuelta.

—Mi hermana tiene un problema y me lo quiere explicar. Al parecer, el caso Néstor no se ha acabado —dijo y se fue por la puerta.

11

A Álex no le dio tiempo de llegar a las escaleras; antes de ello fue interceptado por el subinspector Reixach. El despacho de su jefe era como un agujero negro que absorbía toda forma de vida. Cuando uno entraba en esa estancia no sabía cuándo saldría ni qué caso le asignarían.

—¿Pudiste ir al Dos de Mayo? —preguntó el jefe tras abducirlo en su guarida.

—Sí. Por cierto, no sabía que la doctora Fuentes era amiga tuya. Si me lo hubieses dicho, nos habríamos ahorrado algunos temas de conversación.

Él carraspeó.

—¿Qué opinas de todo esto, Cortés?

—Pues no lo sé, no tengo suficientes datos para una opinión seria. Pero creo que es un tema que pronto nos quitará el sueño.

—¿Qué quieres decir?

—Que tendremos más casos…

—¿Qué te hace pensar que habrá más?

—La forma de trabajar del asesino…

—¿Asesino? ¿Qué asesino?

—Quiero decir, el criminal. Ha dejado una marca en las víctimas.

—¿Una marca? ¿Qué tipo de marca?

—Al parecer es el nombre de un medicamento. ¿Conoces un medicamento experimental llamado NeoPhintia?

El jefe sacudió la cabeza.

—No. Pero dudo que saques algo de ahí, Cortés.

—¿Qué te apuestas? —dijo Álex poniendo la palma en el escritorio y con tono desafiante—. Cuando un criminal te deja una señal quiere decir que tiene una misión; que encuentra un sentido en lo que hace. Eso es lo que me asusta.

El jefe juntó los dedos de las manos en su butaca y se apoyó en el respaldo.

—En fin. Ojalá te equivoques —replicó el subinspector.

—La esperanza no tiene nada que ver con nuestro trabajo.

—Siéntate, explícame cómo va la investigación.

—Es pronto, jefe. Además, estaba a punto de irme y no puedo hablar ahora. He quedado con un testigo, me ha costado conseguir hablar con él. ¿No querrás que perdamos una oportunidad de oro? —dijo y salió sin decir nada más y sin dar tiempo al jefe para que reaccionase.

Álex pensó que esa era una buena técnica: quedarse en el umbral de la puerta y escabullirse rápidamente, sin dejar tiempo de reacción al jefe.

No le gustaba mentir, pero a veces su jefe le recordaba a una babosa de agua, de esas que se agarran a la piel y cuesta quitárselas de encima.

Bajó al parquin subterráneo y salió con la moto. Cogió la autopista y se fue dirección Tarragona. Pasada su ciudad natal, tomó la dirección hacia Reus y siguió por la Nacional 420.

El frío de febrero no le afectaba. Aunque prefería el sol, cuando iba en moto no sentía el aire gélido. Se quedaba concentrado en los temas que le preocupaban y en aquellos sobre los que necesitaba meditar. Los campos dejaron paso a las colinas verdes. Luego estas se fueron despojando de vegetación silvestre para adquirir formas aterrazadas, con viñas. La tierra del vino se comenzaba a ver desde la nacional. Era la primera vez que iba por esa zona. No había visto a su hermana desde que esta se había mudado.

Se desvió de la nacional y comenzó a subir por carreteras de montaña hasta encontrar un desvío. El móvil, anclado en el manillar, le indicaba la dirección.

Al acercarse a una casa aislada, el GPS le indicó que había llegado a su destino. Reconoció el coche de Alberto y el perro salió a recibirlo. No parecía alegrarse de su presencia. La casa era de ensueño, como salida de un cuento. De piedra vista, ventanas grandes y pizarra negra en los tejados.

La motocicleta anunció su llegada con un estruendo.

Su hermana salió a recibirlo.

—Madre mía… estás como un león marino —dijo riendo Álex y la abrazó.

Ella lo apartó y le dio una colleja.

—Un poco de respeto para una embarazada que está a punto de dar a luz a tu segundo sobrino.

Al cabo de varios minutos ya estaban delante de la chimenea.

—Y bien… ¿qué ha pasado? —preguntó Álex directo al grano.

—Han despedido a Alberto. Justo ahora que nos hemos acabado de mudar. Y además, pronto daré a luz. Habíamos encontrado este lugar idílico para hacer crecer a nuestros hijos… ¿has visto qué sitio?

Álex dio un sorbo al té caliente y no pudo evitar arrugar el ceño. Ana no era de las que dan rodeos y se hacen suplicar, ni le gustaba hacerse la víctima. Era criminóloga, pero antes de eso, psiquiatra y madre. Eso no pintaba bien.

—¿Me entiendes, verdad? Además, no quiero volver a Barcelona.

—Sí, la verdad es que es un lugar muy bonito. Lo siento por Alberto, pero es un tío preparado y con experiencia. Si va pasando su currículum, seguro que tendrá una cola de empresas que lo querrán. Pero creo que no me has hecho venir solo para contarme esto, si no me habrías llamado. Hay algo más, ¿verdad?

Ella lo miró con la cabeza gacha. Luego dio un buen sorbo a su taza y tragó ruidosamente.

—¿Verdad? —repitió Álex.

—No tengo alternativa, voy a ir a entrevistar a Néstor Luna —soltó y casi se escondió detrás de la taza.

Álex escupió el té que acababa de beber. Luego comenzó a toser sin parar. Se le había atragantado la noticia y, en consecuencia, la bebida caliente.

Pasaron varios minutos e hicieron falta numerosos sorbos de agua para que Álex consiguiera recuperar la respiración. Cuando respiró y pudo sacar lo que pensaba, parecía un dragón lanzando llamas.

—¿Te has vuelto loca? ¿Te crees que esto va a ser coser y cantar? ¡Ahora que nos habíamos librado definitivamente de él! ¿Tenemos que pasar otra vez por esto? ¡No! ¿Es que os habéis vuelto todos locos o qué? ¡Me niego a todo esto!

Ana se lo esperaba, pero sintió que en ese momento los papeles se habían invertido. Algo inconcebible para ella, la criminóloga que siempre prefería discutir con su hermano, que con su marido o con un director de un banco que le llamaba insistentemente para que pagase la cuota de la hipoteca.

—Álex, solo quería que lo supieras y, además, necesito que me ayudes —dijo cambiando de tercio—. Néstor me metió en este lío, pero ahora será él quien me dé el dinero para sobrevivir.

—En absoluto, Ana. Yo no te pienso ayudar con eso.

—Tenemos que hacerlo… —insistió Ana.

—Ni lo sueñes —cortó Álex—. Es una locura.

—Te daremos una parte del dinero —dijo Alberto por detrás—. Si lo deseas, podemos ser socios en esto.

Álex se giró como si hubiese recibido una puñalada por la espalda.

—¿Pero qué dices, Alberto? ¿Crees que solo es cuestión de dinero para mí? ¿Sabes las cosas que hizo este asesino con sus víctimas?

—Escúchame, Álex —lo interrumpió Ana—. Si no fuera importante no te lo pediría, pero hay más, no es solo por el dinero. Escúchame —dijo girándole la cara hacia ella—. Néstor Luna no quiere hablar con nadie, solo conmigo. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? Que si me

ayudas podemos averiguar cómo piensa en realidad el Asesino de Criptograma y entender por qué ha hecho todo lo que ha hecho.

—Es demasiado peligroso —replicó Álex, y luego se giró hacia el otro hombre—. Y ese comentario de ti no me lo esperaba.

—Tienes que ayudarme —suplicó Ana.

—No.

—Tienes que hacerlo. Por favor.

—No puedes obligarme.

Ana lo miró perpleja. Siguió un duelo de miradas entre los dos Cortés, como si ambos esperasen a que el otro apartara la vista antes.

—Álex, tienes que ayudarme, creo que ese caso no está cerrado.

—¿Pero qué tonterías dices?

—Me temo que esto no ha acabado. Parece que Néstor Luna quiere decirnos algo importante y lo peor —dijo suspirando— es que solo me lo dirá a mí en persona.

12

—Sígueme, Iván —dijo Karla a un agente.

Este, sin preguntar, se levantó de su silla y la acompañó. Cogieron el Seat Altea de la cabo y cruzaron la ciudad. El día anterior, Álex le había ordenado a Karla que investigara el caso de los dos hombres que habían sufrido una lobotomía.

La policía, tras informarse sobre esa operación quirúrgica, no terminaba de creerse que después de un siglo de su invención aún hubiera desequilibrados y criminales que practicasen esas técnicas inhumanas.

Acababan de salir del *briefing* de la mañana y Karla había explicado el nuevo caso al equipo. Luego encomendó a algunos que investigasen sobre esas dos personas: en la Seguridad Social, Hacienda, y en otros registros que pudieran servir para averiguar los puntos en común entre el señor Mendoza y el señor Salazar. Además, les mandó que buscaran las grabaciones de las zonas donde fueron encontrados y cualquier información que pudiera tener la guardia urbana.

El Seat entró en el barrio del Poble Sec. Una franja de edificios se extendía al final de la avenida del Paralelo, en dirección al mar. Eran construcciones sencillas, muy cercanas a Montjuïc y el puerto.

Aparcaron el coche y siguieron a pie. Pasaron por una calle peatonal de aire familiar con árboles, bares y vida comercial.

Karla miró el timbre y apretó el botón. A los pocos segundos contestaron. Se presentaron y les abrieron.

Entraron en la vivienda del tercer piso. Allí los esperaba la señora Salazar, esposa de la segunda víctima.

El apartamento se veía recién renovado, con muebles modernos llenos de baratijas. Las alfombras eran viejas y había alguna planta por la sala de estar. Se accedía a las habitaciones por puertas de madera marrón con cristales verdes.

La vivienda presentaba un ligero olor a nuevo, a pintura, cubierto por un ambientador exótico.

—¿Les puedo ofrecer algo? —dijo el ama de casa.

—No, gracias, señora —dijo Karla, ya sentada a la mesa de la cocina—. Es muy bonito su apartamento.

La mujer se rio cínicamente.

—De poco me sirve. Cómo te puede cambiar la vida en un momento.

—Lo lamento mucho, señora Salazar.

—No se puede imaginar lo duro que es.

—Señora, necesitamos saber algunas cosas. Estamos investigando para averiguar quién le ha hecho eso a su marido.

—Si lo encuentro lo voy a matar con mis propias manos —dijo ella rabiosa—. Es una mierda todo esto. ¡Precisamente a Diego! Mira que hay escoria por la calle… a un buen hombre se lo tenían que hacer.

—¿Qué quiere decir, señora?

—Que hay purria en la sociedad, mala gente y delincuentes. ¿Por qué no han cogido a una mala persona? Diego era un buen hombre, me cuidaba, me quería, era trabajador. No es justo que le hayan hecho esto a él. Mi marido no habría hecho daño a nadie.

—Si le parece vamos a empezar —dijo Karla. Tanto ella como su agente estaban ya preparados con la libreta en la mano—. ¿Dónde trabaja su marido? Bueno, quiero decir… dónde trabajaba.

—Mi marido trabajaba en una empresa de trasporte en el ZAL, como…

—Perdone, cuando dice el ZAL, ¿se refiere a la Zona de Actividades de la Logística?

—Sí. Es como una parte del puerto. Diego cargaba camiones, conducía un toro y le encantaba su trabajo —dijo la señora mirando una foto del marido, que sujetaba entre las manos, como quien recuerda a un ser querido ya desaparecido—. Me decía por las noches que estaba agotado, pero me comentaba de dónde venían los contenedores y a dónde iban las mercancías. Incluso una vez la guardia civil incautó un cargamento de cocaína.

Karla se giró de golpe a mirar al compañero. Esa información le hizo saltar las alarmas.

¿Podía ser un punto importante de la investigación? ¿Un hallazgo de un cargamento de droga? ¿Podía haber sido una represalia?

—Explíqueme cuándo fue y cómo sucedió. ¿Intervino su marido?

—No me acuerdo, hace un año o así de esto.

—¿Pero lo descubrió él?

—Ahora no me acuerdo, lo siento, podrían preguntar a sus compañeros. Pero creo que la policía iba haciendo controles aleatorios y lo encontraron.

—Investigaremos. ¿Su marido tenía amigos metidos en algún lío, o directamente enemigos?

Ella se lo pensó un momento.

—Que yo sepa no, era una buena persona. Solo tenía personas que lo querían.

—Esto es muy importante, piénselo bien, ¿tenía enemigos? ¿Quién podría querer hacerle eso?

—Ya le he dicho que nadie. Nadie podría quererle mal.

—Ya, pero alguien se lo ha hecho. ¿Y sabe un dato señora Salazar? ¿Sabía que solo el 5% de los homicidios y agresiones son fruto del azar?

La mujer miró de nuevo la foto.

—No puede ser, nadie quería mal a mi Diego.

—En fin. Lo que usted diga. Sigamos. ¿Qué pasó el día que desapareció su marido? —preguntó Karla.

—No sé, era un día normal. Trabajo, casa. Creo que fue a un

supermercado.

—¿Qué supermercado?

—No sé cuál, iba a varios, hay uno en la ruta hacia casa, pero si no le apetecía detenerse, dependiendo donde conseguía aparcar por la noche, se paraba en algún súper pequeño, de los de barrio.

—Es decir, puede que se detuviera en algún súper. ¿Cómo lo sabe?

—Porque tenía que comprar una bolsa de ensalada y patatas, se lo dije en un mensaje.

—¿Dónde estaba aparcado el coche?

La mujer quedó absorta en sus pensamientos, tratando de recordar dónde lo había encontrado.

—Estaba un par de calles detrás de aquí.

Karla asintió y apuntó.

—Bien, sigamos. Esta pregunta es importante, ¿conoce a un tal Santiago Mendoza?

La señora se lo pensó.

—No, no conocemos a nadie así.

—¿Seguro?

—Soy buena con los nombres y no, nadie.

—¿Ni un amigo, un cliente, nada?

Ella volvió a confirmar que no conocía a esa persona.

—De acuerdo. ¿A qué se dedica usted?

—Yo soy peluquera.

—Peluquera.

—Bueno, esteticien y peluquera a domicilio.

—¿A domicilio?

—Sí, voy a casa de mis clientes.

Una vez apuntado el dato, Karla se rascó detrás de la cabeza.

—Lo que le voy a preguntar es muy personal, y no lo haría si no fuera muy importante. Señora Salazar, ¿usted tiene o ha tenido un amante?

La mujer cambió de actitud. Sus gestos se volvieron abruptos y los nervios le fallaron.

—¿Qué quiere decir con eso? —musitó mientras su rostro se tornaba rojizo.

—Lo que ha entendido.

—Bueno, hace tiempo tuve un desliz, solo eso, un desliz.

—¿Y él llegó a saberlo?

—No, nunca se lo dije. Dejé de verlo y ya está.

—Entiendo. ¿Y no ha sabido nada más de él?

Ella negó con la cabeza.

—Por favor, que quede entre nosotros, son las únicas personas que lo saben.

—Confíe en nosotros. Pero nos tendrá que dar el nombre.

La mujer se negó. Karla necesitó insistir más de un cuarto de hora para sonsacarle el nombre.

—Más cosas. ¿Qué hobbies tenía Diego? ¿Qué hacía cuando salía del trabajo? ¿Compartían alguna actividad o hobbies?

—Nada, Diego salía tarde de trabajar. Y los findes hacíamos cosas normales, no sé, ir al centro comercial, al cine, unas cervezas con amigos. Cosas sencillas, descansar para el lunes.

Karla la miraba y veía a una señora normal, del montón, que no daba lugar a sospechas. Después de algunas preguntas más, llegaron al final del interrogatorio.

—¿Podemos dar un vistazo a la casa, a la sala de estar, al dormitorio, a su despacho?

—Diego no tenía un despacho. Bueno, hay una sala de invitados con librerías y objetos viejos por la estancia.

—¿Le importa?

La mujer le hizo un gesto con la mano para que pasara.

Los dos policías se levantaron y se fueron a revisar todo el apartamento.

«Diego Salazar parece un buen hombre, o así nos lo quiere pintar la mujer. Habrá que verlo. Vamos a ver qué hay por aquí», pensó Karla.

En la sala de estar había fotos de parientes y amigos.

—Iván, haz fotos de todas estas —dijo Karla.

A Karla le pareció que había un ambiente agradable. Las paredes estaban pintadas con colores cálidos y había plantas en las esquinas. Un sofá muy grande presidía la estancia; parecía cómodo, y seguramente lo usaban a menudo en los días de descanso. Enfrente vio un mueble moderno con un televisor de gran tamaño. A un lado, una ventana con marcos de madera pintados en blanco dejaba pasar la poca luz que le permitía la mínima separación entre edificios.

Karla se detuvo delante de la ventana.

—¿Qué tal los vecinos?

La mujer se asomó a la puerta del salón.

—Bien, sin ninguna queja. ¿Por qué?

Karla no contestó. Observó a los posibles vecinos y sus trayectorias de vista hacia el apartamento. Luego siguió con la ruta.

—Se les ve felices aquí —dijo Iván indicando un portarretratos apoyado en un mueble.

La señora Salazar miró la foto que indicaba el policía. Era la foto del día de su boda. Él, con un traje negro y corbata clara, la cogía a ella de la mano al salir de la iglesia. Ambos sonreían bajo una lluvia de arroz.

La señora miró la fotografía con añoranza.

—Sí, lo éramos. Nunca nos hubiéramos imaginado esto.

Acto seguido, Iván hizo una foto del portarretratos.

Karla ya había salido de la estancia, y siguió por el pasillo del apartamento. En el pasillo habían colgados cuadros de puzles enmarcados. Podía leerse también el número de piezas unidas y la fecha. Reconoció el Guernica de Picasso, una vista de Múnich, un paisaje de la Toscana y algunos más.

Justo antes del dormitorio había un cuarto, lleno de trastos y cajas. El color de las paredes apuntaba a que la familia Salazar había tenido la intención de tener un hijo. Había cajas llenas, sin abrir, con artículos de segunda mano para el cuidado de un bebe: una sillita, una cuna… Al lado, varias cajas de trastos y objetos amontonados. En una

de ellas había cuadros que con la reforma habían retirado. Karla sacó una donde aparecían amigos del colegio en fila con una profesora, un diploma de un curso profesional, una carta de amor a la que debía ser su novia. Indicó a Iván que los sacara y les hiciera fotos a todos.

Luego siguió hasta el final del pasillo e inspeccionó el dormitorio y el lavabo. No hubo nada más que le llamara la atención. Era un apartamento que una vez fue un hogar, pero ahora era un lugar con una energía extraña.

Una vez acabada la inspección ocular, los dos policías fueron a la cocina.

—Gracias por su tiempo, señora Salazar. Nos ha ayudado mucho. Por favor, si se marcha de la ciudad por cualquier motivo, nos debe informar —dijo Karla dándole una tarjeta de visita.

Ella la miró desconsolada, como si considerase esa opción absurda o lejana.

—Gracias, pero no creo. Espero que lo pilléis.

—De eso se trata. Nos ha ayudado con esta visita. Gracias.

Karla abrió la puerta y luego se detuvo. Regresó dentro. Iván se extrañó.

—Una cosa más, señora, ¿Diego siempre vivió en Barcelona?

—Según recuerdo, sus padres vivieron una temporada cerca de Lérida. No sé exactamente.

—¿Y sería posible hablar con el padre o con la madre?

—¿En serio quieren hablar con sus padres? ¿No le ha sido suficiente hablar conmigo?

Karla afinó la vista, sin esperarse esa respuesta.

—No necesariamente, solo por saber.

La señora Salazar bufó.

—Su padre murió hace poco. La madre no está en condiciones de poder hablar.

Karla asintió con la cabeza mientras apuntaba, luego levantó la cabeza e hizo un gesto al agente.

Se despidieron de la señora y cerraron la puerta.

—Nos espera la mujer de la otra víctima, la señora Mendoza —dijo Karla bajando las escaleras.

—¿Cómo lo ves, jefa? —dijo Iván.

—Cuando estemos en la central comentamos todo. Huelo a chamusquina.

13

Álex se quedó a pasar la noche en casa de su hermana.

La casa era grande y la habitación de invitados, cómoda. La noche anterior dejaron de hablar del caso. Prefirieron evitar el tema delante de su sobrino.

Una vez que el niño se fue a dormir, se quedaron a hablar frente a la chimenea. Sacaron una botella de whisky que Alberto había comprado en un viaje de negocios y se sirvieron una copa cada uno. La estiraron hasta pasada la medianoche, hablando de la oportunidad de entrevistar a Néstor.

Álex estaba dividido entre aprovechar la posibilidad de saber más del Asesino del Criptograma o dejar que se pudriera en la cárcel para siempre, sin volver a saber de él. Pero si optaba por la segunda, podría estar relegando al olvido una información inmensamente útil.

Álex entendía que la propuesta económica era muy tentadora. Medio millón de euros de entrada era un caramelo que endulzaba a cualquiera. Discutieron y valoraron sus opciones. Ana quería que en las reuniones estuviera su hermano, que le ayudara, que tuviera una posición activa en la búsqueda de la verdad.

Necesitaba tiempo, necesitaba meditar sobre todo eso. Aquella decisión era un tsunami con consecuencias inimaginables. Su mente le decía que debía mantener a Néstor lejos, pero el corazón lo empujaba a querer saber más, porque sospechaba que no se había acabado todo.

Durante la noche estuvo pensando, pero no pudo decidirse. Se tomaron todo el fin de semana para sopesar los pros y los contras. Álex se lo había tomado libre para competir en la media maratón de

Barcelona. Llevaba seis meses preparándose y por fin el evento tan esperado había llegado. Era algo que se había prometido antes de coger a Néstor, y Álex siempre cumplía sus promesas.

Por la mañana la casa estaba fría. El amanecer en el Priorat era gélido, ese febrero estaba siendo particularmente frío. La vieja masía no disponía de calefacción, solo unas pequeñas estufas en las habitaciones. Cuando Alberto se despertaba, bajaba y encendía la chimenea para que se fuera calentando para el día.

El café caliente por la mañana siempre era un placer. Comió un poco de pan con crema de avellana y un yogurt. Luego saludó a su sobrino antes de que Alberto lo acompañara la guardería.

—Hay algo más que te quería preguntar… —dijo Álex cuando se quedó a solas con Ana.

La hermana sujetaba una taza de té sobre su prominente vientre, con la que se calentaba la mano. Mientras tanto, miraba a su hermano con curiosidad.

—Tenemos dos casos de lobotomía en Barcelona —dijo Álex, dejándola estupefacta.

Siguió explicando el caso, con la tranquilidad que transmitía la casa vacía y el crepitar de la chimenea que animaba a contar historias.

—Pero lo peor no es eso —concluyó—. El criminal nos ha dejado una pista.

—¿Una pista? ¿Otra vez?

Él asintió.

—Es lo que más me atormenta.

—¿Qué clase de pista?

—¿Conoces un medicamento que se llama NeoPhintia?

Ella se quedó un momento en silencio, como si estuviera rescatando la información en algún disco duro lleno de polvo. Afinó la vista, intentando recordar.

—Me suena…

—Puede que no sea nada, pero nuestra médica forense recuerda que era un medicamento experimental. ¿Sabes algo de ello?

—Algo me suena, pero uff, hace tanto tiempo. No sé qué podría ser. ¿Si quieres miro en mis apuntes de la universidad?

—No creo que lo encuentres. Alba Guevara, la forense de la central de Sabadell, dice que era una broma, un bulo que corría por la universidad de Medicina. Pero no se acuerda de la casa farmacéutica, si existía de verdad, ni de qué narices era, ni siquiera para qué servía.

Ella negó con la cabeza.

—Nada, déjalo —dijo Álex.

—No, espera, vamos a ver mis apuntes de la universidad —replicó ella, y se levantó de la butaca.

—¿Estás segura?

—No te aseguro nada, pero el no ya lo tenemos.

Los dos hermanos Cortés se fueron al garaje de la casa. Lo habían convertido en un trastero lleno de muebles y cajas tras los varios traslados de la familia. Al lado del interruptor de la luz, Ana guardaba una carpeta con un par de hojas, en las que había anotado la relación de las cajas de las mudanzas. Cada entrada incluía un número y su contenido. Ana miró con avidez la lista, hasta encontrar las cajas que buscaba.

—Las tengo. Caja 13 y 24 —dijo y volvió a colgar la carpeta.

—No te hacía tan ordenada…

—El orden te ahorra tiempo —respondió Ana, y se acercó a la pared llena de cajas amontonadas.

Luego comenzó a ver los números y le indicó las dos cajas.

Álex las bajó. En cuanto las abrió, una niebla de polvo inundó el garaje.

—¿Cuánto hace que no abres esto? —preguntó él tosiendo.

Ella ni contestó. Comenzó a mirar los apuntes por categorías. Luego por asignaturas y secciones.

—Me acuerdo de que en algún momento del tercer año compilé un

documento que hablaba de medicamentos. Pero a lo mejor me equivoco.

Álex la miraba con escepticismo. No podía creer que la hermana fuera tan metódica cuando él, que era un caos completo, no se acordaba ni lo que tenía en el viejo trastero alquilado.

Ana sacó un pequeño archivador, más fino que los demás. En el lomo ponía: tratamientos y medicamentos.

—Creo que lo tenemos —dijo, sorprendida de su hallazgo.

—A ver… —dijo Álex acercándose.

La hermana pasó el dedo por el índice de sus apuntes.

—¡Aquí está! Medicamentos experimentales.

Tras decir esto, fue pasando páginas hasta la marca que delimitaba la sección. Deslizó el dedo por el listado. Giró varias páginas, hasta la última, pasó esta también y en la penúltima posición encontró un medicamento que se parecía.

—Mira, lo único que tengo es esto: Neophilia.

—¿Neophilia? Bueno, se parece bastante. ¿Qué dice de él?

—Precisamente esto, lo que decías. Neophilia es un medicamento experimental. No se conocen bien los efectos secundarios, pero se ha usado en pacientes con trastornos de la conducta. No está confirmado el uso en pruebas con humanos. Es muy potente… bla, bla, bla.

—¿Qué más?

—Esto es interesante: parece ser un medicamento fantasma. Nos lo contó un profesor de la uni, pero como si fuera un bulo. Una prueba que se hizo en un grupo de personas y de la que nunca se supo nada más.

—¿Cómo puedes entender esta caligrafía? Parecen jeroglíficos aztecas.

Ella lo miró.

—Soy psiquiatra, pero también especialista en grafología —dijo jactándose—. Si no tienes una caligrafía ilegible no te aceptan en la facultad.

Luego regresó a la hoja, sintiéndose transportada en el tiempo.

Aquellos apuntes la hicieron regresar a las clases, profesores y compañeros que ya el tiempo había borrado de su mente. Poco a poco, regresaban tomando protagonismo.

—¿Cómo es que tienes esta información?

Ella se detuvo y trató de recordarlo.

—Creo que es porque el profesor de psicología aplicada nos lo explicó en esos tiempos. Era un hombre adelantado e investigaba mucho.

—¿Recuerdas cómo se llamaba?

—Uff, debería mirarlo.

—¿Podrías?

Ella asintió.

—Lo busco y te lo digo —dijo y regresó—. Mira, esto también es interesante —dijo y siguió leyendo—. Ahora recuerdo la cara del hombre. Parece que este medicamento era de la casa farmacéutica Lypsia. ¿Te suena?

Él negó.

—¿Debería sonarme?

—Bueno, es la más importante de la ciudad.

—¿De la ciudad?

—Creo recordar que tiene su sede en Barcelona y una planta de fabricación cerca de Sitges.

—¡Caramba! ¿Y a qué se dedican?

—Aspirinas, antidepresivos, medicamentos para enfermedades mentales y no sé qué más.

—Es curioso, ¿sabes? En internet no sale nada de un tal Neophilia, absolutamente nada. He mirado en varios buscadores y no he encontrado ninguna información, ni una referencia, ni un libro, ni una sola foto —dijo Álex.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, gracias Ana, es todo muy interesante. Pero ahora me tengo que ir.

—Aquí no hay más información, pero si encuentro algo más o

recuerdo el nombre del profesor te lo mando. Déjame investigar.

—Genial —dijo y se levantó—. Es hora que me vaya, ya me he quedado más de lo que pensaba. Si te acuerdas de algo, dímelo.

—Claro, y en cuanto sepa cuándo es la primera visita a la cárcel, te aviso.

Álex dio un beso en la frente a su hermana y se fue. Se acababa de sentar en su moto y estaba poniendo el GPS cuando le entró un mensaje del subinspector Reixach.

«Ven a mi despacho en cuanto llegues, tengo una mala noticia. Ha pasado algo con Néstor».

Álex resopló. Se bajó la visera y fue conduciendo por la carretera de tierra que llevaba hacia la carretera nacional.

Al parecer, Néstor, a pesar de estar en una cárcel de máxima seguridad, no se había resignado a dejar de ser el centro de atención de las noticias y de la policía.

Aceleró para llegar antes a la comisaría. Aquel mensaje del jefe no presagiaba nada bueno.

14

Karla levantó la mirada. Se encontraba ante un edificio en la zona sur de Badalona, de color blanco y gris, a franjas. La fachada tenía ventanas y balcones, aunque algunos de estos habían sido cerrados con carpintería de aluminio para ampliar la superficie habitable de la vivienda.

—Creo que es aquí —dijo Karla mirando a Iván, el agente que la acompañaba.

Buscaron el timbre del edificio y llamaron.

La puerta de acceso se abrió y subieron a la planta doce. Por el rellano, a través de las puertas, se colaban olores de sofritos de tomate y cebolla. Por la hora que era, aquello les abrió el apetito, mientras el estómago de la policía se quejaba de no haber desayunado lo suficiente.

Tocaron el timbre y una mujer les abrió.

La señora se presentó con los ojos hinchados y rojos y con un pañuelo arrugado en la mano.

—Buenos días, señora Mendoza —dijo la cabo.

—Llámeme Clara —respondió ella mientras los hacía pasar.

Se sentaron en la sala de estar, alrededor de una mesa de madera color miel con un tapete de encaje. Karla dio una mirada rápida a la estancia. El apartamiento difería mucho del otro que acababan de dejar. La zona, el aroma, la calidad de los muebles, la energía que había dentro. A pesar de que ese hogar era más humilde, trasmitía más autenticidad, menos fachada, más personalidad. Karla era de primeras impresiones, y en eso no se solía equivocar.

—Gracias por atendernos.

—Me ha costado encontrar a alguien que se quedara con Santi, pero al final lo he conseguido.

—Gracias —replicó Karla, sintiendo compasión por la mujer que tenía delante—. No queremos hacerle perder más tiempo del debido —añadió con delicadeza—. ¿A qué se dedica su marido?

Ella se rio.

—Santi era contable.

Karla asintió.

—¿Qué más?

—No sé, trabajaba en una empresa de Badalona, un *Cash-and-Carry*, la sucursal de Barcelona. Acababa de ser ascendido a responsable del centro. Sabe, es una empresa importante, una multinacional —confirmó Clara orgullosa.

—Y este ascenso, ¿pudo haberle creado enemistades en el trabajo?

La mujer se lo pensó un momento.

—Creo que no. Santi era buena persona. Era respetado en su empresa. Creo que no tenía… bueno, estoy segura de que no tenía enemigos.

Karla iba apuntando en la libreta, mientras iba asintiendo.

—¿Y fuera del trabajo?

Ella miró una foto que tenía al lado, apoyada en una alacena, al lado de unas cerámicas viejas. En esta estaban Clara y Santi, riendo apoyados en una palmera en un lugar paradisíaco, quizás Bali.

—No, Santi nunca tuvo enemigos. Algún problema con el hermano, pero poca cosa, nada que no se pudiera resolver.

—¿Está segura? Es muy importante.

Ella se lo pensó un momento y lo volvió a confirmar.

—De acuerdo, Clara. Volvamos al día en que su marido desaparece. ¿Cuánto hace de esto?

Ella miró un calendario que estaba en la pared.

—Unas tres semanas. A mediados de enero.

—Por favor, explíqueme cómo fue ese día. ¿Cuándo perdió el contacto con su marido?

Clara dio un suspiro de pesadez al volver a recordar los hechos.

—Santi ese día tenía un partido de pádel con los de la oficina.

—¿Juega habitualmente con ellos?

—Un par de veces al mes. Antes solía jugar más, pero con otros amigos.

—Siga.

—Luego se fueron a cenar y se alargó la noche.

—¿Qué quiere decir?

La señora Mendoza giró la cara. Su expresión se entristeció aún más, mientras parecía luchar con lo que fuera que tenía en la cabeza, ya fueran sus fantasmas o sus demonios.

—No sé si me entiende…

—No estoy segura. No me parece que a usted le gustara mucho, ¿verdad?

La mujer hizo una mueca y negó.

Al otro lado de la mesa, Iván iba escribiendo, analizando a las dos mujeres de las víctimas, sin decir nada, aprendiendo y apuntando. Entretanto, en los momentos de silencio, iba ojeando la casa en busca de ideas o indicios.

—Siempre he creído que tenía una aventura con una compañera de trabajo…

Karla cerró los ojos y enarcó las cejas.

—Lo siento.

—Nunca lo sabré, ahora aún menos. Pero tampoco me interesa…

—A nosotros sí. ¿Cómo se llama?

Clara se miró las manos.

—No le vamos a decir que nos dio usted el nombre. Puede confiar en mí.

—Gertrudis Fernández.

—¿Gertrudis?

Ella confirmó.

—De acuerdo. ¿Qué pasó esa noche?

—No me llamaba, comencé a pensar mal. Santi no llegaba, el móvil estaba apagado y era muy raro. Luego me dormí en el sofá y me llamaron a las cinco de la mañana desde el Hospital del Mar. Allí comenzó el calvario.

—Ya. Aparte de esta mujer, a quien preguntaremos cuándo fue la última vez que lo vio, ¿Santi podía tener algún conflicto no resuelto en el pasado?

—Imposible. No creo. Si lo supiera se lo diría. Solo quiero que cojan al monstruo que nos ha arruinado la vida.

—¿Tienen hijos?

La mujer estalló en un llanto.

—Lo estábamos buscando, pero aún no lo habíamos conseguido.

—Entiendo. ¿A qué se dedica usted, Clara?

—¿Yo? ¿Qué tiene que ver eso?

Karla levantó la mirada de la libreta.

—Todo tiene que ver.

—Soy secretaria de un abogado.

—De acuerdo. ¿Usted tiene alguna enemistad?

—No. Ninguna.

—Bien, dígame, ¿conoce a un tal Diego Salazar?

Clara lo pensó y sacudió la cabeza.

—No, no creo.

—Señora, es importante, ¿lo conoce?

—No, ¿debería?

Karla creyó que era sincera en eso también.

—¿Qué hacían los fines de semana? ¿Qué hobbies o aficiones tenían?

La señora Mendoza se rascó la cabeza.

—No sé, lo normal. Cena, paseos, íbamos a ver a nuestros parientes…

—¿Los de Santi?

—No, los de Santi murieron ya hace años.

—¿Los de usted?

—Sí, viven en Gerona. Nos gusta pasear por Calella de Palafrugell. Pasar el día por allí, comer en un restaurantito delante del mar, tomar el vermut, cuatro olivas y leer el periódico del domingo.

—Entiendo —dijo Karla mientras acababa de apuntar—. Tienen un piso muy bonito, Clara. ¿Tienen hipoteca?

—No, es una herencia de los padres de Santi.

—Vaya, qué suerte.

Clara la miró contrariada por el comentario, que había sonado desafortunado.

—Discúlpeme, lo he dicho sin pensar. ¿Le importa que echemos un vistazo?

Clara hizo un gesto con una mano, asintiendo.

—¿Les puedo ofrecer algo de beber o comer? Perdonen, no soy muy atenta con estas cosas después de lo de Santi.

Los dos se levantaron. Iván miró a su jefa, delatando que eso le parecía la mejor idea del día. La hora pasaba del mediodía, y el hambre comenzaba a hacerse sentir.

—No, gracias —contestó Karla sin hacerle caso al agente.

El piso, en general, tenía un aroma a vetusto, camuflado por unas velas con olor a vainilla. El polvo de las últimas semanas comenzaba a acumularse. El hogar del matrimonio Mendoza era muy humilde; a pesar de los dos sueldos, el espacio había sido poco alterado desde que vivieron en él los padres de Santi. Karla lo entendió cuando vio las fotos encima de un armario: los Mendoza habían viajado por medio mundo, pero vivían en un lugar discreto y humilde.

El salón estaba poco iluminado, con una televisión obsoleta.

—Iván, haz fotos a todo —dijo Karla al agente, y este obedeció.

—Clara, se ha olvidado de decirme que les gusta mucho viajar.

Ella miró la colección de recuerdos de lugares visitados. Su sonrisa era amarga, como el futuro que le esperaba.

—Nos gustaba, sí.

—¿Podemos seguir con la inspección? —dijo Karla indicando el

pasillo.

—Claro.

Los dos policías pasaron por el lavabo principal, decorado con tonos rosas. Luego siguieron por la habitación de matrimonio, una estancia más moderna, que difería del resto en su mobiliario. Al entrar, Karla notó que tenía el mismo olor que la habitación de su abuela, con un aroma a alcanfor. En la mesita vio objetos varios, un despertador antiguo y muñecas encima de la cama. Nada le llamó la atención. Regresó al pasillo y entró en la última estancia, que era una habitación añadida.

Se trataba de un estudio con librería y una máquina de escribir en un lado.

—Clara, ¿qué es esto?

—Esto es el despacho de mi suegro. Santi nunca quiso cambiarlo. En su momento fue su habitación, aunque luego su padre la convirtió en despacho y él quiso dejarla así.

—¿A qué se dedicaba su suegro?

Clara lo pensó un momento, como si buscase las palabras adecuadas.

—Había opositado a gestor público.

—¿Qué quiere decir?

—Pues el Estado lo enviaba a ser director de centros estatales de diferente naturaleza.

Karla asintió y entró para observar mejor. Indicó a su compañero que tomara fotos de todo. Los flashes de la réflex de Iván iban salpicando las paredes.

En la pared, entre las librerías, había cuadros colgados, diplomas, e incluso una foto con el rey Juan Iván I. También un dibujo hecho por Santi de niño que representaba a su familia, con él y sus padres en un coche rojo y al fondo un edificio gris. Por el otro lado, en un mueble bajo con ruedas, había una Olivetti verde cerceta. Encima de esta resaltaba un cuadro con un escudo amarillo. El escudo le llamó la atención a Karla, nunca lo había visto. Una corona encima de un león

que protegía a un niño; en un fondo verde. Lo habían pegado a un retablo de madera oscura y debajo había una placa: *«Por tu honestidad y dedicación en tantos años de servicio. Tu equipo».*

Luego se fijó en el escritorio, lleno de papeles y bolígrafos *Bic* de color dorado, estilo años noventa. Vio libros de psicología, de gestión empresarial y de historia.

La atención de Karla fue interrumpida por un mensaje. Cogió el móvil; era Álex:

«Acabo de salir del despacho de Reixach. Pasa por la oficina cuando puedas, hay novedades sobre Néstor. Esto se ha puesto complicado».

Karla arrugó el ceño y miró a Iván.

—¿Ya lo tienes todo? —preguntó.

El otro asintió.

—Bien, nos vamos —dijo y luego se giró hacia la esposa de la víctima—. Clara, gracias por su atención, por hoy creo que lo tenemos todo. Estamos en contacto. Esta es mi tarjeta de visita, si se acuerda de algo más referente a nuestra conversación, por favor llámeme —concluyó y abrazó a la mujer.

—Por favor, encuentre al que le ha hecho eso a mi marido.

Karla sonrió y salió por la puerta, en dirección a la comisaría.

15

Álex tocó a la puerta del despacho. El subdirector estaba dentro, al teléfono. La puerta se encontraba entornada y desde el otro lado el jefe le indicó que entrara.

—Sí, lo entiendo. Lo comprendo, claro que sí —repetía el jefe al teléfono, sentado detrás de su escritorio.

Álex Cortés, entretanto, pensaba qué podía haber querido decir su jefe con su mensaje:

«Ha pasado algo con Néstor».

¿Qué podía ser?

¿Se habría suicidado?

¿O quizás querría verle?

O incluso, podía haberse enterado de la propuesta de la editorial a su hermana y se había negado a ayudarles.

Las opciones eran miles y ninguna parecía clara.

La conversación del jefe se estaba alargando. El cielo de Barcelona estaba gris, tan distinto del limpio cielo del Priorat. El frío era particularmente agudo ese día.

Álex se sentó en una silla delante del escritorio de Reixach. Sacó su móvil y miró las previsiones del tiempo; para el domingo daba lluvia.

«Esperemos que no, con este frío, solo faltaría que nevara para la maratón».

El domingo tendría lugar la maratón que llevaba meses esperando, y para la que había entrenado tanto. Las previsiones no auspiciaban nada de bueno. «Aunque las predicciones meteorológicas de este teléfono fallan como una escopeta de feria», se dijo.

Luego apagó el teléfono y escuchó la conversación hasta que

Reixach colgó.

—¡Maldita sea Cortés, la que has liado! —gritó el jefe.

Álex miró al jefe sin entender.

—¿Qué ha pasado?

—No sabes la mierda que me ha caído encima de mi mesa esta mañana. ¿Sabes cuántas llamadas he recibido hoy? —dijo apuntándole con el móvil.

Álex se encogió de hombros.

—¡Esta es la quinta llamada! —siguió Reixach.

—¿Pero qué ha pasado, me lo puedes explicar?

—Joder, un juez del tribunal de Barcelona ha tenido la brillante idea de leer tu informe sobre Néstor Luna y ha sabido de tu viaje a Santander.

—¿Y? No veo qué problema hay.

—¿No lo ves? Pues el tío ha movido mar y tierra para trasladar a la madre de la institución donde está y enviarla a un sitio que se parece más a una cárcel psiquiátrica que a un geriátrico.

—Eso no es asunto nuestro.

—¿Cómo se me fue la olla al dejarte ir a Santander a ver a esa señora? Maldito el momento que te lo autoricé.

—Jefe, nosotros no somos responsables de lo que hacen los demás con nuestra información, con nuestros informes. Nosotros solo cumplimos con la ley y reportamos en esos informes lo que pasa. Los demás hacen lo que consideran oportuno. ¿O prefieres que a partir de ahora escriba solo cosas que no desaten cambio alguno?

—Maldita sea. Teníamos el tema Néstor Luna adormecido y ahora tenemos otra vez al hijo de perra a la orden del día.

—Creo que te equivocas, jefe, no es nuestra responsabilidad. A partir de ahora, la espada de Damocles ya no está en nuestra nuca.

—¿Espada de quién?

—Déjalo. ¿Algo más?

—Quería que lo supieras, ya que el lío lo has montado tú.

—De acuerdo. ¿Puedo irme?

—¡No! Quiero que me expliques qué narices has averiguado de los dos casos esos.

—No sabía que tenías una amiga, jefe.

Al hombre no le gustó el comentario. Se sonrojó. Luego le gritó otra vez la misma pregunta, y Álex le explicó todos los avances y lo que había averiguado.

—¿Ahora me puedo ir, jefe?

—Sal de mi vista, Cortés —le espetó el jefe—. Investiga ese medicamento y mantenme informado.

Álex se levantó de la silla. «Suerte que me lo has dicho jefe, o no se me habría ocurrido eso de seguir el hilo del medicamento».

En cuanto estuvo a punto de cerrar la puerta, la volvió a abrir.

—Por cierto, ¿cómo se llama el juez?

—Bartolomeo del Pozo, tribunal de instrucción número dos de Barcelona.

Álex cerró la puerta sin despedirse.

Llegó a su despacho y se sentó en la silla de su escritorio. Ni siquiera quiso mirar la bandeja de entrada, que debía de estar atiborrada de correos no leídos. Envió un mensaje a Karla y evitó encender el ordenador. Luego bajó a comprar un sándwich y un café a la cafetería de abajo y regresó.

Se puso a comer delante de la pantalla. Abrió un correo que acababa de llegar de Alba. En él le explicaba que ambos hombres, Mendoza y Salazar, llevaban trazas de un fármaco, un tal Midazolam, de la familia de las benzodiazepinas. Un fármaco usado en cirugía para anestesiar, que además hacía olvidar todo recuerdo de un evento. Los informes de los dos hospitales decían que había sido inyectado por vía intravenosa y habían quedado trazas en las analíticas.

«Qué curioso, los dos el mismo fármaco».

Iba a enviar un mensaje a Karla para contárselo cuando esta apareció por la puerta. Como siempre, llevaba una cazadora oscura y la melena recogida. Se sentó. En sus manos llevaba la bolsa de un supermercado.

—¿Aún no has comido? —preguntó él mirando el reloj.

—Calla. Tengo un hambre que veo doble —dijo ella mientras sacaba una ensalada.

—No, espera, mejor vamos a la sala de briefing —respondió Álex bajando la voz y mirando a su alrededor.

Karla se extrañó, pero hizo como le pedía. Una vez estuvieron dentro, Álex cerró la puerta.

—Siéntate —dijo Álex—. Al parecer, aún tendremos a Néstor Luna un rato más sobre la mesa.

Karla aliñó la ensalada y comenzó a comer.

—¿Qué quieres decir? —replicó con la boca llena.

—¡Tanta hambre y solo comes eso! ¿Una ensalada?

—Tú ve explicándomelo mientras yo como.

Álex le explicó lo que le había contado el jefe.

—Esto es un marrón. ¿Pero quién iba a pensar que un juez estudiaría mi informe y tomaría medidas cautelares sobre esto? —Karla seguía comiendo sin perderse ni una palabra de lo que él decía —. Pero eso no es todo, lo bueno viene ahora. En realidad, no es muy bueno.

Álex se sentó en la mesa al lado de la pizarra. Mientras su compañera terminaba de comer, le explicó la propuesta de la editorial a su hermana. También le contó que Ana le había pedido su colaboración y cómo afectaría todo eso a las investigaciones.

—¿En serio tu hermana se atreve a entrevistar a ese psicópata? —dijo Karla, dando un trago a un refresco—. ¿No ha tenido bastante?

Álex levantó las manos y se encogió de hombros.

—No sé qué decirte. Ya te lo he explicado, se le ha juntado también un problema económico. Pero… —concluyó acercando su dedo a la boca—. Aquí dentro eres la única que lo sabe.

Después Karla le explicó las entrevistas con las esposas de los dos afectados por las lobotomías y lo que habían encontrado al revisar sus apartamentos. En apariencia, no había relación entre las dos víctimas.

—Las dos parejas no se conocen entre sí. Parece que los dos hombres no tienen nada en común —afirmó.

—Algo deben de tener —replicó Álex—. No se hacen lobotomías aleatoriamente a la gente.

—O no, Álex. ¿Cuánta gente va por la calle y mata por el simple gusto de matar? —dijo Karla—. Quiero decir, no porque conozcas a alguien tienes que hacerle daño. Hemos visto que hay gente que hace daño sin un porqué. Tienen un motivo personal o un ansia psicopática, no por un motivo de venganza hacia alguien en concreto.

Álex se quedó observando a Karla un rato y luego miró por la ventana.

—Lo que pasa es que no lo hemos encontrado, pero seguro que lo tienen —insistió él—. No digo que sea fácil dar con la clave, pero algo tendrán en común.

—¿Descartas mi teoría?

—No, pero es más probable que tengan alguna relación y no la hayamos encontrado a que sea un criminal que actúa de forma azarosa —dijo y la miró fijamente.

Hacía tiempo que no entraban en esa habitación solos, para discutir un caso que volvía a tener todo el aspecto de ser obra de un psicópata. Álex no lo echaba de menos; el caso Néstor le había provocado suficientes dolores de cabeza.

—Hay algo más. Esta mañana he recibido los informes forenses de los análisis del señor Salazar y el señor Mendoza.

—¿Y bien?

—Hay una coincidencia en los análisis. Un anestésico. Una benzodiazepina de la misma clase.

—He enviado a Iván a interrogar a la presunta amante de Santiago Mendoza. Dónde fueron la última noche, dónde se despidieron y todo el resto. Una tal Gertrudis.

—¿Ha ido solo?

—Sí, solo. Está capacitado.

Álex asintió y se quedó pensativo.

—¿En qué piensas?

—Estoy tratando de decidir qué hacer ahora.

—Es viernes. Hemos tenido una semana intensa. Pasado mañana tienes la maratón, ¿no?

—Media maratón.

—¿Estás preparado?

Él se encogió de hombros.

—Ya veremos, pero creo que sí. He entrenado bastante.

—¿Quieres un consejo? Vete a casa y entrena para el domingo. Luego descansa y mañana desconecta. El lunes verás por dónde tirar. Con la cabeza más despejada, verás que todo irá mejor.

—Tienes razón, pero hay una última cosa, un detalle que me he olvidado de decirte. Esta mañana pregunté a mi hermana si conocía un medicamento llamado NeoPhintia.

—¿Y lo conoce? —exclamó ella abriendo los ojos de par en par.

—No exactamente. Fuimos a su garaje a buscar los apuntes de la universidad. Y encontró un medicamento que se parece y que, según su profesor, estaba en esa época o estuvo, en fase experimental. Un tal Neophilia.

Ella lo miró decepcionada. Sin duda había esperado que Ana Cortés lo conociese.

—Pero recordaba la casa farmacéutica que estaba haciendo las pruebas.

Karla alzó la cabeza, sorprendida.

—Maldita sea, Álex, ¿y eso lo dejas para lo último? Es la mejor pista de la semana. ¿Cómo se llama?

—Lypsia.

Enseguida Karla abrió el buscador de su móvil. Le aparecieron millones de resultados. El primero era la web principal de un laboratorio farmacéutico: www.lipsya.com.

Entró en la web y miraron de qué se trataba. La pantalla del móvil se puso de color lila. Debajo del nombre de la farmacéutica aparecía una frase comercial que no daba a errores:

Tu salud, nuestro objetivo.

—Vaya, lo tenemos —dijo él—. Ahora mira si en su catálogo hay un producto llamado NeoPhintia o un Neophilia.

Karla entró en el catálogo. Era un vademécum completísimo, pero de ese fármaco no había trazas.

—¿Puede que se haya equivocado tu hermana?

—Lo he visto yo, Karla. Lo tenía apuntado en los papeles. Busca Midazolam.

—¿Qué es?

—El medicamento que indica Alba Guevara en el informe forense.

Ella lo buscó y no encontró nada.

—Hoy no tenemos suerte, Álex.

—Ya veo… En fin, creo que seguiré tu consejo. Me voy a casa. Cierro el ordenador y me voy.

—Desconecta. ¿Viene Emily este finde?

Él negó y le lanzó un beso al aire mientras salía.

Karla cerró la aplicación del móvil y recogió el recipiente de plástico de la ensalada. Ese fin de semana le tocaba de guardia. Se acomodó en la silla y continuó pensando en las dos mujeres de las víctimas. Era posible que tuvieran algo en común, ¿pero qué? Quizá tenía razón Álex: existía, pero aún no lo habían descubierto.

16

Barcelona estaba de fiesta. La maratón más importante del año por fin había llegado. Era una mañana fría y las previsiones habían pronosticado lluvia. Álex se levantó muy temprano, sobre las cinco de la mañana. La noche anterior se había ido a dormir pronto, antes de las nueve.

Estiró los brazos y miró en la dirección por la que solía salir el sol.

Por las ventanas, la oscuridad aún no revelaba si el cielo estaba encapotado.

Se duchó y desayunó lo que le había indicado el entrenador que le había ayudado a prepararse para la media maratón.

Después se vistió y se marchó de casa a la hora programada.

La mañana de domingo dejaba las calles desiertas. La carrera no pasaba por su calle, y los coches podían pasar perfectamente.

Entró en el metro y fue cambiando de línea. Cuanto más se acercaba a su destino, más gente encontraba. La mayoría iban vestidos con colores vivos y ropa deportiva, y había muchos bastante menos abrigados que él. Álex los miraba, preguntándose si él era el único que tenía frío.

Siguió hasta llegar a Plaza de España. Allí se bajó y los rayos de sol ya despuntaban por el horizonte, aunque aún sin dar calor alguno.

La Plaza de España era un hervidero; una extensión repleta de gente con ropa deportiva y lista para correr durante varias horas.

Se dirigió a la caseta organizadora y después de una interminable cola recogió el dorsal con su número.

Se acercaba la hora. La imagen le cautivó; el sol fue subiendo

mientras la marea de cabezas listas inundaba la subida a Montjuïc. Al fondo, la montaña; por el otro lado, las torres venecianas de la plaza. Tenía picor en la nariz, típico de las mañanas de febrero, en las que la brisa y el salitre que venían del mar se juntaban con el frío. El murmullo de los atletas era una experiencia nueva para él. Se sentía bien, se sentía preparado y listo para su primera carrera. Estaba allí fruto de una promesa que se había hecho antes de atrapar a Néstor Luna. *Y ya se sabe; las promesas hay que cumplirlas*, se dijo.

Su reloj marcaba menos de quince minutos para que la carrera diera comienzo. Calentó los músculos corriendo y estirando las piernas. Luego se fue a la zona de salida del recorrido que había elegido.

En ese momento tuvo envidia de la marea de gente que, delante de él, recorrería el trayecto más largo, pasando por la Sagrada Familia, hasta casi el final de la avenida Meridiana, bajando por el parque de la Ciutadella y volviendo por el litoral: cuarenta y dos kilómetros, mientras que él correría solo la mitad.

El marcador indicaba que faltaban pocos minutos. Se colocó las gafas de sol y una cinta sobre las orejas para sujetar los negros rizos y los auriculares, en los que el móvil iba reproduciendo una tras otra las canciones preferidas de Álex: rock puro y transversal, de todo tipo de grupos y épocas. La tenía a todo volumen, para cargarse de adrenalina suficiente para cumplir con su hazaña y llegar hasta la meta.

Un minuto.

Se quitó el chubasquero que lo protegía y lo tiró en una papelera. Luego colocó el dedo en el reloj hasta que el pistoletazo indicó la salida de la carrera. Los primeros en salir fueron los mejores atletas, que competían por la medalla de oro: profesionales del atletismo.

Con el pasar de los segundos, la multitud fue acelerando hasta que cada uno tomó la velocidad que prefería.

Álex subió aún más el volumen. Corría hacia las torres venecianas, pero también hacia una promesa. Había corrido pocos metros cuando llegó hasta la plaza España, donde vio algo que al principio no pudo

entender. Después se fue acercando y obtuvo una vista mejor. Los atletas que avanzaban por delante de él parecían estar sorteando una serie de obstáculos, como si el río de gente tratase de evitar los pilones de un puente invisible.

Tres personas caminaban a trompicones, obstaculizando la carrera.

Lo primero que pensó Álex fue que se habían lesionado, a lo mejor ya en el calentamiento. Pero eso era bastante improbable, ya que no era una persona, sino tres. Le faltaban pocos metros para llegar a ellos. Al final pudo esquivarlos. Pasó junto a una chica que corría con torpeza, sin rumbo; en vez de ir hacia adelante, zigzagueaba. Se fijó en ella: era una mujer joven y rubia. Llevaba gafas de sol último modelo, grandes como pantallas de cine. Le extrañó que no moviera los brazos al correr, pero se dijo que aquello era personal, y cada uno podía correr como quisiera. Pero justo cuando Álex se disponía a seguir su camino y pasar de largo se fijó en la boca de la chica: la tenía torcida.

Siguió por un momento el río de gente que se dirigía hacia la meta. Pero en su corazón de policía algo se acababa de activar. Algo no iba bien.

Se apartó de los otros corredores y regresó hacia la mujer. Los atletas los sorteaban a ambos; ella ya no corría.

—¿Estás bien? —preguntó el policía.

La chica no contestó e intentó seguir en su huida hacia adelante. Lo adelantó y Álex vio a los otros dos atletas que, como ella, obstaculizaban la carrera en medio de la calle.

—¿Te encuentras bien? —replicó Álex cogiéndole un brazo.

Ella se giró. En ese momento un escalofrío atravesó la columna del policía. Comprendió que eso ya lo había visto antes. Se puso delante de la mujer y la detuvo. De la boca torcida le cayó un hilo de baba. Álex le quitó las gafas y entonces ya no le quedó duda: tenía los ojos rojos, con ojeras, y el derecho estaba increíblemente hinchado.

Había otro caso.

Álex sujetó a la atleta de la mano e hizo un gesto a unos

compañeros de la urbana. Sus peores pesadillas se acababan de materializar. Además, esa chica no era la única: había otros dos hombres en medio de la carrera que presentaban el mismo comportamiento. Eran tres en total.

Álex se estremeció cuando le subió la manga de la ropa. Allí estaba, delante de él, la confirmación del horror, escrita en rojo sobre su muñeca. Un sello que representaba muerte y la firma de un criminal. La palabra era NeoPhintia.

Unos minutos más tarde, Álex estaba con los sanitarios y los tres atletas dentro de una ambulancia. No se podía creer que su primera maratón se hubiera acabado antes de comenzar. Pero más duro era para esas tres personas, que presentaban los síntomas de una lobotomía, como el señor Salazar y el señor Mendoza.

Escribió un mensaje a Karla y guardó el móvil. Solo entonces se dio cuenta de que los tres atletas llevaban una camiseta igual, de color lila. Sobre el pecho de los tres podía leerse la misma palabra: Lypsia.

17

Karla llegó enseguida. Álex la esperaba en el Hospital Universitario Sagrado Corazón de Barcelona, que era el más cercano a la Plaza de España.

El sargento estaba en el pasillo, tiritando. Karla entró, cruzó el pasillo y llegó hasta donde él estaba.

—He venido lo antes posible —dijo Karla con una chaqueta deportiva en la mano.

Se la dio y Álex se la puso, agradecido.

—Te habría traído un pantalón, pero me dijiste que no…

—No te preocupes, con esto ya me apaño, gracias.

—Estás muerto de frío —dijo Karla y lo abrazó para ayudarle a entrar en calor.

—Tenemos a otros tres, Karla. ¡Maldita sea! —dijo Álex tiritando.

—Increíble, y esta vez a plena luz del día.

—No solo es eso, ¿sabes qué es lo más fuerte? —continuó Álex—. Llevan una camiseta de la empresa farmacéutica Lypsia.

Karla lo miró, perpleja.

—Esto no es una coincidencia —contestó ella.

—Para nada.

—Tres personas, tres palabras. Tres veces NeoPhintia.

Álex sintió que empezaba a entrar en calor. Los fríos tentáculos de febrero se hacían sentir esa mañana.

La puerta de una sala de urgencias se abrió, y apareció un hombre con bata blanca y estetoscopio. Cerró la puerta tras de sí y los dos policías se levantaron a saludarlo.

—Doctor, esta es mi compañera, la caporal Ramírez de los Mossos

d'Esquadra, grupo investigativa.

—Encantado —dijo el médico a Karla y regresó la mirada a Álex—. Vamos a hacerles un TAC a cada uno, pero los síntomas y las señales en el cuerpo son inconfundibles. Son los mismos de las otras dos personas. Una cicatriz con puntos de sutura en el párpado derecho, junto a una hinchazón del lóbulo. Ojeras y hematomas externos. Todo apunta a que sea lo mismo.

—¿Cree que podría ser una lobotomía?

El médico asintió, pensativo.

—La verdad es que nunca había visto una. Es algo que estudias en la facultad, pero como cultura general. Nunca pensé que me encontraría con una en la vida real, y ojalá hubiera sido así.

—¿Cómo dice?

—Es horrible ver algo así. Estos tres individuos están sentenciados para siempre.

Álex se pasó las manos por la cara y se giró hacia otro lado. Las ganas de darle una patada a la silla fueron tremendas, pero consiguió reprimirlas.

—¡Maldito hijo de perra! ¡Maldito sea! Ya lleva cinco.

—Bueno, Álex… —dijo Karla con tono tranquilizador, sabiendo que estaba a punto de explotar—. Primero, que el médico lo confirme…

—Creo que esta misma mañana tendremos las pruebas, haremos lo posible —dijo el médico.

—Gracias —contestó Álex apretando los dientes.

—Habría que avisar los familiares, pero no llevan ni móvil, ni documentación, no sabemos nada —dijo el médico, algo perdido—. Tendremos que realizar la denuncia de protocolo y todo lo demás.

Álex lo miró y se quedó un momento en silencio.

—Podemos hacerla nosotros, ¿no, Álex? —propuso Karla.

—Hágame un favor, doctor: que la denuncia la hagan los de la guardia urbana, nos quitaría papeleo y nosotros nos podríamos centrar en la identificación de las personas.

El médico asintió.

—No llevaban móviles, solo una camiseta que nos ayudará a identificarlos —dijo Álex mirando a Karla.

—Tendrán que disculparme, pero tengo muchos más pacientes —dijo el médico—. Pero les iré informando de los resultados.

—Doctor, ¿le suena un medicamento que se llama NeoPhintia o Neophilia? —le preguntó Álex antes de que se marchara.

Este arrugó el ceño.

—No. ¿Debería?

—No, no se preocupe, doctor. Solo una cosa más. ¿Nos dejaría hacerles una foto a esas tres personas? —dijo y luego se giró hacia Karla—. Se me ha ocurrido una idea.

18

Los dos policías fueron a la cafetería del hospital a esperar los resultados de las pruebas.

Se sentaron con sus cafés en una mesa al fondo, para que nadie pudiera escucharlos. Álex se bebió uno doble de un sorbo para calentarse y después pidió otro.

—Desde luego que tu primera carrera no te ha ido muy bien —dijo Karla con tono burlón—. Ahórrate el aliento, correr es de cobardes.

—No eres graciosa para nada—dijo Álex con pocas ganas de bromear—. Venga, saca tu móvil y entra en LinkedIn.

—¿Qué narices quieres hacer? —preguntó ella

—Esas tres personas no tienen móviles ni documentos. Los dos únicos datos con los que los podemos relacionar son el deporte y Lypsia.

—¿Y qué piensas hacer?

—Pues entrar en una red social profesional como LinkedIn, buscar la empresa y después a algún empleado que haga deporte.

—Pero según lo grande que sea esta farmacéutica, eso podría llevarnos todo el día.

—¿Tienes una idea mejor? —preguntó Álex, y Karla resopló. Dio un trago al segundo café antes de continuar—. Cuanto antes empecemos, antes terminaremos —sentenció Álex—. Venga, busca la empresa Lypsia. Si buscamos entre los dos será más rápido.

Karla lo hizo, y al momento apareció la página de la sociedad, de la misma tonalidad lila de las camisetas de los tres corredores.

—Ahora tenemos que buscar a una chica rubia —dijo Álex,

mirando su móvil.

Karla buscó por departamentos y encontró cientos de resultados; aquello iba a llevarles una eternidad.

—¡Madre mía, esta empresa es enorme! —exclamó Karla.

—Da igual, tenemos que seguir —replicó Álex, estudiando sus resultados.

—Álex, son demasiados. Podemos estar aquí hasta mañana. Espera —propuso Karla entonces—. Podemos buscar con algún otro filtro. Busquemos *deporte*.

—No se puede filtrar por deporte. Pero podemos probar con las zapatillas —dijo Álex.

—¿Cómo dices?

—Sí, la gente suele tener una marca favorita.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Crea un filtro con el nombre de la empresa y la marca de sus zapatillas. Por ejemplo, Nike. La chica llevaba zapatillas de esa marca.

Karla lo miró asombrada.

—¿En serio te acuerdas de qué zapatillas llevaba?

—Eran muy bonitas… de color rosa.

Karla se encogió de hombros, extrañada, pero lo hizo. La búsqueda se redujo drásticamente.

—Ahora filtra por zona, Barcelona —dijo él.

Los resultados seguían siendo muchos.

Fueron mirando uno por uno y en las decenas y decenas de personas, no había ninguna rubia.

—Quizá no sea de Barcelona.

—Ok, pon Madrid.

Al hacerlo, la búsqueda se amplió. En la capital la empresa tenía muchos más empleados.

—¿Qué pasa, que a esta gente les va esta marca de zapatillas?

—Sigue, venga.

Era difícil buscar entre tantos perfiles, y más en un teléfono móvil. Fueron bajando y bajando, comprobando la cara de cada uno, hasta

que de repente Álex vio algo.

—Espera, vuelve atrás —dijo y le cogió el teléfono.

En la pantalla apareció una mujer casi de espaldas; su cara se veía solo de perfil. Una melena rubia le tapaba la oreja, vestía de traje y, a juzgar por el fondo, daba la impresión de estar dando una conferencia.

—Mira esta.

—¿Esta? —dijo Karla confrontando la foto.

—¿Cómo se llama esta chica?

—Valentina Castillo. Trabaja en Lypsia y está en el departamento de ventas de la empresa —dijo Karla con admiración—. Directora de ventas, caray.

—Vale, ahora busquemos en Facebook a ver qué nos sale —dijo mientras empezaba a buscar en la otra red social.

Aparecieron decenas con el mismo nombre, y entre ellas encontraron a la rubia despampanante.

—Caray, tiene un cuerpo de atleta —dijo Karla.

—¡Joder! —gritó Álex dando un puñetazo en la mesa enfadado después de ver las fotos de la víctima antes del accidente y haciendo tambalear los dos cafés.

Luego sacó un bolígrafo y apuntó el nombre en una servilleta. En la cafetería todo el mundo lo miró con mala cara. Al fondo había mesas de enfermeros y familiares de pacientes. En la barra, médicos que se giraron con desprecio.

—Ya tenemos una —dijo Álex ignorando el revuelo que había ocasionado—. Ahora entremos en su perfil y miremos si tiene compañeros.

Los dos policías fueron revisando los perfiles de las personas relacionadas con la directora de ventas, comparando con las fotos que había tomado Álex. Al final de la mañana habían conseguido encontrar a los tres. Álex no se hubiera imaginado que su mañana terminaría en una cafetería, buscando personas con métodos poco ortodoxos. Le había llevado meses prepararse para la media maratón,

pero el destino tenía otro plan para él y quiso que estuviera allí en ese momento para encontrar a las tres víctimas. Claramente, el destino quería algo más de Álex, aunque él aún no supiera qué.

—Norberto Ortiz, cincuenta y tres años. Vive en Madrid, director de operaciones en la planta de producción de Valdemoro. Divorciado y con tres niños —dijo Álex al médico.

—Matías Vega, cuarenta y ocho años. Natural de Toledo y vive en Navalcarnero. Subdirector de ventas. Soltero —dijo Karla.

—Y por último, Valentina Castillo, directora de ventas. Originaria de Tenerife y vive en Madrid. Casada, con dos niñas —concluyó Álex.

—Habéis tenido suerte.

—No lo llamaría suerte, sino astucia —dijo Karla.

—Eso da igual, lo importante es que tengamos un nombre y apellido. Ahora nuestros compañeros de comisaría se encargarán de hacer las oportunas llamadas a los familiares. ¿Qué nos aclara el TAC, doctor? —dijo Álex.

El sanitario se giró y en la pantalla les enseñó unas fotos de colores con manchas de diferentes tonalidades bajo un dibujo de un cráneo. Álex miraba estupefacto, incapaz de interpretar aquello.

—Creo que han entrado con una varilla por el lóbulo derecho, por eso encontramos la cicatriz. Luego seccionaron parte de la membrana cerebral y entraron en la parte frontal del cerebro. Pero hay algo más que despierta mis preguntas —decía el médico ampliando una imagen. Con un bolígrafo indicó un punto justo detrás de la frente—. Creo que la varilla llevaba un microbisturí al final, porque falta un trozo. Una sección del cerebro ha sido extirpada.

Álex tuvo que sentarse. A pesar de haber visto ya muchos cadáveres, aquello le provocaba náuseas.

—Usted cree que le han extirpado parte del cerebro… —confirmó Karla.

—Lo que se llama vulgarmente: masa gris —dijo el médico.

—¿Y esto lo puede hacer cualquiera?

—¡En absoluto! —dijo el médico, casi indignado—. Solo alguien con una perfecta precisión y nociones de medicina y cirugía cerebral, sino haría un destrozo.

—Bueno el destrozo está hecho… tampoco se vería si es muy profesional o no, ¿no cree?

El médico pensó la respuesta.

—Puede ser. Pero para una operación de estas características, se necesitan manos expertas y material adecuado.

Álex asintió con la cabeza.

—Claro doctor, entiendo. Hay que tener un material muy profesional y especializado.

—Exacto.

—Bien. ¿Y quién tiene material para hacer la operación quirúrgica más específica para una lobotomía? Porque yo en mi casa no lo suelo tener —dijo Álex con un punto de desfachatez—. ¿Y tú, Karla?

Ella lo miró con una expresión de reproche, instándolo en silencio a mantener la seriedad.

—Sargento Cortés, esto no fue un procedimiento improvisado en un garaje, si es lo que quiere saber. Si te equivocas con la calibración de la perforación, te puedes cargar al individuo —dijo el médico, casi con admiración hacia el trabajo realizado. Se acercó al sargento, apoyando los codos en las rodillas y gesticuló como si estuviera realizando una operación precisa—. Esta persona ha practicado con Dios sabe qué. Es un trabajo muy pulcro. Es de… de cirujano.

—No iba a decir de cirujano —dijo Álex y se acercó al médico—. ¿Qué iba a decir?

El médico cambió de expresión y se apoyó en el respaldo. Luego suspiró.

—Es de un profesional muy bueno, ojalá tuviera yo tanta habilidad —dijo casi en un susurro.

Hubo un silencio prolongado. Los dos policías se miraron.

—Cuando tenga los resultados de las analíticas, hablaré con los otros dos hospitales, el Dos de Mayo y el del Mar, para confirmar si

realmente estamos hablando de lo mismo —dijo levantándose—. Además, tenemos que informar a los demás hospitales del país de esto. Puede que salgan más, o que tengamos más casos silenciosos sin saberlo.

—Lo que usted vea. Lo importante es que nos mantenga informados de cualquier cambio —dijo Álex dándole su tarjeta de visita.

El doctor la cogió y se marchó de la estancia. Al cerrarse la puerta, Karla se giró hacia Álex.

—¿Y ahora qué?

—Tengo una idea.

Karla frunció el ceño.

—Me dan miedo tus ideas —dijo pasándose la mano por la cara—. A ver, dime.

—Es hora de que hablemos con Lypsia.

—¿Sabes que hoy es domingo?

—Lo sé —dijo mirándola y se dirigió hacia la puerta—. Pero tengo una idea más.

19

El carrito de golf surcaba el manto verde. Todas las tonalidades pasaban debajo de las ruedas, como un barco que rompe las olas creando una paleta de matices. Los bosques de los alrededores enmarcaban el lugar en un entorno idílico a pocos kilómetros de la ciudad condal. El campo de golf de Sant Cugat era el club más elitista de toda la región.

Los jugadores disfrutaban del aire libre a pesar del día frío y nublado. Practicaban el swing y hablaban de negocios actuales y posibles negocios futuros.

Los dos policías se habían hecho también con un carrito, aunque no habían ido a jugar, sino a buscar a alguien. Habían sustituido la carísima tarjeta de socio por una placa de los Mossos d'Esquadra.

El coche patrulla desentonaba entre los coches de lujo en el aparcamiento. Fueron hasta el hoyo catorce, donde pensaban encontrar a la persona que buscaban. No tenían ni cita ni una secretaria que los presentara, el antítesis del manual del perfecto caballero.

Karla conducía el pequeño vehículo eléctrico. Cuando vieron un grupo de cuatro personas, se fueron acercando poco a poco. Los jugadores se turnaban para tirar desde la zona de salida. Reían y bromeaban, hasta que los dos policías llegaron a las inmediaciones y aparcaron a su lado.

—¿Querían algo? —preguntó un pijo con acento del sur y un ligero anorak azul con un logo de un cocodrilo.

—Venimos a hablar con el señor Fernando Ylla.

—Soy yo —dijo otro, vestido exactamente igual, pero más delgado y con el pelo engominado hacia atrás—. Pero no concedo entrevistas, llamen mañana a mi despacho para concertar una —dijo y se quedó en silencio un momento—. Si me apetece…

Los otros tres rieron condescendientes.

Álex se acercó sin decir nada más. Aquello le encantaba, disfrutaba con ese tipo de gente.

—¿Qué pasa, chaval, que no me has entendido? —replicó el hombre con un marcado acento madrileño.

—¿Dónde va este tío en pantalón corto? —bromeó otro generando otra sonora carcajada.

Álex sonreía maliciosamente.

—Creo que tendrá que venir con nosotros, señor Ylla.

Todos se pusieron serios de repente y se miraron a la cara sin entender.

Luego volvieron a reír. La cuarta risa a costa de Álex.

—Insisto —dijo aún más serio.

Entonces las risas se detuvieron y uno de ellos cogió un palo de golf como si fuera un arma. Álex lo siguió con la vista.

—Yo que usted no lo haría, son de dos a tres años, agresión a la autoridad —dijo Álex mientras sacaba la placa—. Sargento Álex Cortés de los Mossos d'Esquadra. Grupo de homicidios.

—Aquí nadie ha matado a nadie.

—¡Cállese! —dijo Karla al hombre vestido de azul—. No estamos hablando con usted.

El señor Ylla la miró sin inmutarse. Se quitó las gafas de pasta negra y los observó de cerca.

—¿Qué quieren?

—Necesitamos hablar con usted.

—Sería mejor mañana, ¿no ven que estamos jugando?

—Ahora.

—Venga chicos, podéis esperar a que acabemos.

—Ahora —volvió a insistir Álex—. Si nos hubieran tratado con un poco de respeto, me lo habría pensado, pero hay cosas que no se pueden tolerar en esta vida, como la arrogancia y la superioridad. Señor Fernando Ylla, por favor, necesitamos hablar con usted —dijo Álex señalando hacia el lugar donde estaban el cochecito y su compañera.

Ella los miraba de brazos cruzados.

El señor Ylla resopló. Dejó el palo de golf y se resignó.

—Seguid vosotros, chicos, nos vemos para la copa de champán.

20

Las butacas eran comodísimas.

«Nada que ver con las de mi casa», pensó Álex.

Los tres se habían sentado al fondo del salón para socios del club. Las butacas de terciopelo rojo resaltaban en las baldosas de terracota. Los grandes ventanales tenían al lado unas cortinas de pana verde, y en las paredes de piedra colgaban cuadros con vitrinas de cristal para que nadie los tocara. Fuera, carritos blancos con jugadores iban y venían sin parar.

—¿Sabían que este es el club más antiguo de España? —dijo el señor Ylla. Los dos policías contestaron con una expresión de absoluta indiferencia—. No todo el mundo puede ser socio.

—No nos interesa.

—En fin —dijo levantando las manos—. ¿A qué debo la visita de dos agentes de policía delante de mis amigos?

—Primero, no somos agentes. Somos oficiales.

—Bueno, lo que sea. ¿Qué es tan urgente que no puede esperar a mañana?

—Señor Fernando Ylla, ¿es usted el director general de la farmacéutica Lypsia?

—Correcto —dijo mientras se acercaba una camarera—. Gracias. ¿Seguro que no quieren nada? —preguntó mirando a los dos policías.

Ellos negaron.

El hombre cogió la copa de champagne y dio un buen trago.

—¿Usted está al mando de su empresa?

—No es mi empresa. Si fuera mía, la central no estaría en

Barcelona. Yo solo soy un director general.

—¿Conoce usted a sus empleados? —preguntó Karla.

—Somos dos mil. A la mayoría, como se pueden imaginar, no.

—Pues le tengo que decir algo horrible, y confiamos en su confidencialidad. Creemos que de momento no tiene que ser divulgado, hasta que el juez dictamine o no el secreto de sumario.

—Bueno, déjese de rodeos, vaya al grano.

—¿Conoce a Valentina Castillo, Norberto Ortiz y Matías Vega?

El hombre cambió de expresión. Su rostro, de un falso tono bronceado por el uso excesivo de solárium invernal, adquirió la palidez de una hoja de papel.

—Sí, claro. ¿Qué les ha pasado? ¿Están bien?

—¿Cuándo fue la última vez que los vio?

El hombre miró al suelo, como si intentara recordar.

—Ayer, a mediodía comimos juntos. Hoy tenían la maratón y ayer lo celebramos. Quería llevarlos de cena y de fiesta, pero insistieron en solo comer y luego se fueron a descansar. Esto es todo.

—¿En qué restaurante?

El hombre pensó durante un segundo.

—En “Can Xicu”.

—¿Sobre qué hora se despidieron?

—No sé —dijo el hombre mirando a las paredes y luego al techo—. Sobre las cinco de la tarde.

Karla lo anotó.

—¿Podría decirme la ruta que hicieron y dónde estaban alojados?

—Pues… —dijo y luego cambió de tono—. No. Quiero saber qué les ha pasado.

Karla y Álex se miraron.

—Verá, alguien ha practicado a sus empleados una operación cerebral —dijo Karla.

—Sospechamos que es una lobotomía —aportó Álex.

—Falta confirmarlo —dijo Karla mirándole.

—Pero todo apunta a eso. ¿Sabe lo que es, verdad?

El director afirmó con una mano en la frente.

—No me lo puedo creer. No sé quién podría hacer una cosa así a nuestros empleados…

—Por eso estamos aquí hablando con usted, para entender cosas. Y el factor tiempo en estas circunstancias es determinante.

Los aspersores del campo acababan su recorrido contra la ventana, justo al lado de las butacas. Cada par de minutos el agua chocaba contra el cristal, distrayendo al director. Este miró hacia fuera, asombrado por la noticia. Su burbuja, su mundo de oficinas, limusinas y campos de golf elitistas, se había seccionado creando una brecha. Alguien había cogido a tres de sus trabajadores y los había arrastrado a la fatalidad. Por duro que fuera, esa era la verdad. Esas eran las noticias que los dos policías traían ese domingo. Aunque Álex sentía que las sorpresas no habían acabado.

—Pero, esperen. ¿Cómo están? ¿Cómo se encuentran?

Los agentes desviaron la mirada, y el director se dio cuenta.

—Verá, le tengo que ser sincero; no están bien. Hemos tenido otros dos casos y, por lo que tengo entendido, las secuelas son irreversibles, por mucho que pasen por una operación quirúrgica. Creo que no volverán a estar en condiciones de trabajar.

El director se quedó en silencio, desconcertado, con la boca entreabierta.

—No pasa nada, la empresa contactará con los mejores cirujanos y seguro que lo arreglaremos. Estoy seguro. ¿Dónde se encuentran?

—En el Universitario —confirmó Karla.

El hombre sacó el móvil y comenzó a buscar en su lista de contactos.

—¿Señor Ylla? Míreme —dijo Álex.

Al no tener respuesta lo repitió dos veces, subiendo la voz cada vez, hasta que este le prestó atención.

—En este momento no puede hacer nada por ellos. Lo más

importante y urgente que puede hacer es contestar a nuestras preguntas. Queremos saber por qué ellos, por qué ahora, ¿me entiende?

El director de la farmacéutica Lypsia, el todopoderoso director, parecía sobrepasado por todo aquello. Apoyó el móvil en la mesa y prestó atención al policía.

—Gracias. Señor Ylla. ¿Podría indicarnos si las tres personas que le acabamos de nombrar eran de su equipo o de la administración anterior? —preguntó Álex.

—¿Cómo dice? —preguntó el director.

El director miró al policía sin entender, como si esa fuera una pregunta muy complicada. Era posible que la noticia le hubiera provocado un shock a causa del cual le estaba costando reaccionar.

—Mi compañero le pregunta si los contrató usted.

—Sí. No. Bueno, quiero decir: a dos sí, y a uno no.

—¿Puede indicarnos quiénes eran? —dijo Álex sacando la libretita para apuntarlo.

—Valentina y Matías sí… Norberto… Norberto no.

—Entiendo que Norberto ya estaba antes.

—Sí, él ya estaba antes de que yo entrara como director. Norberto es muy bueno, no tuve que cambiarlo —dijo el director pasándose una mano por el rostro.

Los dos policías se miraron otra vez.

—¿Qué quiere decir con eso de que no lo tuvo que cambiar?

El hombre suspiró, acabó de un trago lo poco que quedaba en la copa de champagne y levantó la mano. El camarero acudió enseguida.

—Un whisky, doble —dijo mirando al camarero y le guiñó el ojo —. ¿Queréis algo?

Los policías negaron y el camarero se fue.

—Decía que Norberto era un gran profesional, pero los predecesores de Valentina y Matías eran unos chupópteros del copón.

Álex arrugó el ceño, no tanto por el contenido sino por las formas. No se había esperado un lenguaje tan vulgar de un director.

—¿Quiere decir que despidió a los anteriores?

El director asintió.

—Cuando entré hice limpieza de la empresa y despedí a todos los inútiles, entre ellos a los directores poco productivos.

—Entendemos, ¿nos podría indicar quiénes eran?

—Ahora no me acuerdo, pero le puedo facilitar los nombres —dijo y se alegró de ver que llegaba su pedido.

El camarero apareció con un vaso muy ancho y bajo. En su interior había varios cubitos de hielo y dos dedos de líquido color melaza. Fernando lo cogió y casi se lo bebió de un sorbo.

—¿Puede indicarnos qué funciones cumplían esos tres empleados? —preguntó Karla.

El director confirmó lo que ya sabían. La mujer era directora de ventas. Junto a Matías como subdirector habían conseguido en pocos años levantar las ventas y subir la producción. Norberto había sido director de logística.

—Señor Ylla, ¿qué relación pueden tener estas tres personas entre ellas? —dijo Álex. Luego carraspeó y matizó—. Quiero decir, estamos buscando una relación entre las dos personas que sufrieron anteriormente esta operación y sus tres empleados. ¿Me entiende?

—No lo sé, no tengo ni idea, sargento. Al menos no a priori —dijo abrumado y levantando los brazos—. ¿Quiénes son esas dos personas? No lo he visto en los periódicos.

—Digamos que los medios de comunicación no están avisados y esperamos que no se enteren por un tiempo. Por eso hemos venido, por discreción y para mayor rapidez —dijo mientras miraba a Karla—. Eran personas normales, de lugares de Barcelona diferentes, con trabajos diferentes y vidas separadas. Nada en común, de momento, parecen escogidas aleatoriamente.

—Por esto estamos buscando temas en común entre estas personas.

—No puede ser. Todo esto es… ¡Absurdo! —el señor Ylla gritó la

última palabra.

Al hacerlo, llamó la atención de los otros jugadores de golf que estaban en la sala club, en la que todos hablaban en voz baja como si fuera una biblioteca.

—Algo deben tener en común estas personas. ¡Por el amor de Dios! Nadie va por ahí haciendo lobotomías a gente, ni menos a mis empleados. ¡Joder!

—Cálmese, Señor Ylla. Hemos encontrado una cosa que sí tienen en común… —dijo Álex y miró a Karla, buscando confirmación antes de decirlo—. Las cinco víctimas tenían una señal que el criminal hizo para marcarlas, como si fueran reses. Una marca que nos ha querido dejar el asesino, un mensaje indeleble e inconfundible —dijo Álex aumentando el interés del director.

—Entonces sí tenemos un hilo… ¡maldito desgraciado! —dijo como si ya lo tuviera casi resuelto, como si se sintiera partícipe de esa investigación—. ¿Y cuál es?

—Los cinco tenían una marca en la muñeca, con una palabra, solo una palabra.

El director se recolocó en el filo del sillón, esperando.

Álex se tomó un segundo antes de continuar: quería ver bien su reacción.

—La palabra era NeoPhintia.

La revelación de la palabra le había sentado al director como un disparo en la frente. Se quedó inmóvil durante segundos. Álex lo miró fijamente a los ojos, con la sensación de que el director se estaba esforzando por ocultar sus emociones.

Los segundos pasaron. La falta de respuesta era ya una respuesta. El bronceado volvió a diluirse en la expresión de sorpresa del director. Álex esperaba una reacción que no llegaba, pero que pronto llegaría, ya que el director había quedado acorralado entre los dos policías y su pasado, que iba a tener que enfrentar en la sala club del golf de Sant Cugat.

21

Los aspersores seguían chocando contra la ventana.

El silencio casi ceremonial de la estancia recordaban a un lugar de estudio o de liturgia. Aquel nivel de decibelios eran también parte del estatus y el lujo que los socios del club de golf tanto valoraban. En medio de ese silencio, las palabras de Álex sonaron a detonación, como un trueno en un cielo límpido. El director no había estado preparado para responder a algo que venía del pasado. Álex lo sabía: antes o después, el pasado siempre vuelve, toca a la puerta y sacude el presente, sin sirenas de advertencia, como un tsunami inesperado.

—Señor Ylla, ¿se encuentra bien? —preguntó Karla.

Fernando apartó la mirada del sargento. Tragó saliva y se reacomodó en la butaca. Se ajustó el chaleco y dio el último trago al whisky.

Su rostro había cambiado, como si se hubiese alejado de la conversación cuando Álex accionó el gatillo. Álex intuyó que la conversación se acababa de terminar, pero quiso seguir insistiendo.

—Director Ylla, ¿le recuerda a algo la palabra NeoPhintia?

Este se pasó una mano por la cabeza, resiguiendo los cabellos engominados.

—No —dijo seguro y tajante—. No sé de qué me está hablando.

—Vamos a ver… —dijo Álex, colocándose en el filo del sillón—. Su empresa, quiero decir, antes de que usted entrara en ella con el cargo que mantiene, ¿hizo alguna prueba con un medicamento con ese nombre?

El hombre negó con la cabeza.

—¿Está seguro?

—Segurísimo.

—¿No preferiría confirmarlo, señor Ylla? Es muy importante para sus empleados. Si queremos encontrar a ese criminal, necesitamos saber qué es ese fármaco, qué representa, para qué sirve. ¿Me comprende?

—La comprendo perfectamente, cabo Ramírez. ¿Pero entiende que no sé nada? La empresa que dirijo no tiene nada que ver con lo que les han hecho a nuestros tres mejores empleados. Así que ahora la cuestión se la formulo yo a ustedes. ¿Qué van a hacer? ¿Dejar que un psicópata siga destrozando personas por la calle? —dijo el director con la misma arrogancia y seguridad que había demostrado en el campo de golf delante de sus amigos—. Yo no les puedo ayudar. Quiero saber dónde están mis empleados y quiero verlos, ya veo que la policía puede hacer poco en este momento.

Dicho esto, se levantó.

—No hemos acabado, señor Ylla —insistió Álex sin levantarse.

—Yo sí —confirmó y se abrochó el chaleco que se había abierto para la conversación—. Espero que me mantengan informado.

—Por favor, siéntese… —confirmó Álex.

El director salió del cuadrilátero que se había formado entre las butacas.

—Entiendo que está usted algo confundido pero, por favor, ¿nos puede dar su número de teléfono? —dijo Karla levantándose y dándole su tarjeta de visita.

El director la cogió y luego miró a Karla. Se fijó en los ojos de la policía. El hombre le pasaba un palmo y veinte años. Su bronceado y el pelo engominado hacia atrás reducían la percepción de las entradas. Su perfume no era habitual: una fragancia seguramente muy cara de notas orientales y especias, que inundó a la chica.

—Tome —dijo acercándole una de las suyas—. Haga buen uso de ella —añadió, y sin despedirse ni mirar hacia atrás, se fue.

Álex se había levantado mientras Karla se intercambiaba la tarjeta

con el director. Quiso acercarse a ellos, pero ella lo detuvo y dejó que el directivo se fuera.

—Por hoy está bien, Álex, déjalo ir. Ya nos ha dicho lo que nos tenía que decir.

Álex asintió; Karla tenía razón, su silencio había sido una respuesta.

Los dos policías lo miraron marcharse. El hombre no se giró en ningún momento. Un grupo de gente lo saludó al pasar y el director, absorto en su discurso interno, pasó por su lado ignorándolos.

Álex lo siguió con la mirada, mientras el aspersor seguía golpeando la ventana y el silencio solemne de la sala hacía de telón de fondo.

Lo vieron salir del edificio y entrar en su limusina. El chofer, de traje negro y camisa blanca, le abrió la puerta del Mercedes berlina con cristales tintados. Después se fueron.

—Estoy abrumada —dijo Karla.

Álex se giró, perplejo.

—¿Qué quieres decir?

—Tantas pistas y tantos temas que seguir…

—Tranquila, creo que lo tengo claro —contestó él.

Seguían en el Seat Altea de servicio. El aparcamiento se encontraba al lado de la casa club, entre coches de lujo y todoterrenos costosísimos. La afluencia de coches y el constante ir y venir de jugadores daba la impresión de estar en un centro comercial. Todo tenía un sentido allí dentro, en aquella burbuja verde de ostentosidad. El escaparate de vehículos se encontraba entre el hoyo tres y el dieciséis, y a Álex le parecía un milagro que ningún coche fuera alcanzado por alguna pelota .

El silencio en el coche patrulla se alargó. No muy lejos, los grupos de jugadores recorrían los dulces paisajes verdes.

—Creo que sería mejor que te tomaras lo que queda del día de descanso —propuso Álex.

Ella lo miró. No estaba de acuerdo, pero al fin y al cabo, Álex era

su jefe.

—¿Está el Gi Joe?

—Se llama Marcos y no, está de servicio hoy.

—Menuda vida tenemos —dijo y se mordió una uña mirando por la ventana.

Ella bufó.

—Poca vida tenemos.

—En fin. Creo que mañana tenemos que ir a ver qué pasó después de esa comida en el restaurante Can Xicu —confirmó Álex.

—Sí, bien. Además, tenemos que estudiar las grabaciones que se hicieron antes de salir esta mañana hacia la maratón. También averiguar si durmieron en el hotel y a qué hora entraron después de comer. Y todo eso.

—Sí. Pero mi pregunta es: ¿cómo hizo este individuo para coger a tres personas y hacerles esa operación, todo a la vez? —se preguntó Álex.

—¿Y dejarlas en medio de una maratón? —confirmó ella—. ¿Seguro que no viste a nadie?

—No. Necesitamos las grabaciones.

—Envié a un agente antes de venir aquí —dijo Karla mirando el reloj. Luego sacó el móvil y comprobó que había varios mensajes, entre ellos uno de ese agente—. Mira, dice que ya las tenemos en la comisaría.

—¡Cambio de planes! ¡Vamos! No tenemos un minuto que perder —dijo Álex.

—Vas en pantalón corto, Álex, ¿no tienes frío?

—Sí, pero con cada minuto que pasa, la verdad se esfuma en un caso como este… Arranca, vamos a ver qué ha pasado y quién demonios ha dejado a esos tres pobres diablos en esas condiciones.

22

La mujer arrancó el coche y salieron del centro deportivo por un caminito de tierra y gravilla. Entraron en la autovía y fueron directos a la comisaría.

Álex le ayudaba no tener que conducir. Le permitía poner la mente en blanco y dejar que las ideas fluyeran en una cascada de suposiciones inverosímiles, que se esparcían sobre una mesa imaginaria.

Lypsia.

Lobotomía.

NeoPhintia

Fernando Ylla.

Dos víctimas casuales o causales, además de tres altos directivos de la farmacéutica.

El enlace entre ellos parecía fácil, pero por otro lado, no estaba claro. Atar los eventos era la parte más difícil y, por supuesto, la que les tocaba a ellos.

Los tres directivos podrían tener un vínculo en el pasado que el destino había traído de vuelta al presente para cobrarse su karma. ¿Pero cuál?

El espacio tiempo de cinco vidas era inmenso, y las posibles intersecciones eran tantas que provocaban vértigo al policía.

—¿Sabemos cuál era el hotel en el que se alojaban las tres últimas víctimas?

—No se lo preguntamos a Ylla.

—Maldita sea —dijo enfadado Álex—. Espera. A lo mejor tenemos suerte. ¿Me dejas tu móvil?

Ella lo miró por un segundo.

—¿Por?

—Quiero entrar en Facebook y ya sabes, yo no tengo.

Ella se rio. Sacó el móvil de su anorak y se lo dio.

Él le enseñó la pantalla bloqueada.

—1234.

—¿En serio, Karla? ¿Esta es tu contraseña de máxima seguridad?

—Oye, me dice lo mismo Marcos cada día.

—Woow. ¿Ya os habéis intercambiado las contraseñas de los móviles él y tú? Esto va viento en popa —dijo con tono de pitorreo.

—¿Quieres centrarte?

Álex entró en la red social, la misma que habían usado para confirmar la identidad de Valentina y los otros dos.

—La verdad es que odio bastante las redes sociales, pero creo que es el primer caso en que me alegro de que existan.

Karla lo miró de reojo y se rio sin quitar la vista de la carretera. La C-16 bordeaba el parque nacional de Collserola. Cada vez que pasaba por allí, Karla se preguntaba cómo podía ser que un paraíso verde pudiese estar tan cerca de Barcelona.

Álex entró en la aplicación, aunque la cobertura no era buena. Tardaba en cargar. Entró en el perfil de Valentina y miró sus historias. Había publicado un par. La primera llevaba cargada veintitrés horas, y en breve habría desaparecido.

—Ya estoy.

Aparecía la cara de Valentina, grabando el video en modalidad selfi.

«Bueno, ya estamos en Barcelona, acabábamos de llegar con el AVE. Ahora esperamos a alguien para ir a comer. Matías, ven a saludar», decía grabándose delante de un edifico de cristal.

La rubia llevaba un abrigo color camel y una camisa negra con una bufanda. Llevaba un maquillaje muy ligero y el pelo recogido en una

cola. El hombre llevaba una sudadera y un anorak. De los dos se percibía una opulencia en los vestidos y elegancia en la manera de hacer. En tercer plano, lejos, estaba Norberto al teléfono.

«Después de comer ya os contaremos más. Iremos al gimnasio del hotel o a correr un ratito, a hacer un pequeño entrenamiento antes de descansar esta noche. Que mañana nos espera…. ¿Matías, qué nos espera mañana?».

La sonrisa de la mujer era cautivadora, pensó Álex. El lugar en que estaban haciendo el video lo conocía. Aunque desde la perspectiva que se grababa no se veía claramente el nombre del hotel, era una vía conocida.

«¡Nos espera la maratón de Barcelonaaaa!», concluyó el hombre y la mujer levantó un puño como señal de victoria. Luego, el claxon de un coche los interrumpió.

«Nos vemos, cambio y corto», dijo la mujer e hizo el signo de saludo militar con dos dedos.

Álex vio ese video quince veces. Consciente de que en breve desaparecería, lo grabó con su propio móvil.

Había visto que el coche del claxon reflejado en los espejos de la fachada era el Mercedes de Ylla. Ese video, por la hora, era antes de que fuesen a comer.

Se lo explicó a Karla.

—Todo encaja de momento. A las cinco, Ylla se marcha otra vez a su hotel —dijo Karla.

—Mira, es este, sabía que lo conocía.

—¿A qué te refieres?

—Hotel Majestic, Passeig de Sant Joan —dijo Álex girando su móvil al encontrar la foto en Google.

—¿Cómo lo conoces? Eso es de pijos.

—A Mary le gustaba su azotea. Tienen una terraza abierta al público y se puede tomar algo e incluso cenar. A ella le gustaba mucho, decía que le recordaba a Nueva York.

—Lo siento.

—No, no te preocupes, no pasa nada.

—Me imagino que tiene que haber sido muy duro, ir por primera vez a Nueva York a su funeral.

—¿El de Mary?

—Sí.

—Bueno, un día de estos te contaré cómo fue—dijo dando a entender que ese no era el momento más adecuado.

Luego se acercó a la oreja el teléfono, y al cabo de un rato alguien al otro lado del aparato contestó.

—Sí, buenos días, soy el sargento Cortés de los Mossos d'Esquadra. Le llamo para confirmar si tres personas se hospedan en este hotel —dijo, dando sus nombres a continuación.

Esperó respuesta.

En principio la mujer no quiso informar por confidencialidad, pero una vez que Álex le explicó la situación, la recepcionista accedió a mirarlo.

—Sí, la 356, la 358 y la 530 —confirmó la señora—. También me gustaría comentarle que es raro…

—¿Qué es raro?

—Los tres huéspedes no vinieron a dormir esta noche, me informa el personal de limpieza que las habitaciones estaban perfectamente. No han dormido aquí.

—Es decir, vinieron ayer, dejaron la maleta y se fueron.

—Correcto.

—¿Y no volvieron?

—Creo que no…

—No me cuadra, señorita… perdone que difiera de su teoría, pero no creo que sea así —dijo Álex con seguridad.

—¿Perdone? ¿A qué se refiere?

—A que cuando llegaron de Madrid iban vestidos de calle y los encontramos esta mañana con ropa deportiva.

La mujer se quedó en silencio un momento.

—¿Sigue ahí?

—Sí, sí.

—Mire, ¿podría enviarme las grabaciones de las cámaras? Es más, páseme un correo electrónico, así envío un mail formal. Si me las pudiera enviar ahora mismo se lo agradecería muchísimo.

La mujer le dio el mail del hotel y colgó.

—Qué curioso, Karla, los encontramos vestidos para la carrera, pero no durmieron en su hotel. Alguien los tuvo que coger antes de que regresaran al hotel para dormir.

—Cuando estaban entrenando.

—Alguien que sabía que iban a entrenar.

—¿Alguien que los interceptó mientras entrenaban?

—¿Alguien que había quedado con ellos para entrenar? —acabó confirmando Álex.

—Nada descabellado.

—Pero rocambolesco —confirmó Álex.

—¿En serio lo crees? ¿Todo lo que ha montado este individuo para esto?

—Sabes, Karla, todo depende de lo fuerte que sea la motivación de las personas. Si es lo suficientemente fuerte, entonces mueve montañas.

El coche pasó por Vallvidrera, dejando de lado la estructura más alta de Barcelona, que dominaba todo lo que hacían los ciudadanos, turistas, maleantes y policías. El Altea entró por el barrio de Sarrià. Luego callejeó hasta la Gran Vía y hasta la Travessera de les Corts. Karla apagó el motor en el parquin subterráneo.

—¿Seguro que no quieres ir a cambiarte? —preguntó Karla.

—Vamos, no hay tiempo para formalidades. Estoy impaciente por saber cómo terminaron esos tres en medio de la maratón.

23

Karla había despertado en Álex el recuerdo del no tan solemne funeral en Nueva York.

Los millares de cajoncitos de recuerdos que tenemos en nuestra cabeza a menudo se despiertan por asociaciones de ideas.

Álex miraba por la ventanilla, recordando su viaje a Nueva York. La imagen de Barcelona desapareció en medio de la niebla de los recuerdos.

Decidió no ir solo al funeral. Aunque no era del todo ético, Emily le acompañó en el viaje. Su falta de costumbre en viajar y el problema con el idioma fueron los puntos clave para convencerla de que le acompañara.

Estaban en una videoconferencia, Barcelona-Londres, cuando se lo propuso. Fue algo impulsivo, igual que la ocurrencia. A los padres de Mary solo los había visto en una ocasión, cuando fueron a Barcelona en una visita relámpago de pocas horas para ver a su hija, durante un crucero por el Mediterráneo que zarpaba de esa ciudad.

Eran una familia americana de clase media. Invitaron a Álex, considerando que debía estar presente en el funeral, al haber formado parte de los últimos días de la vida de Mary. Le pagaron tres noches para dos en el hotel The Plaza sobre Central Park, para él y un acompañante.

Sacaron los billetes de avión y en pocas horas estaban en la ciudad americana.

El jet lag ni siquiera lo notaron, excitados por su primer viaje juntos, a pesar del motivo.

La habitación que los exsuegros le habían reservado era de ensueño. Las ventanas enormes que daban hacia el pulmón verde de la ciudad eran de vértigo. La planta quince dominaba el skyline de la ciudad. Era una habitación amplia, una cama enorme, del techo colgaba una preciosa lámpara de cristal dorado y el ambiente estaba inundado por el aroma de las flores frescas del tocador.

Un sueño, pensó Álex. Solo en películas había visto cosas así.

Dejaron las maletas y bajaron a cenar. Volvieron pronto, ya que sabían que sentirían el cambio de hora al día siguiente, el del funeral.

A la mañana siguiente, solo consiguieron despertarse tras tomar varias tazas de café americano. Tomaron un taxi y llegaron justo a la hora a la iglesia de San Juan el Divo. El estilo gótico de la arquitectura recordaba a Notredame de París.

La escalera estaba acordonada y los enormes hombres con micrófonos en la oreja no dejaban entrar a nadie sin invitación. Álex se la mostró con el móvil. Las limusinas de gente importante llegaban sin parar.

El funeral fue rápido, al ritmo de la ciudad. Como un mero trámite en el que la gente tenía que estar para irse cuanto antes. Las altas columnas góticas y las inmensas naves quedaron vacías de nuevo para el siguiente funeral, con la frialdad de una fábrica.

Los padres saludaban, estrechando manos y besando a los asistentes. Cuando fue el turno de Álex la madre se echó a llorar. Emily se escabulló para no asistir a la escena. Los padres le dieron las gracias por acudir y lo invitaron a pasar el día siguiente en su casa.

Después, Álex y Emily fueron caminando hacia el hotel: solo había que cruzar Central Park, un paseo de pocos kilómetros. El encanto del paseo terminó cuando comenzó a cambiar el tiempo y la lluvia les obligó a acelerar el regreso al hotel.

«Un "Yellow Cab" cuando llueve cuesta lo que no está escrito», pensó Álex.

Finalmente encontraron uno y llegaron al hotel. Dieron un paseo

por las mismas estancias por las que habían pasado muchas estrellas de Hollywood. Recordaron escenas de películas y luego subieron a la habitación.

Álex se acercó al cristal, sobre el que la lluvia golpeaba cada vez más fuerte. Las luces de la habitación se apagaron, y pensó que era un corte de luz debido al temporal. Al darse la vuelta entendió que no era eso.

Emily se estaba acercando con una vela. La ropa había desaparecido de su cuerpo, y solo llevaba un conjunto de lencería negro que se confundía con el tono de su piel.

Emily apoyó la vela en el escritorio, junto al ventanal.

Su expresión recordaba una pantera. Álex tragó saliva, conocía muy bien esa expresión en la insaciable periodista. Su apetito sexual era proporcional al que sentía por triunfar en el periodismo.

Ella ni siquiera le dejó pronunciar palabra; le clavó su lengua en la boca, arrasando toda duda. Luego pasó al cuello, besuqueándoselo.

Le quitó la chaqueta y luego la camiseta, dejando descubierto su torso trabajado. Pasó su lengua recorriendo los pectorales y siguió, uno a uno, sus abdominales. En un movimiento de mago, su cinturón ya estaba desabrochado. Le bajó los pantalones y luego los bóxer. Álex sintió el calor de la boca de la chica y de su saliva, y el mundo desapareció de su vista. El placer se difundía por el cuerpo con cada movimiento, mientras ella variaba la fuerza o la lentitud.

Las nalgas de Álex tocaban el frío cristal de la ventana que daba al parque bajo la lluvia. No le importó que le pudieran ver; en Nueva York era un desconocido.

Cuando él sintió que se acercaba el gozo final, la detuvo de golpe. Jadeaba. Apartó a la furia negra para ver en sus ojos el ansia de dar placer al policía.

Álex se quitó lo poco de ropa que le quedaba. La tomó por las piernas y la apoyó en la suntuosa cama. Le arrancó las braguitas y se acercó a ella. Se arrodilló en la moqueta con su rostro en la entrepierna de la chica, dándole placer oral.

Las sábanas se arrugaban a cada movimiento de lengua. La chica clavaba las uñas en la cama con cada vez más fuerza, hasta que Álex la cogió y la puso delante del cristal.

Les daba igual lo que pensara la gente.

La colocó mirando al parque, desnuda. Con las palmas de las manos aguantaba los fuertes empujes que él le daba. Los gemidos de la chica eran cada vez más fuertes. Seguramente los estaban escuchando desde el pasillo, desde las habitaciones de al lado y posiblemente desde toda la planta.

A él se le aceleraban las revoluciones al sentir cómo ella disfrutaba. Por fin se le sumó también, y acabaron los fuegos artificiales juntos.

Álex apoyó su barbilla en el hombro de ella y pasó la mano por sus rizos.

Las gotas de sudor chorreaban hasta el suelo. Fuera de la ventana, el temporal seguía haciendo estragos y sin dar señales de terminar pronto.

Ella cogió la vela y la mano del policía. Se fueron a la bañera y se quedaron allí el resto de la tarde.

Mientras tanto, la música ambiente del lavabo emitía canciones de antiguos cantantes americanos.

* * *

—Venga, hemos llegado —dijo Karla después de apagar el motor.

El sueño se desvaneció y al volver en sí, Álex vio el aparcamiento de la comisaría. Habían llegado. El recuerdo regresó a ese pequeño cajón que se había abierto de repente.

Bajó del coche y se fue hacia la entrada, donde los esperaba el caso de los tres deportistas mutilados.

24

Una marea de colores. Eso parecían los deportistas de las grabaciones.

Las imágenes venían de las cámaras del edificio de la Feria de Barcelona. Apuntaban a la Avenida de Reina María Cristina, que une el Palacio Real con la Plaza de España. Las Torres Venecianas estaban de fondo.

La calidad era buenísima, parecían grabadas con 4K. Iván, el agente que consiguió las grabaciones no había tardado mucho en encontrar a los tres corredores y el momento en que Álex se cruzó con Valentina.

La carrera había empezado pocos instantes antes y el disparo movió a la masa de gente como una manada de bisontes en estampida. Pero aquello no era la sabana, sino una carrera contra el reloj, contra una promesa, contra una venganza, o cualquier motivación personal que cada corredor tuviera.

Los tres eran bastante fáciles de identificar: pocos corrían con camisetas de color lila, y menos aún, tres personas juntas. Además, su comportamiento difería del de los demás.

—Ahora rebobinamos y vamos a seguirles desde que llegan —dijo Álex al agente.

—Sin problemas, tiene barba.

Los dos policías se miraron.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que el tío que los dejó lleva barba.

—¿Lo has encontrado?

—Claro.

—¡Pues a qué esperas, enséñanoslo!

El chico obedeció. Cambió de pantalla y mostró otra grabación.

—¡Un momento! ¿Qué es esto? —preguntó Álex.

—Esta perspectiva visual es diferente, pensé que otra que podía funcionar era la del centro comercial Arenas, ¿sabe cuál es?

—¡Cómo no saberlo! La plaza de toros reconvertida, claro. Buena idea.

—Y efectivamente, diez minutos antes aparece por una callejuela un hombre que lleva a nuestros tres corredores de la mano.

—Más que de la mano, parece que sujeta un cordel y ellos le siguen —dijo Karla mirando la pantalla.

—Pues sí, parece que lleva a cuestas a tres personas con retraso mental.

En la imagen se veía un hombre corpulento con barba, que conducía al séquito. Llevaba gorra, barba y gafas de corredor. Iba vestido con una camiseta roja, parecida a las de los otros tres.

—¿Quién demonios eres, hijo de perra? —soltó Álex.

El hombre entró en la marea de gente que se disponía a empezar la carrera. Luego Iván cambió la cámara, volviendo a la primera. Cuando estuvieron camuflados entre todos los participantes, les desató el cordel de la cintura y desapareció en medio de la multitud, en dirección contraria a las cámaras, hasta meterse en la boca del metro. Luego, la carrera comenzó y regresaron a las imágenes anteriores.

—¿Quién es este tío? —dijo Álex con el dedo apuntando la pantalla—. ¿Puedes sacarme una foto? Quiero que se la paséis a la Interpol por si lo conoce, a la policía nacional, la guardia civil y a todo quisqui. ¡Quiero una foto suya en todas las comisarías de España! Quiero que este tío pase a ser uno de los hombres más buscados del país. ¿Está claro?

—Sí, pero… ¿a dónde vas? —dijo Karla.

—Nos acaban de enviar las grabaciones del hotel Majestic, me saco un café y vuelvo —dijo Álex sin girarse—. ¿Queréis uno?

Álex sorbió el café mientras Iván abría el correo electrónico del hotel. Miró el vaso caliente que sujetaba con ambas manos. Los pantalones cortos de deporte, que todavía llevaba puestos desde la mañana, intensificaban el frío de ese día de febrero.

Mientras lo sujetaba sintió su calor y su energía extenderse por su cuerpo. Pensó en aquello que dicen de que *el perro es el mejor amigo del hombre*. Álex sentía que, en muchas ocasiones, el café era el mejor amigo de un policía.

Se había perdido la maratón esa mañana. *Tanta preparación para nada*, pensaba. Sin embargo, la vida hizo que estuviera en el momento y en el sitio adecuado. El destino lo había puesto ahí para cumplir con su deber: encontrar a Valentina Castillo y a sus dos compañeros.

Álex no podía prever eventos futuros, pero sí podía hacer todo lo posible por defender a la población de esos psicópatas que andaban sueltos por la ciudad.

Iván abrió los videos que les habían facilitado en la recepción del hotel. A las doce y media entraban los tres empleados de la empresa Lypsia, realizaban el “check-in” y subían a sus respectivas habitaciones. A los pocos minutos bajaban y se marchaban.

—Iván, ¿no tenemos las grabaciones de la parte externa?

El agente rebuscó entre las varias que tenía. Fue probando cada una en el fichero comprimido.

—Sí, estas están.

—Bien, avanza hasta el mismo minuto de las otras.

En el minuto indicado apareció el Mercedes de Ylla que los recogía, justo cuando acababan de grabar el vídeo que luego publicaron en la red social.

Álex sacó el video que había grabado: coincidía. Después la berlina de lujo se cerraba y se iba.

—Bien, ahora avanza hasta las diecisiete. Es la hora a la que el director ha dicho que los devolvió al hotel.

El agente aceleró la sucesión de imágenes hasta esa hora. En ese momento aparecía el coche y bajaban los cuatro: Ylla y los tres empleados. Se despidieron y entraron en el hotel, y mientras tanto se fue el Mercedes. A los minutos bajaron los tres con ropa de entrenamiento y se quedaron veinte minutos en el gimnasio.

—Bien, bajan al gimnasio, ¿y luego qué hacen? —preguntó Álex—. Avanza rápido.

La imagen se aceleró hasta que volvieron a la recepción.

—Mira, Valentina lleva el móvil en la mano —dijo el sargento—. Además, van vestidos de la misma forma que cuando los encontramos.

—Puede que esté mirando la ruta para salir a correr —añadió Karla.

Álex torció la boca. No sabía si su sospecha se acabaría confirmando, pero faltaba poco.

—Bien, siguen por la acera hasta el paso de cebra y luego cruzan la calle.

—Vale, ahora poco a poco —indicó Álex.

Los tres deportistas pasaron por la otra acera y comenzaron a caminar en dirección contraria al hotel. La mujer siempre llevaba el móvil en la mano, como si le fuera indicando el camino.

Se quedaron en la esquina un rato, casi saliendo de la imagen. Luego por fin, apareció lo que se temía Álex: un cuarto individuo.

—¡Enfoca más, allí lo tenemos! —exclamó el sargento—. Es el mismo tío con la gorra, camiseta roja y parece que sea la misma barba esa. Ya lo tenemos. El tío les contactó ayer, fueron a entrenar y vete a saber dónde los llevó y lo que les hizo.

—Iván, prepárate una ruta y consigue las grabaciones desde el hotel Majestic siguiendo el posible camino de ida del sábado tarde y la

ruta hasta Plaza España del domingo. Tienes que encontrar el lugar a donde este tío los llevó y les hizo lo que les hizo. ¿Está claro?

—Cristalino.

—Eso te puede llevar varios días, pero si necesitas que hablemos con el juez para conseguir las grabaciones, se habla. Quiero ver por dónde fueron y dónde acaban, si cogen el metro, un coche o lo que sea. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, me pongo en marcha.

Álex se levantó con su café casi terminado. Karla hizo lo mismo y regresaron a sus mesas. El sargento se sentó encima de su escritorio y miró por la ventana.

—Te has perdido tu maratón, hemos visitado el campo de golf y llevas varias horas con pantalón corto —afirmó Karla sentada en su silla—. ¿Por qué no te vas a casa?

Álex dio el último sorbo y arrugó el vaso. Luego lo tiró a la papelera.

—Sí, es una buena idea.

—¿Quieres que te acerque?

—No. No te viene de paso. Cogeré un taxi. —Le dio un beso en la frente—. Vete pronto.

—Lárgate. Mañana tenemos mucho trabajo.

A los pocos minutos, Álex ya iba de camino hacia su casa. En la fría tarde de domingo pronto bajaría la luz y se acabaría apagando como un domingo pasado fugazmente.

Cruzó la Barcelona aletargada, con pocos transeúntes y retiradas ya las barreras de la maratón que por la mañana habían bloqueado el tráfico para el paso de los deportistas. La sensación de frustración por no haber podido correr todavía perduraba.

Su época preferida para ver las calles de Barcelona eran las noches de diciembre, con frío, luces y puestos de navidad.

Llegó cerca de casa y justo iba a sacar el móvil para pagar el taxi

cuando vio el mensaje de su hermana.

«Mañana es el día. Necesito que me acompañes».

25

Álex Cortés sacó la camisa buena del armario. No le desagradó lo que vio en el espejo. Había dejado de lado sus camisetas, sudaderas y chaqueta de cuero, solo por ese día, a cambio de algo más formal. Dio una planchada rápida a una americana. Olía a armario cerrado; no recordaba la última vez que se la había puesto. Se perfumó y una vez puesto un abrigo, salió de casa.

Tenía abajo un taxi que le esperaba.

No era un lunes cualquiera; no era un día de trabajar en la comisaría o perseguir criminales: era el primer día que acompañaría a Ana Cortés a la cárcel para ver al Asesino del Criptograma.

El cielo presentaba una cortina de nubes grises que, según las previsiones, no dejaría pasar ni un rayo de sol. El tráfico de lunes por la mañana era el peor de la semana. Tomar la Ronda Litoral habría sido un suicidio. Fueron pasando por calles internas, desde el paseo marítimo donde vivía hasta la comisaría.

Antes de salir, le quitó el polvo a una vieja biblia. No rezaba desde hacía mucho tiempo, puede que demasiado, pensó. Ese ejemplar se lo había regalado el erudito de Collserola, el mismo que, junto a su abuelo, le había ayudado a resolver el caso del Sastre del Diablo.

Abrió una página al azar, por el medio, y leyó la primera frase que apuntó con el dedo.

Álex miraba por la ventanilla. Pasantes, en su mayoría padres y

madres, llevaban de la mano a niños con mochilas. Entraban en escuelas, apresurados, con el estrés del lunes y la pereza de arrancar una semana. Oficinistas con vasos de café en la mano caminaban rápido al puesto de trabajo. Los repartidores ya comenzaban a dar los primeros coletazos mañaneros.

La vida de Barcelona arrancaba y una semana daba inicio.

Recordó la frase que acababa de leer. A pesar de no ser muy creyente, ese día había sentido que tenía que hacerlo.

Con los ojos cerrados, su dedo se detuvo sobre una frase misteriosa, entre las casi mil finísimas páginas y miles de versículos. Se preguntó por qué había tenido que ser precisamente esa:

«Sean fuertes y valientes. No teman ni se asusten ante esas naciones, pues el Señor su Dios siempre los acompañará; nunca los dejará ni los abandonará. Deuteronomio 31:6».

Sintió la fuerza del abuelo y del erudito que le había regalado aquel libro, que parecía tener fuerza propia.

El taxi lo dejó detrás de la comisaría. Bajó y al verse reflejado en las ventanas casi no pudo reconocerse.

A los pocos minutos apareció el BMW de Alberto. Su cuñado bajó del coche, lo abrazó y después se marchó. Álex saludó a Ana, dejó el abrigo en los asientos posteriores y tomó el lugar del conductor. Cerró la puerta y arrancó el todoterreno. Empezaba la aventura.

—¿Estás lista? —le preguntó Álex a su hermana en el primer semáforo en rojo.

—Una nunca está lista para encararse a sus propios miedos —contestó ella.

Ana viajaba en el asiento del copiloto. Llevaba una americana negra y un jersey de cuello alto, también negro. Elegante, nada

ostentosa. Sin joyas, aparte de la alianza.

—¿Qué va a hacer Alberto? —preguntó él.

—Se ha llevado cosas para hacer. Esperará en la cafetería que le has aconsejado.

—El Café Sirena. Rafael, el responsable, está avisado de cuidarlo, estará bien.

La hermana sonrió, mirando por la ventanilla.

—Gracias por venir.

—Gracias a ti por dejar que te lleve. Me imagino que debe de ser duro, pero también es verdad que eres fuerte.

Ella sonrió otra vez, pero en esta ocasión con cierto cinismo.

—Dicen que Dios no nos pone obstáculos delante hasta que sabe y está convencido de que somos capaces de superarlos —dijo ella.

—Bueno, ¿y tú lo crees? ¿Te sientes preparada?

—No lo sé, pero es un buen consuelo pensarlo, ¿no te parece?

El todoterreno tomó la avenida Meridiana entre empresas, ejecutivos, trabajadores y tráfico. La ciudad estaba llena de vida a esas horas.

—Pensaba que Alberto tenía que haber devuelto este coche.

—La empresa se está portando muy bien y puede que le dejen quedárselo como parte de la indemnización de su despido. En realidad, a mí no me importaría que lo devolviera. Al fin y al cabo, es solo un coche.

—Ya —dijo Álex—, pero creo que en el fondo te gusta este BMW, ¿no? Por cierto, tengo que preguntarte algo. Algo que me está atormentando desde hace días.

Ella se giró, perpleja.

—¿Es posible que en una ciudad haya tantos asesinos en serie y psicópatas? —preguntó Álex.

—¿A qué viene esta pregunta? —replicó Ana.

Álex bufó y le explicó los avances de los casos de la lobotomía.

—¿Otros tres casos? ¿En serio?

—De momento la prensa no se ha enterado, pero es cuestión de tiempo.

—Pues si te digo la verdad, creo que no es así.

—¿A qué te refieres?

—Vamos a ver, si consideramos los kilómetros de superficie y los millones de personas que viven en las ciudades más grandes como Barcelona y Madrid, debería haber más asesinos en serie.

—Qué dices Ana, ¿te has vuelto majara? —espetó Álex—. ¿No crees que tenemos bastantes?

El coche dejó atrás la avenida Meridiana y tomó la salida a la ciudad, recorriendo la autopista AP-7 dirección Gerona.

—Simplemente te contesto con mi opinión como psiquiatra y criminóloga —replicó ella con paciencia—. Cuando estuve estudiando casos de Estados Unidos, la proporción de asesinos o psicópatas por millón de habitantes era mucho mayor al índice que tenemos aquí.

—Pero es que en Estados Unidos hay muchos estados que permiten a la gente andar por ahí armada.

—Sí, pero creo que el problema es que aquí no encontramos a los criminales, o se escapan de la justicia. Así que tu preocupación es fundada, pero en términos de estadística no es extraño.

—Así que es normal —confirmó él, desconcertado.

—Por desgracia, sí.

Hubo un silencio que se alargó durante varios kilómetros.

—¿Te has preparado las preguntas que le vas a hacer? —preguntó Álex.

—Creo que hoy va a ser una primera toma de contacto.

—Pienso que esta oportunidad, por dura que sea, te ha llegado por algo y seguro que una vez pasada, te abrirá muchas más puertas.

Ella suspiró y luego se giró hacia su hermano.

—Por cierto, se llama Paco López Vicario.

—¿Quién?

—El profesor de psicología que tenía en la universidad. El que nos mencionó ese fármaco años atrás.

Él abrió los ojos de par en par.

—Eres la mejor —dijo, sintiendo que recuperaba un poco los ánimos.

Ella hizo una mueca de preocupación cuando apareció ante ellos el cartel que anunciaba el desvío de la prisión de máxima seguridad. Álex cogió la salida trece de la autopista, a la altura del circuito de Montmeló. La indicación del GPS sonó como una campana que llamaba a la realidad. Todo lo que Ana se había dicho en su fuero interno para tranquilizarse en ese momento se tambaleó. De repente se sentía abrumada.

El verde abundaba: pasaban por un bosque de pinos a pocos kilómetros de Barcelona. En medio se abrió una carretera de dos carriles, de poquísimo tráfico. Al final de esta, la vegetación se abría en un verde abrazo que contenía la cárcel de máxima seguridad de Quatre Camins.

El BMW se acercó despacio a la entrada. De la casita salió un agente de la policía penitenciaria. Álex le enseñó la placa y Ana su DNI. Después de consultar sus documentos, el agente abrió la barra y seguidamente otro agente con un fusil de asalto se apartó del camino.

La primera barrera se apartó para que el coche entrara y se volvió a cerrar. Luego se abrió el portón delantero, de unos cinco metros, que cerraba los muros de la fortaleza de máxima seguridad.

Mientras entraban, Álex cogió la mano de su hermana. Le indicaron donde aparcar y Álex siguió las indicaciones.

Una vez bajaron del coche, Álex respiró con los ojos cerrados: el aire estaba cargado.

Cogieron la mochila y los abrigos y se dirigieron a la puerta. Tuvieron que pasar numerosos controles y puertas de acceso. En un vestíbulo de acceso al primer edificio los esperaba un hombre junto a la puerta.

—Buenos días. La doctora Cortés y sargento Cortés, ¿verdad?

Ellos saludaron.

—Me llamo Víctor Arroyo, soy el agente que ha asignado el alcaide para hacerles de guía.

El hombre, de unos cuarenta años, llevaba el uniforme de la policía carcelaria completamente impoluto.

—¿Me siguen?

Los dos le siguieron cruzando el primer edificio por varios ambientes, uno más triste que el anterior.

Álex sintió una profunda angustia. En aquel lugar había una energía que nunca había sentido.

Se detuvieron delante de la puerta sobre la que había una placa en la que ponía *dirección*.

El agente tocó y los hicieron pasar. Se adentraron en un pequeño vestíbulo con dos sillas en la parte derecha y en la otra un escritorio, tras el cual trabajaba una mujer.

—Buenos días. Siéntense, por favor —dijo la mujer, sin mirarlos, concentrada en sus labores detrás de la pantalla.

Ellos obedecieron y el guardia se quedó de pie, firme al lado de la puerta.

A los pocos minutos la secretaria les indicó que podían pasar.

Los tres entraron, anticipados por el guardia.

El despacho del alcaide de la cárcel se abrió delante de ellos. Tenía un aire que difería del resto del edificio: madera en las paredes, parqué en el suelo y muebles tallados. Los cuadros parecían sacados de algún museo. El espacio, con el escritorio en el centro, daba impresión de ser el Despacho Oval de la Casa Blanca. El alcaide, de traje, los esperaba frente a un monumental acuario lleno de peces tropicales.

—Gracias, Víctor. Siéntense, por favor —dijo sin girarse.

Los dos hermanos se miraron y se sentaron.

—Nos puedes dejar, Víctor, puedes esperar fuera. Gracias —dijo con parsimonia al guardia, que obedeció como un perrito faldero.

—Buenos días, no sabíamos que nos quería ver —lo saludó Álex.

—Todo lo que pasa y todos los que entran pasan primero por mi

despacho —aclaró el alcaide, echando más comida a sus mascotas acuáticas.

—Pues aquí nos tiene…

El hombre siguió mirando sus peces un rato más, ignorando a los invitados.

Álex lanzó una mirada de desaprobación a su hermana y ella miró el reloj: era tarde, al menos con respecto a la hora de su visita con Néstor.

—No se preocupe, señora Cortés, tendrá tiempo de sobra para entrevistarle —dijo el alcaide sin girarse—. ¿Sabían que los peces tienen memoria? Recuerdan quién les da de comer, quién es su amo, su cuidador. Y a veces pueden comer dormidos, aunque no cierren los ojos porque no tienen párpados. Son fascinantes, ¿verdad? —dijo y finalmente cerró el tarro de comida y los miró.

El alcaide tendría unos cincuenta años, pelo corto y gafas de lentes redondas y pequeñas. Se quedó un instante mirándolos y después caminó hacia su sillón. Una vez sentado, sin decir una sola palabra, juntó las manos tocándose las puntas de los dedos.

—El famoso sargento Cortés y la famosa criminóloga —dijo sorprendido—. Nunca hubiese dicho que los tendría a los dos en mi despacho. Es un honor —concluyó mirando sin disimular la mano amputada de Ana.

Ella lo vio e hizo un gesto con el brazo.

—Hemos venido para interrogar a Néstor Luna.

—Desde luego, Ana, podrá pasar enseguida a realizar la entrevista, pero con una condición…

Los dos hermanos arrugaron el ceño a la vez, y luego Álex miró a su hermana.

—No había ninguna condición, que sepamos.

—Ya, tiene razón, pero ya sabe, uno es celoso de sus propias cosas… y como responsable de este circo, quiero estar enterado de todo, ¿sabe?

—No creo que esto entrara en el acuerdo, ni si lo sabe el juez.

—El juez no tiene que saberlo, por supuesto —dijo el alcaide, oscureciendo su tono de voz.

—Lo que Néstor Luna quiere decirle a Ana es confidencial y solo el juez decidirá si puede revelarlo o no. Creo que nos hemos equivocado al venir —dijo Álex y se levantó mirando a su hermana—. Empezamos mal.

26

En el despacho del alcaide se creó un silencio tenso.

Lo próximo que sucediese allí iba a cambiar el rumbo de muchas cosas.

En la mente de la criminóloga se sucedieron varias opciones, como si de un jugador profesional de ajedrez se tratara.

—Espera —dijo Ana con un suspiro—. Siéntate, Álex. No creo que estemos en condición de negociar —añadió tirándole de la manga para que volviera a sentarse.

—Muy bien, excelente decisión, además de muy inteligente —dijo el alcaide, con tono más negociador—. Ahora entiendo porque la quiere ver Néstor. Néstor es recluso mío, lo conozco, y no ha querido hablar ni una palabra. El juicio lo vio pasar con una sonrisita, sin declarar absolutamente nada. Siento mucha curiosidad por saber qué le va a decir.

Luego apretó un botón y al otro lado de la puerta se oyó un pitido. Entró el guardia.

—Víctor, ahora puedes acompañar a la señora Ana Cortés a la sala que hemos preparado para la entrevista.

El agente asintió y le indicó el camino a la criminóloga. Al levantarse, el alcaide se dio cuenta de su avanzado estado de embarazo.

—¿No debería estar usted de baja de maternidad? —preguntó el alcaide mirando su barriga desproporcionada.

—Métase en sus asuntos —espetó Álex.

Esperó a que se cerrase la puerta y se dirigió a Álex, que aún

estaba en la oficina. Una sonrisa de poder se dibujó en su rostro.

Álex podía sentir cómo el hombre que estaba delante transmitía poder, elegancia y un cierto grado de fanfarronería. Claramente, se sentía todopoderoso en su reino, como un emperador en su feudo. Tanto su traje y la perfección de que todo lo que estaba en su despacho dejaban claro que era un hombre elegante, pero también presuntuoso. Se notaba que disfrutaba dictaminando lo que cada cual podía hacer o no.

—¿Es necesario que me quede aquí? ¿No podría esperar en otro sitio? —preguntó Álex.

—Por favor, sargento Cortés, me gustaría que me hablase de cómo fue la ingeniosa captura del recluso —dijo mirándole a los ojos—. Me muero de ganas por saber todos los detalles.

Álex lo miró fijamente. Sus ojos eran pequeños, entre verde y marrón, y en su interior vio más maldad que en los de muchos criminales.

* * *

Ana Cortés seguía al guardia. Al hacerlo, sentía cómo sus pulsaciones se iban acelerando mientras se acercaba a Néstor Luna, el famoso asesino en serie de Barcelona.

Pensó en lo que siempre decía a los demás: largas respiraciones y contrarrestar el estrés con una mayor inyección de oxígeno. Pero ya era tarde; la presión en su pecho era tal que le costaba reducirla.

Los pasillos eran de un color verdoso; la pintura típica de los años ochenta, la época en que la cárcel fue inaugurada. Las estancias por las que pasaban tenían puertas verdosas, con grandes candados de hierro macizo. Los pasillos eran angostos, casi claustrofóbicos. En el techo, los neones se alternaban con detectores de humo y cámaras, mientras que el suelo estaba cubierto de baldosas brillantes de un gris claro.

Mientras atravesaba esos espacios, Ana se preguntó por qué tenía que pasar por eso; por qué se veía obligada a ver de nuevo a su verdugo. Habría preferido poder elegir otro trabajo pero, como ocurre a menudo, el dinero mandaba y su familia en ese momento lo necesitaba. Por dinero, todos estamos dispuestos a hacer sacrificios.

—¿Nerviosa, señora Cortés? —preguntó Víctor, cortando la cascada de pensamientos de la criminóloga.

—No mucho —contestó ella, sin mirarle.

«Muerta de miedo», sintió que era la respuesta más adecuada. No se sentía preparada, pero poco podía hacer ya.

Llegaron hasta una bifurcación del pasillo y giraron a la derecha. A los diez pasos, Víctor se detuvo. Ana casi chocó con él. Levantó la cabeza y vio como el guardia miraba a su alrededor. Luego consultó un plano de la pared, que mostraba las ubicaciones de las salidas de emergencia.

—No, le pido disculpas —dijo cabizbajo—. Lo siento, en la bifurcación hay que girar a la izquierda.

Ella asintió y lo siguió. Volvieron sobre sus pasos hasta la bifurcación y tomaron el otro pasillo.

—Lo siento, hace solo una semana que me han trasladado a esta prisión.

—La verdad es que todo me parece igual, no sé cómo te orientas —comentó ella sin detenerse.

Víctor se detuvo delante de una puerta.

—Aquí sí —dijo el guardia—. La verdad es que me cuesta aún orientarme en este complejo.

La llave dio dos giros en la cerradura. Entró primero él, comprobó que el preso estaba allí y luego dio paso a la criminóloga.

Ana dio un paso adentro. En cuanto alzó la vista sintió que volvía a perder el control de la respiración. El peso que le apretaba el pecho ya no era la ansiedad, ni estrés: ahora era puro miedo.

Víctor se quedó sujetando la puerta y le indicó con un brazo que se acomodase.

Allí estaba, Néstor Luna en persona.

La observaba. La presión de su mirada sobre ella era como espadas que atravesaban el cristal de protección que separaba los dos espacios.

Néstor estaba sentado, con las manos juntas encima de la repisa que sobresalía del cristal. Su expresión era desafiante. Otra vez había conseguido lo que quería. Ya que él estaba encerrado, había hecho que la víctima fuera hasta él.

Ana, por otro lado, se sentía como una presa que acababa de entrar en la madriguera del depredador. En esa angosta estancia podía sentir la maldad de Néstor, pero también algo más. No sabía qué exactamente, pero había algo; quizás el enorme séquito de todas las almas asesinadas por Néstor.

Ana dio un paso más y Víctor se retiró sin decir nada. Cerró la puerta de golpe, causando un susto a la criminóloga. Ana se giró de un salto.

—Tranquila Ana, nadie te va a hacer daño —dijo Néstor.

Ana se volvió a girar hacia su verdugo. Tenía su gracia que él, precisamente, le dijera algo así. Recordó su secuestro y el momento en el que se había despertado en un agujero en el suelo, el agudo dolor en el brazo amputado, sin nada más que tierra a su alrededor y desesperación por salir del foso.

Dio una respiración profunda. Se acercó a la silla y dejó al lado la mochila.

Néstor se acercó a los agujeros del cristal.

—Uhm, gracias Ana, por venir perfumada, me faltaban estos toques de vida… Aquí no hay nada de esto. Espera… ——dijo con autoridad y volvió a inspirar—. Maravilloso. ¿Narciso Rodríguez?

—¿Cómo dice? —preguntó sin entender lo que decía.

—Narciso Rodríguez. Tu perfume. ¿Sabes? Era el mismo que usaba una de mis víctimas. A ti también te sienta muy bien.

Ella hizo como si no lo hubiese oído. Sacó una libreta nueva, con un bolígrafo Montblanc. Luego una grabadora profesional y un micrófono que le apuntaba.

—¿Me vas a grabar?

Ana se detuvo, mirándolo. Estaba más relajado que en las fotos del proceso que había recopilado para su libro. El día de su secuestro ni siquiera se había fijado en su cara; todo había sido rapidísimo.

Néstor llevaba una camisa gris. Su movilidad quedaba reducida por unas cadenas ancladas en la mesa.

—Tengo que grabarle o parte de la entrevista se perderá.

—¿Me quieres estudiar? —preguntó él, y Ana tragó saliva—. Me imagino que el alcaide te habrá recibido en pompa magna.

—¿Qué es lo que le hace pensar eso? —contestó Ana.

«Muy bien Ana, contesta con preguntas así…», se decía en su fuero interno para animarse.

—Lo hace con cada visitante. Le encanta pavonearse de su zoo, ¿sabes? Ha movido mar y tierra para que el mono de feria aquí presente viniese a esta penitenciaria. Creía que me haría de psicólogo y me ayudaría… —dijo con desprecio.

Ana apretó el botón de grabar. Dijo el día y el lugar.

—Primera entrevista a Néstor Luna —dijo mientras el hombre, quieto como si estuviera embalsamado, no se perdía ni uno de sus movimientos.

—Néstor Luna, usted ha querido que viniera hasta aquí. ¿Qué quiere preguntarme?

Él sonrió de forma sarcástica.

—No tan rápido, Ana. Primero te quiero preguntar algo que llevo

mucho tiempo pensando…

Ana tragó saliva sin decir nada.

—¿Tú experimentas orgasmos cuando te acuestas con tu marido? —dijo él con tono intrigado.

27

Los planes de Karla cambiaron esa mañana.

Su equipo de investigación se había centrado en conseguir las grabaciones por media ciudad. La clave era averiguar quién era el individuo de la gorra y la barba. Al parecer, los tres corredores habían quedado con él. Pero, ¿quién era? ¿Cómo los había contactado? ¿Y por qué? Pero, sobre todo, ¿quién?

Los móviles de las víctimas no se habían encontrado y sin ellos, no era fácil rastrear sus últimos pasos.

Karla aparcó el Altea camuflado. Bajó del vehículo y entró en la facultad de psiquiatría. La Universidad de Barcelona era famosa por la reputación de los buenos profesionales que salían de allí. Ana Cortés era un claro ejemplo.

Después de informarse, Karla había averiguado que, esa misma mañana, el profesor que les había indicado la criminóloga daba clases en la facultad. Iba pocos días, cada vez menos, pues era un veterano y una eminencia entre esas paredes de sabiduría y pensamiento socrático.

El portón de hierro oxidado estaba abierto, y el patio delantero era un frenesí de alumnos, con mochilas y carpetas, hablando entre sí. La instalación tenía forma de “U”. A la izquierda había un edificio de ladrillos con una estructura blanca. Al otro lado se encontraba la construcción más alta del complejo, una torre, que a Karla le recordó a un campanario. De base cuadrada y de ladrillo, tenía una escalera metálica en su interior. En cada piso había una ventana y en el tejado

una cruz de hierro.

A la derecha vio un tercer edificio de cristal. Karla se mimetizaba entre las alumnas, que le restaban menos de una década. Entró por la puerta central de cristal y se coló por el anfiteatro, donde el famoso profesor López Vicario estaba dando una charla.

Se sentó en la penúltima fila, sin hacer ruido.

Los pupitres descendían de manera escalonada, abriéndose con gradas casi interminables, hasta un pequeño palco tras el cual había una pizarra blanca y una pantalla de proyección. Desde la distancia, a Karla le costaba ver lo que ponía en ellas.

El hombre, que se movía ayudado por un bastón, explicaba la diferencia entre el pensamiento freudiano y kantiano. Hablaba de los sueños, y de la importancia de leer a los clásicos de la filosofía. La pasión con que hablaba de ellos, como si se encontraran a su lado, inspiró en Karla ganas de leerlos y de saber más.

A su alrededor, pocos alumnos manejaban el móvil: estaban todos absortos en la masterclass.

Al cabo de media hora, que pasó como un suspiro, la clase acabó. Numerosos alumnos fueron a hablar con el profesor, pero Karla se quedó quieta, esperando. Cuando todos se fueron, la última alumna se quedó con él para ayudarle a llevar los libros.

Karla miraba la escena: siempre había un estudiante que traspasaba la línea entre alumno y discípulo. Mientras pasaban por su lado, subiendo los últimos escalones, Karla se quedó inmóvil. Pasó desapercibida para el profesor, como si fuera transparente. Él estaba concentrado en escuchar a la alumna y subir los últimos escalones con dificultad. Una vez que pasaron, Karla se levantó y los siguió.

Alumna y profesor llegaron a su despacho. Cuando estaban a punto de entrar, Karla consideró que era el momento adecuado.

—Señor López Vicario —dijo Karla—. ¿Me permite un segundo?

La alumna se detuvo y el profesor se dio la vuelta.

—Soy Karla Ramírez, cabo de los Mossos d’Esquadra. Necesitaría

hablar un momento con usted —añadió enseñando la placa.

Él arrugó el ceño, y la miró a la cara. Ni siquiera se molestó en mirar su identificación.

—¿A qué debemos una visita de la policía? —dijo el hombre, dirigiéndose hacia la puerta—. ¿He dejado alguna multa sin pagar?

Ella rio.

—No, es por una investigación —dijo y concluyó en un susurro—: Es confidencial.

—Ya, entiendo. —Él asintió mientras sacaba una vieja llave de su chaleco—. Gracias, querida, nos vemos en unos días.

La alumna se fue y el profesor entró en su despacho.

—Pase, por favor, no tenga en consideración el caos organizado de mi espacio de estudio… —dijo y se puso a reír solo.

Una vez dejó los dos libros en el escritorio, se sentó en el sofá a un lado de la estancia e indicó a Karla que hiciera lo mismo.

—¿A qué debo su visita, agente?

Ya acomodados y con la puerta cerrada, Karla empezó a hablar.

—Su nombre nos lo dio una exalumna suya. Ana Cortés.

El hombre enarcó las cejas. Paco López Vicario debía rozar los setenta años pero, por alguna razón desconocida, seguía enseñando. Iba trajeado, con chaqueta de pana, chaleco y corbata. Elegante, pero algo dejado. El largo pelo banco y la barba lo hacían parecerse a los grandes pensadores clásicos de la época griega.

—Me acuerdo perfectamente de ella. Una muy buena alumna, la verdad. Uy sí, me acuerdo muy bien —dijo y miró a otro lado—. Por allí tengo que tener todos sus libros. Brillantes, sí. Brillantes. Lástima de su accidente con… ya sabe.

Karla asintió y siguió con la vista el dedo del hombre, que señalaba algún punto sin identificar de la inmensa librería de su despacho.

—Sí, en fin, lo que le voy a contar es confidencial. La prensa no está al corriente.

La expresión del hombre cambió, interesándose más.

—Hemos encontrado cinco casos de lobotomía en Barcelona —dijo

Karla y siguió explicándole los casos.

—¡Por todos los rayos! Eso es inaudito. ¿Qué médico en su sano juicio realizaría una operación así?

—No sabemos si es médico, solo sabemos que es un criminal que practica estas operaciones a personas de manera aparentemente aleatoria. Y no sabemos por qué.

—Hace casi medio siglo que se demostró que las operaciones de lobotomía no sirven para nada; solo destrozan el lóbulo frontal. Se sabe desde que Walter Freeman hizo la última operación.

—Lo sé, pero eso no es todo —lo interrumpió Karla—. A todos los afectados les habían escrito en el cuerpo la palabra NeoPhintia.

Aquel nombre resonó como una campana en el despacho.

—No puede ser, será un error. O un bulo.

Ella negó con la cabeza.

—Ana Cortés nos dijo que usted conocía la existencia de este medicamento. En la policía no hemos encontrado nada. Si alguna vez existió, es como si hubieran limpiado todo rastro de su memoria. Ni siquiera en internet se encuentra nada.

—Por el amor de Dios. No puede ser, creo que os equivocáis. ¿Cuántos años tienen los afectados?

Karla miró al suelo y se encogió de hombros.

—Pues no sé, treinta, cuarenta años, uno puede que cincuenta…

El hombre comenzó a negar con la cabeza, sin dejar de mirarla.

—¿Por qué opina que nos estamos equivocando?

—Porque el NeoPhintia era un medicamento experimental, sí, pero no se usaba en adultos. El NeoPhintia era un fármaco infantil, pediátrico. Solo para niños —dijo con rabia.

28

“Joan Cusín, Alcaide”. Sencillo y rimbombante. Eso ponía en la placa encima de la mesa. Álex no había averiguado todavía quién narices era este individuo. Debería haberlo hecho, se decía en su fuero interno. Tampoco sabía por qué estaba todavía allí, ni por qué seguía aguantando a ese engreído director de cárcel.

Debería haber rebuscado quién era y de dónde venía y, sobre todo, quién había puesto a ese individuo en ese puesto.

Sentado delante de él, observaba su desdén, que probablemente derivaba de alguna emoción no resuelta o problema de infancia aún latente. El alcaide demostraba su superioridad con detalles sutiles, como la posición de sus manos: en forma fálica y tocándose las puntas de los dedos.

—Me encantaría que me hablara de la madre de Néstor: qué le dijo, cómo hablaba, su sorpresa cuando sacó su lado más agresivo e íntimo… —le dijo Cusín, mientras le brillaban los ojos ante la posibilidad de poder enterarse de todos esos detalles—. Además de saber con pelos y señales cómo capturó al preso —dijo el alcaide ya emocionado.

En su fuero interno, Álex ya lo había enviado a tomar viento. No iba a convertirse en su fantoche cuentacuentos.

—Usted me está fastidiando la mañana, ¿lo sabe? —contestó Álex tratando de controlarse.

—¿Cómo dice? —preguntó el alcaide, sorprendido por la respuesta

irreverente de su huésped.

—No soy su mono de feria y no voy a contarle nada más de lo que aparece en el informe, del que creo que ya tendrá una copia —dijo Álex sin apartarle ni un momento la vista.

El alcaide esperó un segundo y, esforzándose por aparentar que lo tenía todo controlado, se levantó de la silla y comenzó a caminar por el despacho.

—Sabe, en mis manos está que su hermana pueda visitar a nuestro recluso —comentó.

En ese momento el director recibió un mensaje en su móvil, que estaba apoyado en el escritorio. La pantalla se iluminó y él enarcó las cejas.

Álex ni siquiera se giró para mirarlo, dando a entender que no lo consideraba una amenaza.

—Sería una lástima que Ana Cortés no pudiera venir más a interrogarle —dijo el alcaide, sin dejar de caminar a su alrededor—. Esa puerta se puede abrir y aquí encontraréis todo el apoyo posible o… —El alcaide alargó aquel silencio, como esperando a que el sargento preguntase, pero no fue así—. O, si no, encontraréis la puerta cerrada —concluyó con un tono casi diabólico.

El alcaide se apoyó en la ventana que había junto a su escritorio, en el lado contrario al que ocupaba Álex. Se quedó ahí, esperando una respuesta del policía.

—¿Sabe una cosa, alcaide? —dijo Álex girándose hacia él solo en ese momento—. Creo que usted se ha equivocado de persona, por dos cuestiones. La primera, porque no soy ese tipo de individuo que va contando los chismorreos o entresijos de una investigación. Y la segunda, no se la voy a decir yo, ni hoy ni aquí; la va a descubrir usted, con el tiempo —concluyó.

Tras decir esto, Álex se levantó.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó perplejo el alcaide.

Álex lo miró y se ajustó la americana.

—Nada, ya lo descubrirá —contestó, y se acercó a la puerta para

salir—. Con permiso…

—¿Se puede saber a dónde va? —preguntó el director.

—A tomarme un café, ya que usted no me ha ofrecido ni una mísera taza —dijo y cogió su abrigo—. Si es así como trata a sus huéspedes, no me quiero ni imaginar cómo tratará a sus prisioneros. Buenos días —concluyó y abrió la puerta.

—Si sale por esa puerta no va a volver a entrar en este edificio —dijo el alcaide desafiante.

Álex lo pensó un momento.

Cerró la puerta y salió a la sala donde estaba la secretaria.

—¿Disculpe? —dijo preguntando a la mujer—. ¿Sabe dónde podría tomar un café?

La mujer se lo indicó y Álex salió del despacho de la secretaria en busca de una máquina de vending.

Ya con su café, se sentó en una silla junto a la máquina expendedora. Recordó las palabras del subinspector. Este lo había autorizado a acompañar a su hermana hasta el penitenciario, con la condición de que informase acerca de las novedades de la investigación de Ana Cortés. Sin embargo, no había mencionado nada en relación al alcaide. Extrañado, Álex sacó el móvil y se puso a buscar información acerca de aquel repugnante individuo.

29

La pregunta dejó sin aire a la criminóloga. Néstor Luna había empezado dando un revés que no se esperaba.

—No he venido a hablar de mi vida sexual. Señor Luna, ¿por qué ha querido que solo yo viniera?

—Me interesa mucho la sexualidad de las personas con las que trato.

—Pensaba que habíamos venido para hablar de usted.

—No Ana, es de ti que quiero hablar.

—¿Por qué mató a todas esas personas? —dijo Ana y en el momento en que pronunció esas palabras, entendió que se estaba equivocando.

Néstor negó con la cabeza.

—No Ana, esa no es la pregunta, pero ya llegaremos a eso —dijo con tono de dominar la conversación—. ¿Experimentas orgasmos cuando te acuestas con tu marido?

Ana miró la grabadora: estaba grabando. Solo podía hacer una cosa.

—¿A qué se refiere?

—Si cuando te acuestas con él, haces el amor o solo te acuestas. Después de tantos años, la libido y la pasión pasan, ¿verdad?

—La pasión pasa, pero el amor se queda. Tener una pareja estable es eso; crecer y afrontar cada etapa.

—No has contestado —dijo él, impasible.

Ambos mantuvieron la mirada. Ana se dio cuenta de que Néstor apenas parpadeaba, como si fuera un holograma. Si ella pestañeaba cinco veces, él solo una. Eso la incomodaba, tremendamente.

Respiró y contestó.

—Sí, soy multiorgásmica. Llego varias veces —dijo cobrando una ligera tonalidad rojiza en los pómulos.

Esa información hizo que los ojos de Néstor se abrieran ligeramente, de una manera casi imperceptible.

Al segundo, Ana se arrepintió de haberlo dicho. Acababa de abrir un melón inesperado e imprevisible. Pero ya estaba abierto, y ahora le tocaba a ella.

Néstor guardó silencio.

—¿Por qué me ha llamado? —preguntó ella, de vuelta al ataque—. ¿Por qué solo quiere que venga yo a verle?

—Porque eres una persona especial, eres la única que consiguió escapar y eres tremendamente inteligente —dijo y esperó unos segundos para continuar—. Y tengo que decirte algo muy importante, pero todo a su debido tiempo. ¿Tuviste una infancia feliz? ¿Tu madre te dio el pecho? —preguntó Néstor.

Ella tragó saliva. Luego se rascó la cabeza.

—Sí y no. Mis padres nos dieron todo lo que necesitamos y mis abuelos nos dieron la felicidad cuando mis padres trabajaban. Mi madre siempre tuvo poca leche, nos dio el biberón desde los primeros meses —dijo con un ápice de remordimiento.

Luego abrió su libreta. Miró las preguntas que había apuntado y seleccionó una, mientras que el hombre estaba callado.

Estuvo a punto de preguntar, pero al final se quedó en silencio. La pregunta que tenía preparada no salió, y Néstor lo percibió.

—¿Por qué no me mató? —preguntó Ana en lugar de lo que tenía previsto.

Él sonrió, mientras que ella subía la barbilla.

—Porque eres la pr… —se interrumpió a mitad de frase. Luego carraspeó y siguió—. La mujer más admirable con la que he tratado.

—¿Qué iba a decir?

Néstor sonrió.

—Presa, iba a decir presa. Pero no… tú nunca lo has sido. A ti te di una oportunidad más —dijo y esperó un momento, luego se rascó una comisura de la boca, bajándola y acercándose una mano encadenada —. ¿Por qué has venido, Ana… señora Cortés?

—Porque me llamó, dijo que tenía que decirme algo.

—Eso no es verdad y tú y yo lo sabemos. No habrías cruzado esa maldita puerta por una simple información que sabes que a la primera no te habría dado. No habrías venido con una grabadora. No habrías venido con una libreta. ¿Crees que soy estúpido? —dijo con sumo respeto—. ¿Crees que no he deducido que tienes algún contacto para una entrevista, o libro, o incluso algo más?

—Néstor Luna, hay que tener valor para volver a ponerte delante de tu secuestrador. Para ponerte delante de una persona con un historial de asesinatos como el suyo, pero más valor hay que tener para tragarse el orgullo y venir para que te pregunten intimidades así. ¿Por qué me ha hecho venir? ¿Se puede saber?

Néstor se levantó de golpe y la silla metálica hizo un estruendo. Ana se sobresaltó.

—Ana, tendrás que volver otro día si quieres que te diga lo que te tengo que decir. Cuanto antes vuelvas, antes tendrás lo que anhelas, y a lo mejor podrás hacer algo al respecto.

Ana se seguía recuperando del susto.

—¿Por qué no ahora?

—Porque aún no ha sucedido lo que tiene que suceder antes de que hayas vuelto, mi querida Ana.

—¿Qué tiene que suceder? —preguntó ella mientras se levantaba y se apartaba del cristal.

Él la miró fijamente.

—¡Guardia! —gritó.

A los pocos segundos apareció Víctor.

—Ya estamos por hoy, puede usted llevar a la psiquiatra a la salida

—dijo mientras otro guardia abrió la puerta detrás de él y se lo llevaba.

Ana recogió las cosas con prisas y metió la grabadora en la mochila. Víctor le indicó la dirección y ella comenzó a caminar rápidamente pasillo abajo.

—Necesitaría ir al lavabo —le dijo al guardia.

Él la miró, asintiendo.

—Es urgente —añadió Ana.

—Claro —dijo él y aceleró el paso hacia la salida.

Ana rezó para que llegasen pronto y no se equivocara de puerta. En cuanto entraron en un vestíbulo, el guardia le indicó el lavabo de las visitas y la mujer se lanzó dentro.

Soltó la mochila, se metió en la cabina y le dio el tiempo justo para abrir la tapa. Vomitó un buen rato, sujetándose el pelo con la mano. El sonido de sus arcadas atravesó las puertas y Víctor tocó con discreción a la puerta.

—¿Está usted bien, señora?

Ana, en el interior, no respondió. El guardia se colocó en la puerta para que ninguna visita de las que la institución recibía pudiera entrar.

Ana se quedó vomitando en aquel lavabo de la prisión de Quatre Camins durante un buen rato. Intentó digerir lo que había visto, sentido y percibido. Esa visita era solo la primera que su cuerpo tendría que soportar. El embarazo no ayudaba; estar sola en la sala, cara a cara con el asesino, tampoco.

Se resignó a la idea de que tendría que volver para saber lo que le dijo. Pero había dicho que aún tenía que suceder algo antes de poder decírselo. Daba igual que el Asesino del Criptograma estuviera entre rejas: seguía con sus acertijos, y sus tentáculos no se detendrían por un simple cristal en una sala de interrogatorios.

30

Karla no era madre, pero era mujer. La palabra *niños* se difundió por su organismo como una ola expansiva. No tenía ni idea de las posibles implicaciones de todo aquello, pero no pintaba nada bien. Cuando en una investigación se juntaban crímenes y niños, a Karla le costaba mantener la compostura.

¿Hasta dónde los llevaría todo eso?

El profesor de psicología se estaba hundiendo en la butaca al lado del sofá. Tenía la mirada perdida, sumida en los recuerdos que encapsulaban la historia del NeoPhintia. Lo que había arrancado como una leyenda urbana, se estaba convirtiendo en un recuerdo espinoso y ácido para el profesor.

—¿Cómo sabe que era un medicamento pediátrico? —preguntó Karla.

El profesor carraspeó antes de responder.

—Verá, yo antes tenía una consulta de psicología y psiquiatría infantil. Privada, muy buena, en la Gran Vía. Eran los años ochenta y era considerada una de las mejores. Todos los famosos y la gente pudiente querían traerme a sus hijos. Pero lo de NeoPhintia ocurrió antes de eso, fue antes que la voz se corriera.

—Perdone, ¿antes de que se corriera la voz de qué?

—De que había mejorado la relación entre un cantante y su hijo después de un intento de suicidio —dijo orgulloso—. Después de eso, comencé a cobrar renombre y todos los VIP's y famosos comenzaron a traerme a sus hijos. El trabajo se desbordó y tuve que volverme más

selectivo. Pero antes de eso, tenía niños de todo tipo de familias. Eso me gustaba más, no había tanta presión mediática. En fin, usted me tendrá que parar, porque si no, yo sigo hablando como un viejo que cuenta sus batallitas.

—Siga, por favor…

—Bien. Un día vino un comercial de una farmacéutica a proponerme algo.

—¿Algo?

El suspiró.

—No se lo he explicado a casi nadie, querida. Pero es lo que me pasó, en persona, de verdad.

Ella asintió con la cabeza.

—Cuando vino este hijo de Dios, me hizo la propuesta menos honrada de mi carrera.

—¿Era un cura?

—No, es una forma de hablar —dijo riendo.

—¿De qué farmacéutica ha dicho que era?

—No lo he dicho, querida, todo a su tiempo —confirmó—. Verás, para mí era una época precaria y todo dinero era bueno, pero no en contra del código deontológico médico, eso no. Todo… menos eso.

—Bien, pero, ¿cuál fue la propuesta?

—Este hombre vino y me hizo una suculenta propuesta para testar un medicamento en mis pacientes con conductas, espera, ¿cómo dijo ese hombre? —Pensó por un instante—. Ah, sí, recuerdo, «pacientes demasiado vivaces». Había que suministrar un fármaco. Ofreceríamos a todos los padres que tenían niños con demasiada energía, problemas psíquicos o inadaptación escolar, un “medicamento revolucionario”, como ellos lo llamaban.

—¿El NeoPhintia?

—Exacto.

—¿Y por qué dijo que no?

—Porque no había pruebas ni estudios fehacientes que dieran seguridad, de hecho, ellos ofrecían una cuantía de dinero desorbitada

por recetarlo e informar de la evolución de los resultados.

—Y, perdone la ignorancia, profesor, ¿pero no era o no es normal que las farmacéuticas paguen fortunas por recetar sus medicamentos?

El hombre miró por la ventana, buscando la respuesta y eligiendo las palabras adecuadas.

La ventana de su despacho daba al edificio enfrente de las aulas y la torre con forma de campanario. Karla tenía la ventana a la espalda.

—Siguen pagando mucho dinero a los médicos por recetar sus productos. Viajes, coches, de todo. Pero en esa época, me ofrecían cada mes una cantidad de dinero que hubiera podido comprarme un piso en el centro de Barcelona. Además, otros compañeros en mi círculo de psicólogos de confianza también recibieron esas mismas ofertas, que también desestimaron.

—¿Así que nadie las aceptó?

—Creo que alguien sí las aceptó… —dijo con tristeza.

—¿Era para una enfermedad en concreto? ¿Qué más le dijo el comercial?

—Eran los primeros medicamentos infantiles para brotes psicóticos, esquizofrénicos y enfermedades mentales. Pero se veía venir que podían tener más efectos secundarios a largo plazo, además de los que se presentaban a corto plazo.

—¿A corto? ¿Cuáles eran? ¿Cuáles vio usted?

—Uy, jovencita. Muchas preguntas en una sola sesión —dijo y pensó un segundo—. Verás, se decía que provocaban tics, malformaciones o bultos.

—¿Malformaciones? ¿Dónde?

—Prevalecientemente faciales. Orejas, nariz, etc.

La mujer lo miraba con perplejidad, sintiendo pena al conocer la historia.

—Profesor López Vicario, ¿cómo se llamaba esa farmacéutica?

El señor suspiró.

—Debe prometerme algo antes…

—Claro —dijo extrañada.

—Por favor, pase lo que pase, prométame que no revelará la fuente de lo que le estoy diciendo. Soy un hombre viejo y no quiero tener más problemas de los que ya he tenido con esta historia.

—De acuerdo, procuraré mantenerlo en secreto tanto como pueda.

—El comercial era de la casa barcelonesa Lypsia.

Ella se rio.

—¿Le hace gracia?

—Los tres deportistas encontrados ayer son director y subdirector de ventas y director de logística de la empresa Lypsia.

—Blanco y en botella —dijo mientras chocaba las manos.

—Espere, si ha pasado problemas por esto, ¿cómo podía Ana Cortés tener en sus apuntes el nombre de ese medicamento?

—Algún tiempo después de que Ana fuera alumna mía, me llegó una querella por infamias contra mi persona, por difundir información falsa y ensuciar el nombre y la reputación de una casa farmacéutica. ¿Adivina de quién, verdad?

—Lypsia

—Sí, justo cuando llegó el nuevo y flamante director, don Fernando Ylla. —La mujer levantó las cejas—. Veo que sabe de quién hablo, verdad…

—Pero entonces, si la historia fue enterrada, ¿cómo puede ser que ahora esté pasando todo esto?

—No, no se acabó así. Se hicieron más experimentos.

—¿En consultas privadas?

—No, nosotros éramos poco accesibles y menos productivos. Fueron a lo grande. Encontraron a las personas adecuadas y lo hicieron a lo grande.

—¿A lo grande? ¿A qué se refiere?

—El Dios dinero encontró una brecha en la sociedad… —dijo el profesor—. Con el tiempo me enteré de que habían hecho experimentos masivos en…

La revelación del profesor fue interrumpida por un estruendo, un ruido ensordecedor que rompió los cristales. Karla cerró los ojos y se

protegió por acto reflejo. Todos los cristales fueron esparcidos por el sofá y cayeron por encima de ella. Sintió que se le aceleraban las palpitaciones. Cuando abrió los ojos, escuchaba en el oído un fuerte pitido.

El profesor estaba apoyado en un lado del sillón, con la boca abierta, y una bala en la cabeza. Alguien había llegado a tiempo para hacerlo callar.

31

Al cabo de un rato, Ana salió del lavabo. Al otro lado de la puerta estaba Víctor, el guardia que el alcaide le había asignado, bloqueando el acceso para que nadie más pudiera entrar. Ana lo agradeció, ya que el tráfico de visitas había comenzado a aumentar en el vestíbulo.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó el guardia.

—Sí, mucho mejor —contestó Ana arreglándose la mochila—. ¿Puede acompañarme a la puerta?

—Por supuesto, sígame —confirmó y arrancó a caminar hacia la salida.

Recorrieron la misma ruta pero al revés, pasando por los pasillos de color verde claro en medio de los gritos de los presos, que a la ida Ana no había percibido, por los nervios.

En cuanto llegaron al vestíbulo, Álex la esperaba a un lado, sentado.

—¿Ya estáis? —preguntó Álex acercándose—. ¿Cómo ha ido?

—Vámonos, por favor —contestó ella.

—Claro.

Álex tragó el último sorbo de café, tiró el vaso y le cogió la mochila.

—Gracias, agente —dijo Álex mientras se marchaban.

Los dos hermanos se acercaron a la puerta de salida, pero en cuanto agarró la maneta, por detrás se escuchó una voz.

—Esperen, no tan rápido —los llamó el alcaide.

Los dos se detuvieron, y Ana se giró.

—Señora Cortés, no sabía que usted iba a grabar la conversación

—dijo el director.

Ella tragó saliva. Su expresión dejaba claro que solo le faltaba eso tras un día tan complicado.

—No sabía que estuviera prohibido —contestó justificándose.

—No, no lo está, pero quiero una copia de esa cinta —dijo el alcaide.

Un instante después se colocó a sus espaldas Víctor, el guardia. La expresión del alcaide era de placer, gozaba de esa situación. Ana entendió que debía de haber sido Víctor, el guardia, el que le había informado de ello: había escuchado su conversación tras la puerta y le había dicho al alcaide que había usado una grabadora.

—Vámonos, Ana —dijo Álex.

—No vais a salir de Quatre Camins sin jurarme antes que vais a enviarme una copia de esa cinta —afirmó con arrogancia, mostrando su verdadero rostro—. Y menos vais a volver a entrar.

Álex se quedó mirándolo, perplejo. Calibró las palabras y contestó.

—El día que un juez nos diga que hagamos una copia para usted, entonces la haremos. Hasta entonces, entraremos y saldremos de este lugar, le guste o no. Adiós, señor alcaide —dijo y se fueron.

Una vez en el coche se quedaron callados. Un silencio extraño regía mientras esperaban a que el portón se abriera. Álex se temía que les causaran más dificultades, pero les dejaron salir sin más problemas.

En la autopista Ana le explicó la conversación que había mantenido con Néstor y que tendría que volver pronto. Álex no sabía si podría acompañarla de nuevo, dado que las investigaciones del psicópata de la lobotomía estaban tomando ramificaciones sorprendentes y se estaban acelerando.

—¿Te acuerdas de tu exprofesor, el que me dijiste esta mañana? —preguntó él.

—Sí, Paco López Vicario.

—Ese, sí. Sigue dando clases. Karla ha ido a verle. Gracias, Ana.

Sin tu ayuda, no habríamos avanzado tan rápido.

Ella sonrió sin decir nada. Se ciñó a contemplar la avenida Meridiana entre el tráfico de entrada a la ciudad condal.

El mensaje de Karla era claro: tenía información interesante y en cuanto saliera le necesitaría verle para explicárselo.

Álex bajó del BMW y Alberto subió. Ana y su marido se fueron y Álex entró en la comisaría.

Se sacó un café y buscó a Iván.

—¿Cómo van las búsquedas?

—Me está costando encontrar. Ahora estoy esperando las grabaciones de varios comercios, pero estamos avanzando, jefe.

—No me llames jefe. Buen trabajo —dijo alejándose—. Por cierto, ¿Karla no ha vuelto?

—Que yo sepa no —contestó el agente.

Álex se sentó en su escritorio y sacó su móvil. Buscó el contacto de su compañera y la llamó. Al cuarto tono, la compañera contestó.

32

Tras la explosión provocada por el balazo que acabó con la vida del profesor, el caos se adueñó de la universidad.

Karla se agachó y se estiró por el sofá. El disparo había entrado por la ventana. Siguió ahí, tumbada, sabiendo que el próximo disparo podía ir a por ella.

Alargó el brazo y tiró al hombre al suelo. El profesor cayó, inerte, sobre la alfombra llena de cristales. El disparo le había entrado por la frente y había continuado su trayectoria en el respaldo del sillón.

—¡Joder, profesor no! —dijo mientras con dos dedos intentaba averiguar si había latido.

Pero el disparo había sido perfecto; un trabajo impoluto.

—¡Maldita sea, joder!

Karla sacó la pistola de su chaqueta. Levantó la vista, mirando por la ventana. El miedo de que llegase un segundo disparo era real. Subió un poco la cabeza, asomándose un poco a la ventana y buscando la trayectoria de la bala. La bajó enseguida.

—Estúpida. ¿Qué haces? —se dijo.

Luego tomó un cojín y lo levantó, haciendo que pareciera su cabeza, para ver si llegaban más balazos.

Mientras tanto, el ruido en el patio había estallado. La gente gritaba; el caos se había desatado.

No hubo más disparos. Karla soltó el cojín y se incorporó paulatinamente. Cuando tuvo la visual completa a través de la ventana, entendió la posible trayectoria de la bala: había llegado desde el campanario.

Karla dejó al hombre tendido en el suelo, sin vida, y abrió la puerta. Echó a correr; los pasillos estaban inundados de alumnos que no sabían qué pasaba, pero se dirigían hacia la salida. Las sirenas sonaban, como si avisaran de un inminente bombardeo.

En medio de la estampida, Karla consiguió llegar a la salida. El flujo de alumnos que huían le impedía correr hacia el campanario. Intentó avanzar en esa dirección, pero le resultaba dificilísimo, aun teniendo una placa y una pistola en mano.

—¡Policía, abran paso! Por favor, fuera, ¡fuera! —gritaba a todo pulmón.

Cuanto más conseguía acercarse a la estructura vertical, más convencida estaba de que aquel disparo había sido obra de un profesional. Una bala limpia, en el momento exacto, justo cuando iba a decir lo más importante.

Karla llegó al campanario y vio que la puerta de acceso al edificio había sido forzada.

Miró a su alrededor. La zona estaba vallada por detrás. Apuntó con la pistola hacia el interior. Se fue asomando lentamente, y finalmente miró al interior. La entrada de la escalera estaba vacía. Subió todos los pisos; allí no había nada.

—Este tío ya se ha ido. ¡Maldita sea!

Bajó nuevamente. Los alumnos seguían huyendo, escapando de todos los rincones.

Karla se acercó a la valla y comprobó que, a la vista, estaba perfecta.

Bajó el arma. El hombre podía haber escapado por encima del muro o camuflándose como un alumno. Habían pasado varios minutos. Podía ya estar en su coche y escapándose. Pero eso era solo una posibilidad.

Comenzó a correr hacia la salida, siguiendo el río de alumnos desbocados. Reconocer al agresor entre toda esa gente habría sido muy complicado. Cuando los alumnos cruzaban el portón oxidado,

comenzaban a aflojar la velocidad y formaban grupos. Karla fue hacia el parquin, donde muchos vehículos estaban intentando marchar. Un coche al fondo le llamó la atención.

Corrió aún más rápido, pasó unas filas de coches y sorteó la salida de varios, hasta alcanzar el pequeño coche negro, que estaba llegando a la rotonda.

—¡Quieto, policía! —gritó ya casi acercándose.

El conductor del coche la vio y se detuvo. Karla le apuntó. Cuando lo vio, se percató de que era una señora de avanzada edad. Estaba encogida en el asiento, asustada por el arma que la apuntaba.

—¡Joder! —musitó Karla bajando el arma.

Karla se sintió agotada; el esprint había sido intenso y en vano. Los alumnos de la facultad de psicología la miraban asustados.

Estaba claro: se le había escapado el francotirador que había matado al profesor. Ahora, lo único que podía hacer era informar a Álex de la bofetada que acababa de recibir la investigación.

33

Barcelona

Martes.

A pesar de que el lunes había resultado ser un día horrible, ese martes Álex confiaba en que podrían arrojar luz en la investigación.

«A grandes males, grandes remedios», se dijo Álex.

Después de la muerte del profesor, la policía científica solo pudo esclarecer que el disparo había procedido de la torre, estudiando las trazas de pólvora y la puerta con el cerrojo seccionado.

Balística confirmó que el proyectil procedía de un rifle de precisión. La morgue solo pudo confirmar que había atravesado el cerebro del profesor, apagándolo para siempre.

Álex acudió a la universidad, pero poco más pudo hacer para tranquilizar a Karla. Se dijo que había llegado a tiempo, en cierto modo: si hubiese ido por la tarde, nunca hubieran obtenido la información valiosa que les dio.

Siguieron las típicas discusiones posteriores con el subinspector. Conseguir una autorización para lo que pedía Álex no era fácil, pero la obtuvo. Y allí estaban, a las ocho y veintinueve de la mañana, con treinta efectivos de la policía en la puerta de las instalaciones de Lypsia, en pleno distrito financiero de Barcelona.

Álex guardaba celosamente un documento firmado por el juez. Tenían el visto bueno para voltear como un calcetín las oficinas centrales de la farmacéutica en busca de información.

La alarma del móvil sonó: eran las ocho y media.

Se giró y les hizo un gesto para que entraran. Llevaban un par de minutos delante de la sede. Calle de Cerdeña, de bajada hacia al mar, de dos carriles. La fila de los treinta vehículos ocupaba un carril entero y parecía no tener fin. La otra mitad de estos estaba en la Gran Vía, ya que el edificio de la farmacéutica hacía esquina con estas dos calles.

Álex y Karla bajaron del Seat Altea. Los dos llevaban un chubasquero azul identificando que eran de la policía. Álex levantó la mirada hacia ese edificio, que había visto tantas veces. Nunca se habría imaginado que en su interior ocultaba un secreto como ese; un pasado turbio como el que se imaginaba.

El edificio era de cristal y placas de granito rojizo. Las ventanas, alargadas, estaban torcidas, y Álex pensó que era como si el arquitecto que lo había diseñado hubiera estado borracho. En la parte más alta, un cartel luminoso mostraba el nombre de la empresa: Lypsia.

Álex entró por la puerta principal, seguido por Karla y una treintena de efectivos. En la recepción, una empleada avisó a los altos dirigentes en cuanto vio la orden judicial. Luego Álex dio el visto bueno a todo el equipo y este se fue infiltrando por las oficinas para revolverlas y rebuscar cualquier indicio del medicamento en cuestión.

Álex optó por no ir directamente a investigar y se tomó un momento para otro asunto. Miró en el tablero de los despachos y cogió el ascensor. Las puertas se abrieron en la última planta. Recorrió el amplio atrio lleno de macetas y se presentó a la secretaria, que estaba delante de la puerta de dirección. No le dio tiempo a que se opusiera.

Abrió la puerta y el despacho del director general apareció delante de él.

—Oh, veo que ha encontrado mi despacho sin problemas —dijo Fernando Ylla.

Álex lo observó. Su imagen difería mucho de la primera vez que lo había visto, dos días antes en el club de golf de Sant Cugat.

—¿Se va? —dijo Álex sorprendido.

El hombre estaba cogiendo el abrigo y tenía en la mano un maletín. Vestía un traje negro y corbata negra. Llevaba el pelo engominado y la misma expresión desafiante.

—Me espera un avión para ir a Madrid —dijo el director y se detuvo un momento delante de él—. ¿Tiene algún problema? ¿Le importa que me vaya?

—Sería mejor que se quedara.

—¿Por qué? Tienen el edificio a su disposición… espero que encuentren lo que buscan —dijo pasando delante de Álex para marcharse.

—Espere, señor Ylla —dijo Álex y deteniendo al director por un brazo—. No se va a salir con la suya, ni usted ni su empresa.

Fernando Ylla miró primero al policía a la cara y luego a su brazo.

—Suélteme, señor Cortés, me está arrugando un traje que vale más de lo que usted cobra en un año.

Álex lo sujetó por un momento más y al final lo dejó marchar.

—Hasta la vista, Cortés —se despidió el director.

Álex sintió como la sangre le hervía. El hombre que tenía delante había perdido tres empleados de su empresa y, en una situación así, debería estar consternado. Sin embargo, no transmitía nada de eso. Álex sentía que solo emanaba arrogancia, desfachatez y superioridad. Su intuición, sumada a lo que había vivido Karla en la Universidad de Barcelona, apuntaban a que ese individuo podía estar implicado en todo aquello. Pero el juez no quería indicios, quería pruebas, necesitaba realidades; el resto se esfumaría como el humo cuando se apaga una vela.

Álex siguió al director con los ojos desorbitados. El otro cambió por un momento de expresión.

Álex le acercó el dedo índice a su cara, dejándose llevar por la rabia que sentía hacia ese hombre.

—Te voy a desenmascarar, maldito hijo de perra —le espetó el

policía.

Fernando Ylla dio un paso hacia atrás, apartándose del policía.

—Si me lo dice el famoso Álex Cortés, debería tener miedo —respondió el director—. Pero soy afortunado, porque no tengo ninguna máscara que quitar.

—Ya lo veremos —contestó Álex.

—Creo que debería estar buscando a las personas que han mutilado a mis empleados, y no aquí. ¿No le parece, sargento? —dijo el director—. Esto parece una caza de brujas.

—Aunque a usted no le guste, este es el punto más importante de la investigación —dijo Álex.

—Pues adelante, si usted lo cree así, es todo suyo —dijo el director, y miró el reloj—. Yo me voy, tengo un avión que tomar. Que se divierta, sargento —dijo ya saliendo de la oficina.

—Maldito engreído… —susurró el policía, mientras desaparecía de su vista—. Voy a encontrar lo que haga falta para meterte en prisión y cerrar esta maldita empresa.

La secretaria, al otro lado de la puerta, seguía tecleando.

El despacho de Ylla era diáfano, una oficina ostentosamente decorada y sin un solo archivador. En las paredes había cuadros que, ya solo por los marcos, daban al policía la impresión de ser muy costosos, junto a otros que creaban un popurrí variado entre diplomas, escudos, patentes, premios, y más cosas que Álex no acababa de entender.

En el escritorio solo vio libros y la revista Forbes de ese mes. Los cajones solo almacenaban bolígrafos y objetos sin mucho sentido. Ni una tarjeta USB, ni un disco duro externo, nada. Se agachó y la papelera también estaba limpia. Al parecer, el director era un maniático de la limpieza y el orden.

El despacho estaba en silencio hasta que Karla subió a verle. Lo encontró sentado en la butaca del director, pensando, observando ese

espacio desde la distancia y la tranquilidad.

Karla entró sigilosamente.

—¿Qué haces aquí?

—¿Sabes? Este sillón es tremendamente cómodo —dijo Álex balanceándose en él—. Recuérdame que le pida uno así a Reixach. —Karla le devolvió una expresión muy suya, que venía a significar *estás perdiendo el tiempo*—. ¿Cómo va todo ahí abajo?

—Estamos averiguando cosas, pero los archivadores y la información en los ordenadores parecen llegar solo hasta los años noventa. Más atrás no encuentran nada.

—Hay que seguir buscando, seguro que hay algo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo tú mientras?

Álex acercó el dedo índice a su boca y señaló la puerta. Karla entendió y cerró la puerta de acceso al despacho del director, para impedir que la secretaria los escuchase.

—Estoy pensando. ¿Qué narices tienen en común los afectados de la lobotomía y esta empresa?

Karla se acercó a las ventanas del despacho. Desde la planta más alta del edificio se podía contemplar una vista especial.

—He visto a Ylla.

—¿Y?

—No estaba muy contento, se fue corriendo en cuanto me vio llegar.

Ella bufó, sin dejar de mirar por la ventana.

—Nada mal las vistas, ¿verdad? —preguntó Álex.

—Cuando hablaba con el profesor creí que habíamos encontrado la madeja, pero luego lo descarté.

—¿Por qué? El profesor es la clave.

—Lo era, pero ahora está muerto y lo hicieron justo cuando iba a revelármela —dijo Karla. Sonaba enfadada con el mundo—. Creí que podían estar implicados los niños afectados por esos fármacos, pero las fechas y las edades no coinciden.

—Puede, pero tenemos que averiguar qué narices hizo esta gente

con esos experimentos.

—¿No lo has entendido, verdad? —dijo ella.

—¿A qué te refieres?

—A que, si esta gente tiene los escrúpulos de hacer test de fármacos experimentales con niños y matar a las personas que pueden revelar la verdad, en esta sede debieron de hacer limpieza hace tiempo. Habrán eliminado todo tipo de pistas, indicios, trazas, documentos…

Álex pensó y después de haber razonado la respuesta, contestó.

—Lo sé, Karla, llevo desde anoche dándole vueltas. Supongo que los dos lo hemos pensado, pero hasta ahora no nos hemos atrevido a decírnoslo. Cabe la posibilidad de que tengas razón, pero fíjate, un asesino puede ser muy limpio, muy pulcro, hasta maniático, pero siempre deja una huella, una pista, un fragmento de tejido…

—No siempre —aclaró Karla y se sentó en una silla delante del escritorio de Ylla.

—De acuerdo, no siempre. Pero la gran mayoría dejan algo, se les escapa algo, una… —dijo levantando un dedo al aire—. Siempre hay alguna variable que se les escapa. Por eso tenemos a la científica. ¿No? —preguntó y ella asintió—. Bien, entonces ¿cómo pueden limpiarlo todo en pocas horas? Siempre se les escapa algo. Siempre.

Ella suspiró.

—Tendríamos que haber venido ayer.

—Claro, o el sábado. Pero si comenzamos a predecir el futuro, entonces dejaríamos de ser policías, seríamos videntes, ¡seguro que ganaríamos más! —dijo Álex para rebajar la tensión de la conversación—. Karla, desde luego que, si hubiese sido antes, Su Señoría no nos habría firmado ningún documento. ¡Nos costó que nos lo firmase anoche! —acabó diciendo—. Algo habrá, seguro, Karla, confía en mí.

Ella sonrió sin estar muy convencida. Luego se levantó y salió de la estancia.

—¿Dónde vas?

—Al mismo sitio al que deberías ir tú también: a buscar.

Álex se levantó y la siguió. Entraron en el ascensor y ella apretó un botón.

—¿Planta menos uno? —dijo sorprendido Álex—. ¿En el sótano?

—Allí está Alan con los ordenadores, a ver qué ha averiguado.

34

El sótano era grande. La parte del garaje era la que más espacio ocupaba. En el lado más alejado había una puerta entornada de la que salía una luz.

Álex siguió a Karla. Los coches eran en su mayoría de lujo, muchos de marcas alemanas. El edificio entero tenía que valer una fortuna. Lypsia, que producía productos farmacéuticos básicos, vendía al estado medicamentos de marca blanca por valor de millones de euros. En su página web aparecía además una línea de cosmética química.

Karla abrió la puerta de la habitación al fondo, donde Alan trabajaba sobre dos cajas de papeles. Una la usaba como mesa, para sostener el ordenador, y la otra como taburete. De su ordenador salía un cable que alcanzaba una torre de servidores, que producían un zumbido casi insoportable.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Karla.

Alan vio al sargento y lo saludó con un gesto de la cabeza.

—Los metadatos indican que el alojamiento de files en cloud era reciente, pero el burnout de los servers fue precipitado. Así que el hosting ha dejado una marca en el hard disk, pero eso podría querer decir que…

—Alan, por el amor de Dios, explícalo para mortales comunes—dijo Karla señalándose a ella y a Álex.

—O mejor, como si fuéramos niños de tres años, ¿sí? —aclaró Álex.

Alan soltó un sonido gutural, dejando claro que estaba muy poco conforme con esa interrupción.

—Hay trazas de ficheros. Borrados. Hace poco. Pero no creo que podamos recuperarlos. A lo mejor sí, pero llevará tiempo. Creo. Pero podemos probar.

—¡Gracias! Ahora has sido bastante más claro —dijo Álex.

—Bien, Alan, tú sigue con lo tuyo —lo animó Karla.

Álex y Karla pasaron a ver a los compañeros de las plantas superiores. Allí encontraron despachos y despachos de empleados, de los más dispares departamentos. Gente en camisa y corbata, sentados a sus escritorios con pantallas. Eran el ejército de trabajadores que movía ese coloso farmacéutico, sin trazas del pasado. Un monstruo que había nacido en los años sesenta y que jamás había dejado huella en la tundra de la ilegalidad.

Se pasaron el día entero rebuscando entre papeles y archivadores. Al parecer alguien se había encargado de limpiarlos a fondo antes de su llegada. Los policías salieron por la puerta a las nueve de la noche, con la esperanza de encontrar algo en el transcurso del día siguiente. No tenían más opciones, ya que el permiso de registro solo era para dos días.

Álex llegó a casa, se cambió y se fue a correr por el paseo marítimo de Barcelona. Repasó todas las pistas que tenían mientras la música alta vibraba en los huesos de sus orejas.

Eso le desestresaba y le ayudaba a aclarar la mente.

Pensó primero en las lobotomías. ¿Quién hacía algo así? ¿Quién corría el riesgo de que lo pillaran mutilando a otras personas?¿Y por qué motivo lo había hecho? ¿Qué fuego ardía en las entrañas de alguien que cometía tales brutalidades?

Por más vueltas que le daba, no tenía sentido. Al menos, aparentemente.

Al principio había imaginado que podía ser una coincidencia, un loco que cometía atrocidades, escogiendo a gente aleatoria sin ningún

nexo. Pero la marca en su brazo era clara, muy clara. *NeoPhintia.* Ese era el nexo que lo unía todo. Pero en la sede de Lypsia, parecía que alguien, concienzudamente, había limpiado un pasado crítico y difícil de justificar por la nueva dirección de Ylla. Sobre todo cuando alguien quería destapar una verdad olvidada e incómoda. Pero a pesar de eso, las investigaciones sobre la muerte del profesor tenían que seguir. No se detendrían hasta encontrar un responsable. Álex había designado a un grupo de su equipo para investigar ese crimen.

Ser sargento suponía investigar menos y coordinar más, y correr le servía para resetearse al final del día.

Al día siguiente se despertó temprano. Había quedado con Karla en la cafetería de enfrente de la comisaría para desayunar, antes de meterse todo el día en el edifico de Lypsia.

Se tomó un café antes en su apartamento, junto a la ventana que daba al mar. Seguía de la misma tonalidad azulada de la noche. Solo las luces de las farolas distinguían las olas del Mediterráneo. Luego se duchó y se fue en moto hacia la comisaría.

A las siete y media de la mañana, el tráfico comenzaba a pulsar como un órgano independiente de la ciudad. Álex aparcó y fue a su despacho. Mientras guardaba el casco entró Karla.

—Buenos días —la saludó Álex.

La compañera lo miró sorprendida.

—¿Qué hace el jefe ya aquí? —preguntó ella, señalando la puerta cerrada de Reixach. Por debajo podía verse salir la luz.

Antes de que Álex respondiera apareció el subinspector Reixach, que se asomó abriendo la puerta.

—Justo con vosotros quería hablar. Entrad en mi despacho.

—¿Problemas, jefe?

—¿Tú qué crees, Cortés? —soltó y se metió otra vez detrás de su escritorio.

Los dos policías entraron. Karla se sentó y Álex se cruzó de brazos y se quedó de pie.

—Tengo una mala noticia y una noticia pésima—dijo Reixach con tono cansado, a pesar de ser todavía por la mañana—. ¿Cuál queréis primero?

35

Eran las siete y media del miércoles. Álex intuyó que si su jefe había llegado tan pronto a la oficina, algo no iba bien, aunque no se podía imaginar cuánto.

—¿Cuál queréis primero? —insistió Reixach, como si aquello fuera un programa televisivo de preguntas y a premios. Álex lo miró, escéptico, sabiendo que ahí el único premio eran collejas.

—Tú mismo jefe —dijo Karla.

—La mala noticia es que el Mayor Aragonés me ha llamado. Esta noche. Al ex ministro de Salud catalán, Bruno Soto, lo han encontrado en su casa del Penedés con síntomas extraños. Los mismos síntomas que presentaban los otros casos encontrados por Barcelona. Me temo que todo apunta a que alguien le ha practicado una lobotomía también.

—¿Cuántos años tenía? —preguntó Karla.

—Unos setenta —contestó Reixach.

—La misma que el profesor, más o menos —aclaró Karla.

—¿En su domicilio? —preguntó Álex que había descruzado los brazos.

—Lo ha encontrado la mujer que lo cuida. Se despertó y no recordaba nada —dijo y tragó saliva—. Esto huele demasiado mal. A lo mejor tenéis razón, sabuesos. Tenéis que ir a ver qué ha pasado y si es que un pirado se ha metido en su casa.

—Este sospechoso no es un pirado, jefe, si lo fuera ya le habríamos cogido. Es un psicópata organizado y hace muy bien lo que hace, si no

ya sabríamos quién es, jefe, se lo aseguro.

—A mí no me tienes que asegurar nada. Lo que tienes que hacer, Cortés, es encontrar a este tío, porque me temo que alguien me llamará muy pronto para llamarme la atención.

—Lo que no entiendo es cómo la prensa no se ha enterado todavía —se preguntó Karla.

—Ramírez, ¡no llames al mal tiempo, por todos los demonios! Ya tenemos bastantes problemas.

Ella tragó saliva y se calló.

—Jefe, si esa es la mala noticia, ¿cuál es la pésima? —preguntó Álex desde el umbral de la puerta.

—El Mayor Aragonés también me ha informado de algo inaudito, una coincidencia alarmante y preocupante…

Los dos policías fruncieron el ceño.

—La mujer del juez Bartolomeo del Pozo ha desaparecido.

—¿Quién? —preguntó Karla.

—¡Dios bendito! La mujer del juez que pidió el traslado de la madre de Néstor. No me lo puedo creer —dijo Álex.

—¿Pero qué pasa en esta ciudad, es que Barcelona ha perdido la cordura o qué? —soltó el jefe.

—No fue una buena idea cambiar a la señora Luna de un centro geriátrico a uno penitenciario.

—La culpa es tuya, de ese maldito informe.

—¿Mía? ¿En serio? —dijo desconcertado Álex.

—Si no hubieras ido a Santander, ahora no tendríamos este marrón.

—Si no hubiese ido, Néstor Luna, el Asesino del Criptograma, seguiría en las calles y usted… —Apuntó con un dedo al jefe—. Usted se colgó la medallita delante de políticos y superiores.

—¡Si no hubieras escrito ese maldito informe no nos habrías metido en esta situación! —gritó Reixach.

Álex levantó los brazos y decidió cambiar de tema.

—No pienso entrar en esto, ahora tenemos otros problemas —dijo

saliendo del despacho—. Coge las direcciones, Karla, te espero en la cafetería. Voy a desayunar.

—Eres tú el problema, Cortés, no el juez, ¿me has oído? —gritó el jefe desde detrás de su escritorio.

Aparcaron en la casa del señor Soto ya a la hora de la comida. Karla había tenido que esperar a que Reixach se calmase para obtener la dirección. A esas horas, el estómago de los policías empezaba a quejarse; la energía aportada por el croissant y el café con leche de Rafael se estaba acabando.

La casita, en la localidad de Torrelles de Foix, no era nada ostentosa. Una casa sola en una parcela pequeña. Jardín, césped, una valla de un metro y una terraza con un mecedor. Una vivienda que pasaba desapercibida.

Al aparcar, un policía local los esperaba. El hombre los saludó cuando bajaron del coche.

—Agentes… —dijo mirando un papel—. ¿Ramírez y Cortés?

Karla le sonrió.

—Bienvenidos a este pueblo. Normalmente es un lugar tranquilo —dijo mirando al horizonte, hacia un pequeño valle cruzado por un riachuelo con arboledas en los laterales.

—Gracias —dijo ella alargándole la mano antes de que este se acercara para darle dos besos.

—Seguidme.

La casa estaba acordonada con una cinta perimetral de color blanco con letras rojas y azules.

—¿Fue usted quien encontró al exministro?

El guardia urbano caminaba por el jardín de la casita y contestó sin girarse.

—Sí, la mujer llamó a nuestro número de emergencia y yo llamé la ambulancia. Esta vino y se lo llevaron al hospital provincial, ¿sabéis?

—Sí, venimos de allí —contestó Karla.

Entonces el policía se detuvo.

—¿Cómo está? —les preguntó con tono casi como si fuera un familiar.

—¿Lo conoce?

—Es famoso en el pueblo, una celebridad —dijo con ternura, deteniéndose—. Es como el abuelo de todos. Le tenemos cariño, la verdad.

—¿Podemos seguir? —dijo Álex adelantándoles con impaciencia.

Los otros dos siguieron caminando.

Álex fue el primero en entrar.

La casa desprendía un olor a flores. Un ramo de rosas aún seguía en la mesa de la cocina. Hacía frío en esa zona y se había colado en la casa. Con cada respiración, a Álex le salía una pequeña nube de vapor.

—¿Siempre hace tanto frío en esta zona? —preguntó Álex.

La cocina tenía los platos sucios en el fregadero y un cazo con caldo en la encimera. La nevera estaba llena y había objetos de vida cotidiana en la mesa.

—Usted es el famoso Álex, ¿verdad? ¿Álex Cortés? —preguntó casi titubeante el policía.

Álex lo observó por primera vez.

—Sí, pero nada de famoso.

—Es un honor para mí, he leído sus artículos en la prensa —dijo y le estrechó la mano.

—Nada, hombre, eso es todo patraña —dijo sin dar importancia—. ¿Podrías enseñarnos el resto de casa?

El agente obedeció. Comenzó por el salón de estar y luego el dormitorio.

—¿Vivía solo?

—Sí, su mujer falleció hace unos años.

—Interesante.

En el dormitorio solo le llamaron la intención dos fotos en una repisa, una en blanco y negro, con su mujer el día de la boda y la otra en los Campos Elíseos con François Mitterrand.

—¿No tenéis científica? —preguntó Álex—. ¿No vais a inspeccionar la casa?

El agente de la guardia urbana le miró con una expresión de no haber entendido lo que le estaba diciendo.

—Aquí no tenemos de eso. Somos solo yo y otros dos compañeros en la comisaría. Si necesitan llevarse algo, adelante.

Álex asintió y se fue del dormitorio. Entraron en el estudio y Álex se detuvo para verlo desde fuera.

—Agente, ya que conocía a la víctima, ¿sabe si tenía amigos, enemigos o algún problema? Seguro que en el pueblo este hombre tenía que levantar muchos… chismorreos, ¿no? —preguntó Álex. Luego entró y comenzó a mirar todos los cuadros colgados y las fotos que el exministro se había hecho con políticos y personalidades internacionales.

El agente miró a Karla.

—No —dijo encogiéndose de hombros—. Que yo sepa no. Bueno, palabrería sobre la independencia… a favor o en contra… cosas de su partido… pero nada que ver con enemigos o gente que lo criticara mucho, no sé.

—Gracias —dijo Álex cuando el agente terminó de hablar—. ¿Ahora nos podría dejar un segundo a solas?

El agente asintió y se fue con timidez.

Álex dio una vuelta más al despacho. Karla ojeaba los libros en la estantería. Encima de una repisa había un pequeño ramo de flores, cuyo aroma se difundía por la estancia. Por la ventana se veían árboles, prados y montañas al horizonte.

Álex se sentó en el sillón.

—Creo que estamos buscando en una dirección equivocada.

Karla se giró, extrañada.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella.

—Buscamos el quién y el cómo, cuando lo más importante es el *porqué*. Por qué este individuo hace esto a estas personas. Hacer daño

por hacerlo, también puede ser, pero es muy extraño.

—Sigo sin entender.

—¿Y si nuestro hombre es un vengador? Es decir, hace daño a las personas que le hicieron sufrir a él.

—La venganza es un motor muy potente.

—Es una energía oscura que mueve montañas —añadió Álex mordiéndose una uña con la vista perdida.

—Nuestro hombre podría ser un pariente de un niño afectado —dijo Karla.

—¿En qué año dijo el profesor que sucedió?

—Años setenta.

—Por lo tanto, si los niños tenían unos diez años, puede que ahora tengan unos cuarenta…

—O cincuenta —dijo Karla contando con los dedos.

—¿Y por qué ahora y no antes?

—También, buena pregunta.

Entonces Álex miró encima del escritorio en el que había un portarretratos. En él había una foto del exministro y de su mujer en alguna boda u otro evento de gala.

—Pero Karla, fíjate en algo. Este señor y los otros son de épocas y edades diferentes —dijo Álex mientras abría cajones, uno detrás de otro.

Karla empezó a rebuscar en las montañas de papeles que tenía.

Las agujas del reloj fueron moviéndose. Removieron ese despacho en busca de algo durante horas, sin éxito.

—¡Maldita sea, estamos perdiendo el maldito tiempo! —gritó Álex dando un susto a su compañera.

Luego se levantó de golpe, golpeando la silla contra el muro.

—No hay nada en este maldito despacho. Estamos perdiendo el tiempo, deberíamos estar en la oficina de Lypsia.

—No te soporto cuando haces eso. Y es siempre igual —dijo Karla irritada y cerró un cajón de golpe—. Ya no sé si es peor la tensión, la presión o el hambre.

Álex se pasó la mano por la cabeza, moviendo sus rizos.

—Vamos a comer, será mejor —dijo a su compañera.

Salieron y justo al pasar el umbral de la puerta, Álex se detuvo. Algo le había llamado la atención.

Volvió a mirar el despacho. Y después de unos segundos dio un aplauso sordo, único, que resonó por la casa.

—¿Qué pasa? —dijo Karla.

Álex cogió por los hombros a la compañera y la giró colocándola delante de la puerta, con toda la visión delante del despacho.

—¿No reconoces nada? —dijo Álex seguro—. Buscábamos en los cajones y lo teníamos delante.

—No sé a qué te refieres, Álex.

Acto seguido empujó a la mujer hacia una pared, llena de cuadros.

—Esfuérzate más. ¿De verdad no reconoces nada? —insistió el.

Karla afinó la vista.

—Maldita sea. Hemos perdido todo este tiempo y lo teníamos delante de nuestros ojos. No me lo puedo creer.

36

Allí estaba: justo delante, rectangular y colorido.

Era la tercera vez que lo había mirado, pero la primera que lo veía. En tres ocasiones pasó por debajo de las narices de Karla, pero tuvo que decírselo su compañero para darse cuenta.

Estaba delante de ellos. Estaba en el despacho del director de la farmacéutica Lypsia. Estaba en la pared del primer afectado por la lobotomía.

Álex lo descolgó de la pared. En el cuadro resaltaba un escudo amarillo. Una corona encima de un león que protegía a un niño, en un fondo verde. Había sido aplicado a un retablo de madera oscura, con una placa que decía: *Por tu contribución y servicio a la comunidad.*

—Este es el mismo que tiene Fernando Ylla en su despacho.

—Y Santiago Mendoza.

—Los tres tienen el mismo escudo. Después de NeoPhintia, esta es la segunda pista importante.

—Espera, déjame hacer una cosa —dijo Karla. Le hizo una foto y buscó ese escudo en un motor de búsqueda—. Nada. No hay nada igual. Parecidos, pero nada igual.

Entonces Karla abrió la aplicación de mensajes y envió la foto a las dos mujeres de los primeros dos afectados, preguntando qué eran esos escudos y si recordaban algo.

Álex miró de cerca el escudo; las pinceladas sobre la madera tallada y pintada a mano. No estaba firmada, aunque algo tan artesanal normalmente se firmaba. Al sostener el objeto en sus manos el policía notó que algo fallaba en ese trozo de madera: el peso no correspondía a un bloque de madera maciza de esas dimensiones.

Le dio la vuelta en busca de algún detalle, de una firma, de un indicio. En la parte trasera, el color de la madera era más oscuro, por haber estado tanto tiempo cara a la pared. Tenía el color original, porque no le había dado la luz del sol.

—Vaya, vaya, mira qué tenemos aquí… —dijo Álex viendo un agujerito.

Se sentó en el escritorio. Apartó las cuatro cosas que tenía el señor Soto y cogió un viejo abrecartas con punta. Lo introdujo y haciendo presión, la tapa saltó, dejando a la vista un espacio oculto.

Apoyó el escudo en la mesa y sacó lo que había en su interior.

—¿Qué has encontrado, Álex?

—Creo que esto es muy interesante… —dijo abriendo las hojas, que crujieron al desplegarlas.

Karla lo miraba con los ojos abiertos de par en par. Álex le dio la vuelta para verlo mejor.

—Mira por dónde… Son hojas oficiales del Centro San Jordi Casa de la Caridad.

—Esto es lo que decía el profesor López Vicario. Lypsia hizo unos experimentos en niños en un centro público, cuando vieron que los psicólogos privados no querían. Experimentos en serie.

—Claro. ¿Qué mejor que un orfanato? —dijo Álex.

Karla contuvo la respiración, poniéndose las manos delante de la boca. No se podía imaginar esos experimentos y menos a esa escala.

Álex sintió un fuego interno, el fuego de la venganza, seguramente parecido al que sentía el individuo que practicaba lobotomías a sus víctimas.

Miraron los papeles encontrados. Llevaban el logo del Orfanato

San Jordi, y debajo de este había un título: *Personal del centro.*

—¡Álex, has encontrado oro puro! —exclamó Karla con afán de saber más.

La lista era interminable, e incluía a gente que entraba y salía. Contratados y despedidos. Álex la leía con avidez, pero fue Karla quien encontró el primer nombre que le llamó la atención.

—¡Mira! —dijo Karla apuntando con el dedo—. Joan Mendoza Ferrer.

—¿Quién es? ¿Qué te dice ese nombre? —preguntó él.

—Qué te apuestas a que es el padre de Santiago Mendoza —dijo Karla—. Enfermero del centro durante quince años, desde que entró hasta la destitución del exministro.

—Mira en internet cuándo se cerró —dijo Álex—A ver si coincide el año.

Karla fue mirando.

Álex fue analizando las fechas. Los últimos trabajadores habían acabado en 1989.

—Mira Álex. Este sitio es… —dijo Karla enseñándole las fotos del motor de búsqueda.

—No me extraña que alguien haya hecho algo así, si pasó tiempo en esa institución… —dijo al ver las fotos del orfanato.

—Efectivamente, el enfermero Mendoza Ferrer estuvo hasta el final —dijo Karla pasando uno a uno—. Es interesante porque cada uno que llegaba duraba menos allí.

—Mira este, el director del centro, Raúl Salazar Torres.

—El director, claro, padre de Diego Salazar, segundo afectado.

—Me acuerdo de que la nuera me dijo que el padre de Diego era un administrador público, supongo que era el director del orfanato.

—¿Qué te apuestas a que el señor Soto, exministro de Sanidad de entonces, puso a este señor de director para hacer todas esas fechorías?

Ella lo miró, asintiendo.

—Karla, llama a Iván, dile que vaya a casa de Salazar y que mire si

detrás del escudo hay una compuerta y que nos mande las fotos de lo que encuentre —dijo acelerado—. Yo mientras llamaré a otra persona.

Karla se apartó y marcó el número del agente. Entretanto, el sargento cogió el móvil y llamó a Alan.

—¿Qué quieres? —preguntó el informático forense.

—¿Sigues allí? —preguntó Álex.

—¿Te refieres en las mazmorras de este edificio? —preguntó y enseguida se contestó a su propia pregunta—. Pues sí.

—Hazme un favor, ¿llevas un destornillador estrecho y plano?

—¿Me has tomado por MacGyver?

—Da igual, sube al ático.

—¿Qué dices?

—Por favor, rápido, es híper urgente.

El informático comenzó a cotorrear y cerró la puerta del cuarto de servidores en el garaje. Cruzó el garaje, paso a paso, lentamente, como era habitual en él. Álex lo escuchaba y se mordía los dedos por la velocidad con la que se movía y hacía las cosas ese chaval fuera de la computadora.

Cerrando puertas, dijo al otro la voz del ascensor.

—¿Dónde estás? —le preguntó Álex.

—En el ascensor, subiendo.

—¿Qué planta?

—Tercera.

El tiempo pasaba y Álex se ponía cada vez más nervioso.

—¡Venga! —gritó Álex.

Abriendo puertas.

—Bien, ahora métete en el despacho del director.

Los pasos seguían retumbando en el vestíbulo del ático, marcando los pasos de un oso perezoso.

—Estoy.

—Busca un cuadro con un escudo —dijo y se lo describió.

—Lo tengo.

—Siéntate en el escritorio y coge un objeto con punta. Lo metes

por el agujero y levantas la tapa de madera.

Hubo silencio.

—¿Estás? —preguntó Álex.

—Yo sí, pero el agujero no está. Ese que dices.

Álex tuvo un momento de parálisis. No supo qué decir. Su plan se había esfumado.

Pasaron los segundos en silencio mientras debatía qué hacer.

—A ver. ¿Me estás diciendo que no hay un agujero detrás con una compuerta?

—No hay agujero.

—¿En serio? —volvió a preguntar a Alan—. Espera.

Álex se levantó y fue a buscar a Karla.

—¿Sabes algo de Iván? —preguntó a la compañera.

—Iván no puede ir, pero tengo algo mejor, la señora Salazar me está diciendo que está a punto de coger su escudo y comprobar si hay algo detrás.

Karla esperaba con ansia, mientras Álex seguía al teléfono con Alan.

—Álex, pero… —dijo Alan.

—Espera un momento, no te vayas, no te muevas.

La expresión de Karla cambió. Al otro lado del aparato estaba recibiendo la respuesta que esperaba.

—¿Me dice, señora, que es de madera maciza? ¿Está segura de que no hay nada? —dijo Karla y luego siguió negando con la cabeza y por último miró a Álex.

En el escudo del director del centro no había nada.

Álex cerró los ojos. Habría que volver a empezar.

—¿Álex? —preguntó Alan—. Escúchame.

—Dime, Alan —contestó casi molesto.

—Me has preguntado si hay un agujero en la compuerta detrás del escudo.

—Exacto y me has dicho que no.

—Ya. Pero la compuerta está, es el agujero el que no está.

Esas palabras reanimaron al policía, que comenzó a enfadarse.

—Te voy a… —dijo Álex y acabó con un golpe de tos—. Alan, hijo de Dios, por favor, intenta abrir esa bendita compuerta.

—De acuerdo —dijo Alan, y se fue a buscar un utensilio improvisado en los cajones del director de Lypsia. Después de varios intentos, consiguió abrirlo.

—Ya lo tengo, abierto.

—Ok, dime qué hay dentro.

—Parecen unas hojas plegadas.

—¿Nada más?

—No.

—Ok deja la madera y dime qué pone.

—Unas hojas color… sepia —dijo mientras las abría y crepitaban —. Escritas a máquina y con un logo en el que pone Sant Jordi y una lista de nombres.

—¿Qué nombres Alan? Por Dios, más rápido.

—Nombres, Álex, nombres de niños, edades y… lo que parecen síntomas. Esto me da yuyu Álex, maldita sea. ¿Qué es esto?

37

Álex estaba cruzando la ciudad. De nuevo.

Bajó la ventanilla para sentir el aire gélido de febrero entre sus rizos. No podía imaginar la infancia de aquellos niños en el orfanato: trató de imaginar cómo habría sido la suya sin sus padres, sin su colegio, sin sus amigos. Una vida diferente, un Álex diferente.

Ana lo había dejado muy claro: en los primeros ocho años de vida, un niño forma las bases de lo que será en el futuro. Durante los primeros años de vida de Néstor se plantó el germen de lo que había resultado ser: un asesino en serie.

Los padres que le habían tocado a Álex fueron una suerte, pero la figura de Antonio, su abuelo, fue una auténtica lotería.

«¿Qué habría sido de mí sin mi abuelo, sin mi madre?», se preguntaba. «¿Cómo puede crecer un niño en un orfanato?».

Eran preguntas que no se sabía responder. Recordaba películas con historias nefastas, de lugares grises y despojados de humanidad. Un vertedero donde se aparcaban los restos de la sociedad en los lejanos años setenta. Allí se acumulaban las almas cándidas, que salían manchadas de avidez o maldad humana.

Pero el caso del orfanato de Sant Jordi era aún peor. En muchas ocasiones, la realidad solía ser más dura que la ficción. Álex quiso pensar que esas cosas ya no se hacían, y menos con niños, y menos aún con experimentos farmacéuticos.

El Seat Altea corría hacia la respuesta. Lo había entendido todo o no

había entendido nada. Pronto lo descubriría.

En medio de ese listado le había llamado la atención un nombre inconfundible. Lo tenía frente a las narices, y solo él podía haberlo identificado. No daba crédito a sus ojos, pero a veces la vida pone a las personas en el camino adecuado, en un lugar inesperado. Solo hay que estar atentos a la vida.

Álex y Karla bajaron por la Diagonal.

La sirena azul, apoyada en el salpicadero, era un accesorio que ambos policías usaban muy a menudo últimamente. Tan a menudo como lo de saltarse los semáforos en rojo.

Siguieron la avenida hasta llegar al Paseo Marítimo. Giraron a la derecha y siguieron por la calle que costeaba el mar. El Paseo Marítimo era la pista preferida para grupos de patinadores y otros valientes que desafiaban la fría brisa del mar.

Álex le indicó a Karla la dirección por donde tenía que conducir. Esa zona la conocía bien; cada día pasaba en moto y corría por el paseo junto a la playa.

Entre la maraña de edificios, destacaba el suyo. Una estructura de hormigón y cristal donde se fue a vivir con Mary. Cuando ella se marchó, Álex se quedó por apego, por las vistas y por los recuerdos.

—Apaga la sirena, y ahora tienes que aflojar, Karla, no nos tienen que ver llegar.

—¿Qué estás diciendo? —dijo ella desconcertada.

Álex ni siquiera contestó, solo cogió la sirena y la apagó, volviendo a reubicarla en la guantera.

Ella obedeció y de repente se convirtió en un coche más en medio del tráfico ciudadano.

Aparcó cerca del punto indicado, en un hueco a cincuenta metros de su destino. Bajaron y caminaron por la acera, intentando disimular la prisa que tenían.

—Desde luego que ahora entiendo porque no te quieres ir de esta

zona… —comentó Karla.

Él siguió caminando sin desviarse. Giraron la esquina y el objetivo apareció frente a ellos. La luz verde intermitente del rótulo en forma de cruz era inconfundible.

Se detuvieron delante del establecimiento y el móvil de Álex sonó. La pantalla indicaba que era el subinspector.

—Querrá saber dónde estamos —dijo Karla al verlo.

—A la porra —replicó Álex mientras apretaba el botón rojo.

Luego se miraron entre ellos.

—¿Estás seguro? —preguntó ella.

Álex ni siquiera necesitó responder; los dos ya estaban tan compenetrados que con solo con una mirada se entendían. Luego Álex dio un paso y al hacerlo sonó automáticamente el timbre del establecimiento.

Ya estaban dentro.

En breve sabrían si su teoría era descabellada, acertada o solo un error de cálculo.

38

Pocas horas antes.

Torrelles de Foix, domicilio del exministro.

La imagen llegó al móvil de Álex. Alan había hecho una foto de las hojas que había encontrado en el fondo del escudo. Era un listado de varias hojas con los nombres de los afectados. Una vieja hoja descolorida, escrita a máquina y que crujía al abrirse.

Álex consideró que aquella era una pista valiosísima: una información fehaciente de años atrás, con datos de los niños afectados por los efectos secundarios del medicamento NeoPhintia.

Aquello era un salto al pasado, una brecha olvidada que permitió a Álex ver a través del tiempo y llegar hasta lo ocurrido en el Orfanato Sant Jordi. Una entidad que resultó ser una máquina infernal de experimentos médicos con inocentes. Y todo ello bajo la protección de un exministro que encubría los experimentos, sobornando a los sanitarios y haciéndolos callar a golpe de talonario.

—¡Por todos los Santos! El listado es interminable —dijo Karla mirando la pantalla de Álex, en la que acababa de aparecer la fotografía tomada por Alan—. Tardaremos meses en comprobar persona por persona. Álex, esto es una locura.

Álex suspiró. Mientras con la mano derecha iba pasando la imagen ampliada, con la otra se apartaba los rizos de la frente.

Karla tenía razón; ese listado era más largo de lo que uno podía

imaginarse. Respiró profundamente y sintió una necesidad de rebobinar todo lo que había sucedido en esos días. Le hubiese gustado estar en la comisaría, sacarse un café y entrar en la sala de briefing. Pero, en cambio, seguían en la casa del político. El exministro de la época del orfanato, azotado por la furia vengativa de un individuo que devolvía el mismo odio que, probablemente, había recibido de niño.

—Ven, necesito un momento de concentración —dijo Álex.

El policía se puso a caminar hacia el salón. Se sentó y pidió a su compañera que se sentara a su lado. A través de la ventana, justo al lado, se veía al joven policía local haciendo tiempo dando vueltas por el perímetro del domicilio.

Karla se sentó a su lado.

—Mira esto —dijo Álex indicando la lista de personal del orfanato que había encontrado en el escudo del despacho del político.

—¿Qué quieres que vea?

—Diego Salazar. La primera víctima —dijo Álex.

Entonces Karla entendió.

—Hijo del último director del centro. El más longevo y el que más cosas tuvo que haber ocultado —dijo él—. Luego tenemos a Santiago Mendoza. El segundo caso de lobotomía encontrado en Barcelona.

—Hijo de un enfermero del orfanato —dijo ella

—Hijo de uno de los últimos enfermeros que aguantaron tanto tiempo en ese infierno infantil —aclaró Álex.

Karla asintió.

—Lo encontraron en el Paseo San Joan de Barcelona hace menos de una semana —precisó él—. Cuánto necesitaría un café.

—Céntrate, no nos podemos hacer un café en la casa de este hombre.

Él asintió, a pesar de estar con el mono de café y tener cada vez más hambre.

—Los dos aparecieron con un sello que llevaba la palabra NeoPhintia.

—Bueno Álex, el segundo sí, del primero no hay pruebas, aunque se supone que fue así.

—Correcto. Buena puntualización. Seguimos —dijo él.

Álex aclaró la voz, mientras llevaba la cuenta con la mano de los afectados.

—Luego aparecieron los tres deportistas de Lypsia. Valentina Castillo, Norberto Ortiz y Matías Vega.

—Sí, pero antes te fuiste a casa de tu hermana y te sacó sus apuntes y apareció la palabra Lypsia.

Álex asintió.

—Claro, si no, no hubiésemos sabido relacionarlo todo. ¿Qué más? —preguntó él.

—El domingo aparecen los tres afectados de la casa farmacéutica y vamos a ver al director, tu amigo Fernando Ylla.

—¿Mi amigo?

—Sí, le hizo mucha ilusión que le arruináramos la partida del domingo.

—La verdad es que no se le veía muy afectado por lo que les hicieron a sus empleados… —aclaró Álex.

Yo también creo que estaba más afectado porque al final salió la palabra Neophintia, que por saber lo que les había pasado a los miembros de su equipo —respondió ella.

Álex se calló. Le dio vueltas al asunto, pero duró poco la concentración.

—Fernando Ylla nos trató con prepotencia en cuanto nos vio llegar. Riéndose casi de nosotros. Luego en la conversación su expresión y comunicación no verbal al sacar el nombre del medicamento experimental cambió por completo, ya fue él mismo.

—Digamos que salió a la superficie el ávido y despiadado director de una empresa farmacéutica. Ni más ni menos —aclaró ella.

—Bien, sigamos, luego el subdirector nos envió aquí.

—No, Álex, espera. Antes hubo una cosa más, mi visita al profesor. ¿Dónde pones eso y el registro de las oficinas de Lypsia?

—Sí, tienes razón. A ver, repasemos la entrevista con el profesor. ¿Qué te dijo?

—Uff —bufó Karla.

Karla dejó caer la mirada hacia el infinito. Recordó los minutos antes de que una bala atravesara el cristal y el cráneo del profesor. Su rostro se oscureció al recordar la escena; la carrera desesperada por encontrar al culpable, o por lo menos el brazo ejecutor. Todo estaba claro y confuso a la vez en su memoria. Los recuerdos de Karla estaban empañados por la imagen del profesor con un agujero en plena frente, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta.

Se pasó las manos por la cara y se estiró la piel, tratando de calmarse.

—Me dijo que le habían coaccionado para que dejase de hablar del medicamento NeoPhintia. Un agente de Lypsia le ofreció mucho dinero para recetarlo a niños con mucha energía o síntomas de esquizofrenia. Que tenía que informar de los posibles trastornos posteriores. Dijo que después los de la farmacéutica optaron por olvidarse de los psicólogos privados e ir directamente a lugares con más niños, en un entorno más controlado, pero en ese momento le dispararon. No llegó a decirme el nombre de ese lugar.

—El orfanato Sant Jordi —concluyó Álex.

—Nunca sabremos con certeza si era ese lugar al que se refería el profesor, pero seguramente tenía que serlo.

Mientras Karla hablaba, Álex miraba la lista de afectados. La secuencia de nombres era interminable. Niños, pacientes que se convirtieron en ratas de laboratorio de una farmacéutica, que en esa época había experimentado con ellos sin escrúpulos.

En la lista había un detalle que le llamó la atención. Álex cambió de expresión, arrugando el ceño. Karla lo notó, pero no dijo nada.

—Espera, hay algo que no has mencionado de la reunión con el profesor López Vicario…

—¿A qué te refieres? —contestó Karla, convencida de haberlo dicho todo.

—Los síntomas. Los síntomas que el profesor había dicho.

Ella levantó las cejas y trató de recordar.

—Dijo que los pequeños pacientes comenzaban a tener tics, pequeñas malformaciones, movimientos incontrolados, dijo exactamente… —Se paró a pensar un segundo—. ¡Ah, sí! Impulsos que no podían controlar, además de presentar movimientos frecuentes algunos simpáticos y algunos parasimpáticos.

—¿Simpáticos?

—Yo tampoco lo sabía, tuve que buscar lo que era, ya que me costó entenderlo. El sistema nervioso simpático se encarga de preparar el cuerpo para la acción, cuando tenemos una emergencia o una situación inesperada. En cambio, el sistema nervioso parasimpático ayuda a restablecer el equilibrio y devolver o mantener a las funciones corporales en una situación de descanso y calma.

Álex asintió, comprendiendo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Creo que los niños confundían qué hacer en momentos de estrés, cuándo tenían que moverse o mantenerse en reposo, cómo actuar en una situación u otra…

—Es interesante, creo de haberlo entendido —confirmó él.

—¿A qué te refieres, Álex?

—A los tics y movimientos corporales —dijo mirando la pantalla—. Creo haber visto algo en este listado. Pero antes, hay otra cosa interesante en este. —Quitó el móvil y regresó a la lista del personal del centro—. Mira, el último enfermero. El director del centro. Luego los directores actuales de ventas de Lypsia. Ahora el exministro de Sanidad de la época —dijo Álex y le acercó el papel a Karla—. ¿Quién falta?

Ella no acabó de entenderlo, pero a pesar de ello cogió los documentos y los miró. Pasó el dedo por las líneas y por fin entendió lo que Álex trataba de decirle.

—Maldita sea, falta una persona para vengarse…

Álex asintió.

—Exacto.

—Están todos vengados, menos uno. El médico que suministraba el NeoPhintia a los niños.

Álex lo había visto, pero cuando Karla lo dijo, un escalofrío le puso la piel de gallina y los pelos como escarpias.

—Pero eso no es todo —dijo Álex cogiendo el móvil—. Estos —dijo indicando un nombre—. A estos los conozco.

Karla miró la pantalla.

—Aunque puede que sea una coincidencia… —dijo Álex desacreditando su corazonada.

Karla lo miró fijamente.

—Las coincidencias no existen, Álex —concluyó negando—. No existen.

39

Álex y Karla regresaron a la ciudad lo más rápidamente que pudieron. Pronto sabrían si la intuición de Álex era errónea o había acertado de pleno.

Antes de salir de la casa del político llamaron a Iván. Le pidieron que fuera directamente a la casa del médico del orfanato, quien podría ser el último en experimentar la venganza del criminal que practicaba las lobotomías.

Aquel médico había sido uno de los últimos altos cargos que habían participado en ese genocidio infantil.

Iván llegó a casa del médico y se encontró una sorpresa.

Osvaldo Paredes, de ochenta años, había muerto hacía un año. Pero los problemas no se acababan allí. Su hija, Lucía Paredes, llevaba unas horas desaparecida. Cuando Iván, el agente de la policía investigativa apareció en casa del médico preguntando por él, la viuda sintió que algo no iba bien, y que la presencia del policía no era fruto del azar.

Álex y Karla ya sabían el destino que esperaba a la hija del médico.

La única esperanza era que la corazonada de Álex fuera cierta y que, con una pizca de suerte, pudieran llegar a tiempo de salvarla.

* * *

Al cabo de un rato, el timbre de la farmacia sonó, indicando la presencia de dos personas que entraban. No unos clientes cualesquiera, sino dos policías de incógnito.

Cruzaron las bajas estanterías llenas de productos y cajitas variopintas, hasta llegar al mostrador. La chica en bata blanca acabó de atender a la señora anciana que estaba delante.

Cuando los miró, preguntó con una sonrisa brillante.

—¿En qué puedo ayudarles?

Álex dudó un momento. Luego tragó saliva y apartó la cazadora de piel para enseñarle la placa. Acto seguido le puso un dedo delante de la boca para que mantuviera el silencio y la discreción.

—¿Dónde está? —preguntó el policía.

La dependienta no entendió.

—¿Dónde está tu jefe?

Ella seguía perdida, su rostro angelical demostraba la falta de comprensión de lo que estaba sucediendo. Dudó, y solo le salieron varias sílabas sin sentido.

—N-no sé, creo que en… en la trastienda o en el sótano… —dijo mientras levantaba un teléfono fijo—. Lo pregunto.

Álex, con un acto reflejo, apretó el botón de colgar del teléfono.

—No. No has entendido. Quiero saber dónde está y no quiero que le avises.

Álex conocía de vista a la joven, había ido numerosas veces a ese establecimiento. Desde que se mudó allí con Mary había sido cliente: por ejemplo, aquella vez que Mary tuvo fiebre de cuarenta grados. O cuando pensaron que se había quedado embarazada. O simplemente cuando necesitaban aspirinas o preservativos.

Poco después, los dos policías bajaban por una escalera en forma de caracol. Atravesaron primero la trastienda. Los dos policías desenfundaron la pistola. Avanzaban despacio, sin hacer ruido. Comenzaron a bajar al piso inferior, donde la chica indicó que había

un pequeño almacén de mercaderías y un lugar privado.

La farmacia Hermanos Expósito estaba en los bajos del mismo edificio donde vivía Álex.

Al acabar las escaleras, se encontraron en un lugar diáfano; cajas de productos, un portón de descargas a la derecha y a la izquierda una puerta de madera. En ella había una placa, en la que ponía «Privado».

Álex fue a abrir, pero estaba cerrada.

Dio dos golpecitos con la caña de su pistola.

—Alicia, maldita cría, ¿cuántas veces te he dicho que no molestes cuando estoy aquí? —Se oyó al otro lado de la puerta.

El señor Expósito era un hombre de cuerpo musculoso. En ocasiones, Álex lo había visto pasar por la farmacia, aunque nunca trabajando, solo entrando y saliendo. Difería de la imagen de las cámaras, no llevaba barba, pero eso no le eximía de nada a priori.

—Señor Expósito, soy el sargento Álex Cortés, abra esta puerta por favor.

Al otro lado la única respuesta fue el silencio.

—Señor Expósito, no me haga tirar abajo la puerta. Está el edificio rodeado por agentes, no tiene escapatoria. Por favor, abra la puerta.

Karla lo miró, perpleja.

Del otro lado se escucharon unos ruidos extraños, y pusieron la oreja sobre la puerta.

Cada vez eran más fuertes.

Parecía una mujer que se quejaba, con la boca tapada.

El gemido aumentó preocupantemente.

—Señor Expósito, ¡abra! Este es el último aviso —gritó Álex.

Karla sacudió la cabeza.

El dueño de la farmacia no tenía intención de abrir.

Álex miró alrededor.

Karla cogió un par de pasos de carrerilla.

—¡Abra o tiramos la puerta! —dijo, y se tiró contra la puerta.

Esta ni siquiera tambaleó. Karla se separó, con el hombro dolorido. La jugada no le había salido bien.

Álex cogió una carretilla de transportar cajas y la lanzó contra la puerta. Esta rebotó con un gran estruendo.

—¡Joder! —dijo ella.

—Señor Expósito, no lo haga más difícil, abra la puerta… —gritó nuevamente el sargento.

Al otro lado los gemidos ya habían cesado. Álex pensó primero que eso era una buena señal, aunque pronto sintió que era al revés: era señal de una mala noticia.

Se giró otra vez, pero no había nada más en el almacén.

—¿Qué hacemos? —gritó Karla.

Tenían que tomar con urgencia una decisión no solo rápida, sino también acertada.

—Apártate —dijo Álex apuntando a la cerradura.

—¿Estás loco? Nos vas a disparar, rebotará —le espetó Karla.

La opción de llamar refuerzos era demasiado lejana. Había que intervenir en ese mismo momento. Solo Dios sabía lo que podía estar pasando al otro lado.

Entonces a Karla se le ocurrió una idea.

—Cógela por ese lado —gritó Karla cogiendo la carretilla.

Álex la tomó por el otro lado y comenzaron a bascularla en el aire.

—Uno, dos y tres —dijo Karla.

La lanzaron contra la puerta, y esta recibió un golpe tremendo del ariete improvisado. Pero solo consiguieron que se tambalease.

—No sirve, esta puerta no cae.

—Escúchame. Piensa que al otro lado está tu hermana y le están haciendo daño. Piensa en tu madre, o que tienes que detener a Néstor otra vez —dijo Karla mirándole a los ojos—. ¿Vale?

Álex hizo exactamente eso. Al pensar en ello se sintió lleno de energía de nuevo.

—¡Vale! —gritó—. Uno, dos y ¡TRES!

La carretilla impactó contra la superficie plana de madera con el doble de la fuerza anterior y por fin hicieron caer la puerta. Las bisagras saltaron y la hoja se tumbó en medio de una nube de polvo

blanco.

Los policías por fin vieron lo que había al otro lado, en una estancia privada de la farmacia Hnos Expósito.

—¡Quieto! —gritó Álex, abriéndose paso entre la madera del suelo sin dejar de apuntar al hombre—. ¡Policía! ¡Levante las manos!

En cuanto Álex vio lo que sucedía en esa estancia se estremeció y sintió dos cosas a la vez: confirmación y horror.

40

Álex sintió confirmación al atravesar aquella puerta: ese era el hombre que buscaban.

Pero también sintió terror al ver lo que estaba haciendo: una lobotomía en directo.

A veces se había preguntado cómo sería. Cuando salía a correr, solía imaginarse el miedo y el dolor de sufrir una intervención de ese calibre. Pero nunca pensó que llegaría a ver una en persona.

El señor Expósito levantó las manos, sobresaltado. La imagen era terrorífica y nauseabunda. Frente a él, sentada en una silla, había una mujer muy parecida a Lucía Paredes, la hija del médico del orfanato.

Tenía la cabeza hacia atrás, y la habían maniatado a una silla modificada, reconvertida a un artilugio de cirugía vengativa, hecho de hierro, cuero y cuerdas.

La silla se encontraba sobre una tarima, que elevaba a la víctima a unos cuarenta centímetros: lo suficiente para que al verdugo le quedara su cara a la altura de trabajo. Lucía llevaba además un casco de cuero, atado con múltiples correas y cuerdas, para que la víctima, como en una telaraña, no pudiera moverse. En ese momento, la mujer tenía la boca abierta y los ojos cerrados; probablemente dormida o desmayada por el dolor. En el lóbulo derecho, entre el párpado y el ojo, aparecía un hilo de aluminio, que penetraba en el cráneo y del que goteaba un líquido gelatinoso, entre rojo y gris.

Sobre su pecho había un aparato que marcaba el pulso y la tensión arterial. Al lado de este, había un artilugio antiguo para dar descargas

eléctricas.

—¡Maldito hijo de perra! —gritó Karla al ver todo aquello—. Ya la estás soltando, cabronazo.

El señor Expósito se separó de la víctima y mantuvo las manos levantadas. Tenía un tic en la cabeza, el mismo que Álex recordaba.

Karla le metió la pistola delante de la nariz.

—Quítale eso, mamonazo, o te reviento el cerebro —gritó la policía.

El farmacéutico no dijo nada mientras miraba a la policía y luego con la vista perdida al vacío. Volvió a tener el tic.

—¡Ahora! —volvió a gritar.

La escena era kafkiana. El señor Expósito era un individuo corpulento, con el pecho marcado y de brazos potentes, el pelo rasurado y una pequeña malformación en la oreja derecha. Aquella pequeña deformidad le daba el aspecto de un luchador profesional. Delante de él estaba Karla, que desde su baja estatura le apuntaba con la rabia imparable que se despertaba en ella ante situaciones límite.

—¡Más rápido! —gritó al hombre.

Álex observó la escena apuntando al hombre, quedándose sin palabras ante la transformación casi demoniaca de su compañera.

El hombre se acercó para coger la varilla que salía de la mujer.

—Espera —dijo Álex—. Como hagas algún movimiento raro te hago saltar ese cerebro podrido que tienes.

El farmacéutico respondió con un gruñido sonoro y cogió la varilla. Con suma delicadeza comenzó a sacarla. Las dos pistolas le apuntaban. Sacó el palmo y medio de la varilla que había introducido en el cráneo de su víctima. Al verlo, los dos policías observaron sobrecogidos lo que había conseguido meter en el cerebro de la mujer.

—Karla. Sube y llama una ambulancia. Que venga cagando leches —gritó Álex.

—No te voy a dejar aquí solo…

—Karla, es una orden, maldita sea —dijo Álex—. Tienes que subir,

aquí no hay cobertura.

Ella tragó saliva y se fue.

Mientras ella salía, Álex no dejó de apuntar al señor Expósito.

—¿Dónde está el otro Expósito? —dijo Álex.

El hombre presentaba una expresión bastante despreocupada, más aún teniendo en cuenta que acababan de pillarlo *in fraganti*.

—¿Por qué lo has hecho, maldito cerdo? —dijo Álex apretando los dientes—. Si pudiera te daría una paliza, pero soy poli y tengo que ponerte delante de un maldito juez.

Aquel espacio privado era un laboratorio de los horrores. Seguramente había sido concebido con un plan meticuloso hasta que llegó el día de llevarlo a cabo. Era más grande de lo que parecía desde fuera.

—No, agente, mi hermano no tiene que ir delante de un juez, la responsable soy yo —dijo una voz desde un rincón sombrío de la amplia estancia.

Salida de la nada, la voz provocó un sobresalto al policía. Se giró y vio que se le acercaba una persona. Dio un paso hacia atrás, para tenerlos a los dos bajo la línea de tiro.

—¿Quién eres? —dijo Álex.

Mientras tanto, una mujer se le acercó también. Hasta entonces había permanecido en penumbra, sentada en una silla de ruedas.

—Mi hermano no se merece ningún castigo, ha hecho solo lo que yo le dije —dijo la mujer.

—No, hermanita, no es verdad, lo hemos hecho juntos, yo te ayudé con nuestro plan de venganza. ¡Venganza! —exclamó después corroborándolo.

— Señor policía, no crea que ha entendido —dijo la mujer en silla de ruedas—, porque no tiene ni idea.

—Puedo imaginar las cosas por las que ustedes pasaron, pero eso no es una justificación.

—¡Usted no sabe nada! —gritó la mujer—. Usted es un niño mimado por sus padres. ¿Qué puede saber de unos niños abandonados

y criados en un lugar donde nos usaron como cobayas de laboratorio? ¿Se cree que lo sabe? ¿Usted, con su vida perfecta?

Álex callaba y escuchaba, siempre apuntando con la pistola.

—No tienen derecho a matar a los hijos de las personas que les hicieron daño. Ellos no tienen nada que ver.

—Claro que tienen que ver —gritó dando un puñetazo encima del reposabrazos de la silla de ruedas—. Mire a mi hermano, le quedaron secuelas mentales, tics, perdió el control de los esfínteres, y mire esa deformación en la oreja.

Luego, empujando las ruedas acabó de salir de la oscuridad y se mostró por completo. La mujer tenía que rondar los cincuenta. Su rostro estaba formado por una aglomeración de protuberancias. Las orejas habían desaparecido y los ojos se escondían en una masa de erupciones cutáneas y granos.

Álex sintió una mezcla de miedo y compasión.

—El mundo tiene que saber, ella era nuestra última víctima.

—Espere, señora Expósito —dijo Álex, con tono más comprensivo —. Hace treinta años de esto. ¿Por qué ahora?

Ella se rio, mirándole con absoluto control de la situación.

—Porque habíamos pasado ya demasiado tiempo callados. Muchos niños murieron sin que nadie lo supiera. Decenas de querellas se presentaron en contra de Lypsia y siempre fueron rechazadas. Ahora hemos presentado un escrito a la prensa. Explicando muchas más cosas, cosas que hemos averiguado y que es hora que se sepan. Cosas de las farmacéuticas y de los orfanatos. En esa época no estábamos amparados por la ley, obviamente no por nuestros padres, y menos por los cuidadores. Desvelaremos quién nos suministró estas medicinas, quién nos violó, nos separó y muchas cosas más. Todo lo leerá en el informe que hemos enviado —dijo y concluyó mirándole intensamente—. Ya lo entenderá.

—¿Por qué hoy y no hace años?

La mujer miró a Álex y luego a su hermano.

—Me quedan pocas semanas de vida, policía. Quería irme

habiendo hecho justicia —dijo satisfecha.

—¿Esto? Esto no es justicia, señora Expósito.

—Señorita, por favor.

—Eso no es justicia, convertir a personas inocentes en vegetales. Con sus actos dejaron a otros niños huérfanos de madre o de padre.

—Pues que no hubieran trabajado para esa empresa.

Álex negó con la cabeza.

Se acercó a la mujer en la silla de las torturas y le tomó el pulso: era débil, pero parecía estable.

—Desátala —ordenó Álex al hermano.

Este obedeció. Primero le quitó el casco de cuero y las esposas, dejando a la víctima en la silla, sujeta solo por una correa a la altura de la cintura.

—La ambulancia está llegan… —dijo Karla y se interrumpió cuando vio a la mujer.

Primero le apuntó, luego se asustó al ver su rostro monstruoso.

—¿Quién es? —preguntó.

—La hermana, el cerebro de esta venganza —contestó Álex.

—Me sorprende mucho que hayan llegado hasta aquí, agentes —dijo la mujer en la silla acercándose un poco más.

—¡Quieta! —gritó Karla apuntándole.

—¿Cómo nos han encontrado?

—Yo no os he encontrado, es el destino que quería que os encontrara. Pero era solo cuestión de tiempo, porque vivo aquí cerca —dijo Álex.

—Es verdad, hermanita, este cabrón vive aquí arriba. Con una rubia que está de vicio —dijo tocándose las joyas de la familia—. Yo les he atendido varias veces.

—Era cuestión de tiempo, pero en el listado de los niños afectados por el NeoPhintia había unos hermanos Expósito. Y uno presentaba los mismos efectos secundarios que este señor que tengo delante, y que vive debajo de mi casa.

—Vaya —dijo la señora levantando las manos—. ¿Así de sencillo?

No me lo creo.

—Lo que no me creo es que hayan puesto una farmacia con sus nombres. Podían haberla llamado farmacia Veintidós Arroba o Farmacia García Faria. Y no Farmacia Hnos. Expósito.

—¿Y por qué no, agente?

—No soy agente, *señorita*, soy sargento —dijo Álex, marcando distancia y autoridad—. De todas maneras, ahora entiendo vuestro plan. Primero ejecutasteis las lobotomías a los parientes de la gente relacionada con el medicamento. Escribisteis el nombre en sus muñecas y esperasteis a que el revuelo social se disparase. Acto seguido, enviasteis el dosier con toda la información a la prensa para que la cosa estallase a nivel social y mediático.

—Alguien tenía que hacer algo —dijo la señora en la silla de ruedas.

—Claro, y teníais que ser vosotros —confirmó Álex asintiendo.

En ese momento se oyó la ambulancia que aparcaba delante de la farmacia, seguida de varios coches de la policía.

—Sargento, antes de que se vayan, tiene que hacerme un favor —dijo la mujer, casi con tono de súplica.

Él la miró sin entender y luego se encogió de hombros.

—A ver…

—Le voy a contar un secreto…

41

Era una mañana cualquiera para todos en Barcelona, menos para Álex. Ese día le esperaba el interrogatorio clave de la investigación.

Barcelona es una caja de sorpresas, se repetía Álex en su fuero interno mientras cruzaba en metro ese día lluvioso de febrero. Nunca le dejaban de sorprender sus ciudadanos y menos aún, sus historias.

Las personas lo miraban sin verle, sin saber quién era realmente. Sin recordar las numerosas veces que había aparecido en la televisión. Cabizbajos en los asientos, miraban sus móviles, y alguno que otro un libro.

Álex se sujetaba al frío palo delante de la puerta de salida, viendo cómo la gente, con cada parada, entraba más mojada en el vagón.

Se preguntaba quiénes eran, de dónde venían, y sobre todo, cuáles eran sus secretos más retorcidos. Después pensó en su conversación con Ana de camino a la prisión. A Álex le sorprendía la cantidad de asesinos en serie que había. A Ana le sorprendía justo lo contrario: que en Europa hubiera menos. Pero era poco consuelo, particularmente si la víctima terminaba siendo un familiar o un amigo.

Su parada llegó y bajó, mezclado con la masa de gente que corría hacia su puesto de trabajo. Se subió el cuello del abrigo y abrió el paraguas.

Entró en la cafetería de Rafael, Café Sirena, y pidió dos cafés de los más largos para comenzar la mañana con una buena inyección de cafeína en cuerpo. Mientras el encargado le servía hablaron del tiempo y de cómo cambiaba una misma ciudad según las condiciones

meteorológicas. Las noticias sonaban detrás de Álex; las últimas noticias en el canal de veinticuatro horas estaban centradas en el escándalo Lypsia.

En cuanto pagó, Álex se percató de que una lujosa berlina estacionaba delante de la comisaría. Bajó el chofer, abrió un paraguas y fue a abrir la puerta trasera contraria. Después acompañó hasta la puerta de entrada a un hombre trajeado.

—Bienvenido, cabronazo —susurró Álex.

—¿Cómo dices? —preguntó Rafael.

Álex cogió los dos vasos altos de papel y le hizo a Rafael un gesto, haciéndole entender que se iba. Dio la vuelta al edificio y entró por la puerta de personal. Subió las escaleras y se encontró a Karla.

Le dio uno de los cafés.

—Gracias. Acaba de llegar…

—Lo sé, lo he visto llegar —dijo él.

Ella abrió la tapa y olió la fragancia mientras cerraba los ojos.

—¿Dónde lo has metido?

—En la dos —contestó ella.

—Pues vamos, no tenemos un minuto que perder.

A los pocos minutos, los dos policías entraban en la oscura sala de interrogatorios número dos.

—Allí lo tienes —dijo Álex—. Cómo cambia la suerte de las personas en pocos días…

Karla miró a través del cristal oscuro; el hombre de traje se había quitado el abrigo, lo había dejado plegado en la silla y miraba a su alrededor. A veces contestaba alguna urgencia al móvil.

—¿Tenemos noticias del hospital? —preguntó Álex.

—Sí. Acabo de llegar. La operación quirúrgica de ayer ha sido satisfactoria según el equipo de médicos, así que esperamos que Lucía Paredes se recupere con las mínimas consecuencias.

Álex asintió mientras daba un sorbo al café.

—¿Qué piensas hacer?

—Está reñido, pero tendremos que trabajar con astucia y dando por sentado que sabemos más de lo que creemos. Es la única forma, y es ahora o nunca.

—¿Necesitas algo más?

Álex subió las cejas.

—Una dosis enorme de suerte.

Karla le dio una palmada en la espalda.

—A ti no te hace falta.

Álex se giró hacia ella.

—A todos nos hace falta. Más con un caso así —dijo y dio el último trago de café—. Acuérdate de contestarme tocando la pared cuando yo lo haga y vuelve aquí.

Luego dejó el vaso en la mesa, al lado de Karla, cogió una carpeta y entró a la sala de interrogatorios. La estancia olía a un perfume caro, una fragancia que podía perfectamente llegar de algún lugar recóndito del mundo.

—Buenos días, señor Ylla —dijo mientras cerraba la puerta a sus espaldas—. ¿Está usted cómodo?

El hombre ni siquiera se giró. Lo escuchó entrar y dejó que pasara por delante sin moverse.

Álex apoyó la carpeta del Cuerpo y se sentó enfrente. Lo miró con comprensión, una expresión falsa que había trabajado frente al espejo.

—¿Por qué me han hecho venir? —dijo el hombre secamente.

—Entiendo que tendrá muchas cosas por arreglar o gestionar en su empresa, pero necesitábamos verle. Nada urgente, Fernando, solo rutina —dijo y cambió a un tono más amigable. Se puso la mano a un lado, como si fuera a contarle un secreto—: Los jefes son muy quisquillosos y prefieren tener todos los temas atados.

El otro no se inmutó.

—Aquí me tiene —dijo levantando las manos—. Que sea rápido, por favor.

—Claro, claro, seguro —dijo Álex condescendiente—. Por cierto, ¿cómo están sus empleados?

Ylla cambió de expresión.

—Me alegro de que hayan cogido a esa gente y de que la mujer esté a punto de morir. No me arrepiento de decírselo.

Álex cambió su expresión.

—¿Cómo lo sabe?

—Los periódicos y en el telediario no paran de decirlo.

—Ah, claro. Obvio. Pero ¿cómo se encuentran sus empleados?

—Exempleados, ya no están capacitados para trabajar. Estarán en nómina vitalicia y cobrarán del Estado una pensión por minusvalía.

—Eso no es un buen presagio.

El director de la farmacéutica Lypsia negó con la cabeza.

—Sus secuelas los han dejado como unos vegetales.

—Ya sé de qué va eso, es una faena tremenda. Por los familiares y por ellos.

El director lo miró en silencio, mientras que Álex recordaba los casos que había visto.

—Sargento Cortés, estoy dispuesto a colaborar, pero no a perder tiempo. ¿Por qué me ha hecho venir aquí?

—Sí, justo es lo que le quería decir. Entiendo que le habrá dolido mucho que sus mejores empleados hayan sufrido estas agresiones.

—Obvio. He perdido a mis mejores empleados. También los apreciaba como personas. ¿Sabe que fuimos a comer juntos el sábado que vinieron?

—Sí, sí, claro. Pero el problema es otro, creo.

El director subió las cejas.

—¿Cuál, policía? ¿A qué problema se refiere?

—El problema es que se trataba de una venganza.

—¿Cómo dice?

—Claro, mire, si hubiese sido un caso sencillo no le habría molestado haciéndole venir. Pero verá, creo que es un caso más complejo de lo que imaginaba.

—No le sigo. Ya tenemos a nuestros verdugos, los locos que practicaban lobotomías a la gente, ¿no?

—Cierto, los tenemos y eso me alegra un montón. ¿Sabe? —dijo Álex y se adelantó con el cuerpo acercándose al director—. Pero hay un detalle importante…

Álex se calló para que el otro contestara.

—¿Cuál?

—Que su empresa se ha visto involucrada en un escándalo… el informe que llegó a la prensa de los hermanos Expósito tiene que haber afectado bastante a su imagen pública.

—Por eso le pido que sea lo más breve que pueda, tengo que gestionar innumerables cosas.

Álex asintió, mirándole.

—Claro, como la bajada de las acciones en Bolsa, la junta de socios, las farmacias que venden menos sus productos, las investigaciones internas de la comisión del Ministerio de Salud… Con ellos tenéis numerosos contratos de medicamentos estándar de la Seguridad Social. Y todo lo que nos escapa… ¿verdad? —dijo Álex con aire de comprensión.

—Es un momento difícil.

—Le entiendo, perfectamente. Sobre todo, porque no sabía el efecto dominó que podía causar este problema si estallaba. Así que con una información tan privilegiada como la que le di yo mismo el domingo en el campo de golf, tenía que hacer algo.

El director sacudió la cabeza.

—No le sigo.

—Claro. Me explicaré mejor. Cuando supo esto de Lypsia, usted ya sabía lo que los directores anteriores de la empresa habían hecho. Las guarradas, los experimentos y todo lo demás. Usted, obviamente, como buen director, ya lo sabía. Por eso cuando fuimos a hacer un registro no encontramos nada y estaba tan seguro de ello que se fue. Porque tuvo muchas horas para limpiar y quitar todas las trazas posibles. Menos una.

De repente el director cambió de aspecto, y las suaves arrugas alisadas por el bótox hicieron por primera vez acto de presencia.

—No entiendo lo que quiere decir —dijo después de carraspear.

—Sí, mire, esto lo encontramos en su oficina —dijo y sacó el primer documento de la carpeta, una fotocopia de la lista de los niños afectados y de los efectos colaterales que tuvieron.

El hombre, al verlo, abrió los ojos de par en par.

—Suponía que no lo sabía.

—Esto es una infamia, no sé qué es eso, no tengo ni idea. Tendréis que hablar con mi abogado, seguro que lo habéis escrito vosotros.

—Considere que crear una prueba falsa en un juicio son de dos a cuatro años de prisión para un policía, mientras que la calumnia de imputar una prueba verdadera como falsa es una pena de dos.

—Me imagino que tendrá algo más que esto para acusarme de cualquier cosa imaginaria que aún no me ha dicho.

—Veo que es un usted muy inteligente —dijo Álex apartando el papel—. Mire, para que esto no saliera a la luz, había que asegurarse de que ese profesor de la Universidad de Barcelona no abriese más la boca. Usted sabía que ese hombre no podía seguir vivo, pero los que vinieron antes de usted aún no habían hecho nada al respecto. Así que era el momento de actuar y de resolver ese cable suelto que tantos dolores de cabeza podía dar. Ese grano en el culo que podía reventar en cualquier momento.

Álex calló y analizó la cara del hombre. Intentaba mantener una expresión neutra, pero no lo conseguía.

—Así que usted decidió actuar, ¿verdad?

—No sé de qué me habla —dijo mirando hacia otro lado.

Álex se levantó y se acercó a la pared contraria del espejo donde eran observados y grabados.

—¿Conoce la teoría de los dos ladrones? —dijo Álex mientras cruzaba las piernas y le miraba—. ¿Cuando dos ladrones son capturados y la policía los interroga al mismo tiempo?

—La conozco —contestó Ylla.

—El primero que canta es el que se lleva la mejor parte, pero si canta el otro también, entonces…

—La conozco —gritó el director—. Maldita sea, es lo primero que te explican en estadística.

—Bien, Fernando, me alegro, porque… —dijo Álex y dio dos golpes a la pared.

Al segundo, al otro lado de la pared vinieron dos golpes más de repuesta.

—Bien, el interrogatorio comienza en el mismo momento, señor Ylla.

Este arrugó el ceño y lo miró perplejo.

—No le acabo de entender.

—Sí. Al otro lado de la pared están el francotirador que mató al profesor y mi compañera Karla Ramírez —dijo mirando el reloj—. Pero tranquilo, tenemos toda la mañana.

42

Fernando Ylla sonrió, diferente, cínico, casi provocador. Su mirada misteriosa y superior a las adversidades no alteró al policía que tenía enfrente.

Álex se sentó y sacó la siguiente prueba de la carpeta. Unas fotografías de una persona vestida de negro que saltaba el muro de la universidad con una funda de rifle.

—Aquí le tenemos. Este es nuestro hombre. El hombre que usted contrató para matar al profesor, justo cuando iba a hablar de Lypsia y del orfanato de Sant Jordi. Justo cuando iba a decir ese nombre, ¡BANG! —gritó y dio una fuerte palmada, que pilló al interrogado por sorpresa.

Fernando Ylla no se lo esperaba. De repente el sargento cambió de actitud y el interrogatorio dio un giro al mismo compás. Álex Cortés había recobrado su verdadera naturaleza, aunque el director de la farmacéutica no lo sabía. Y lo peor para él era que eso aún no había acabado, sino todo lo contrario.

El policía sacó más fotos, y lo miró a los ojos.

Fernando cogió una. En ninguna aparecía el rostro de la persona; la cámara no había conseguido capturarla. Rio y las dejó en la mesa.

—¿Por qué ríe? —preguntó Álex.

—Porque no sabe quién es…

—Está claro que sé quién es, por eso mi compañera lo está interrogando.

—¿Y cómo lo han encontrado?

—¿Confirma mi teoría?

—No —dijo riendo—. Pregunto cómo lo han encontrado, solo eso. Puede que se equivoquen de persona.

—¿Entonces confirma que contrató a un francotirador para quitar de escena al profesor? —le espetó Álex.

El director afinó la vista, y Álex interpretó que por su cabeza estaba pasando un tornado de ideas, de posibles respuestas y otras jugadas, como en una partida de póker. De interrogado a imputado, en pocos minutos.

—¿Entonces? —insistió Álex.

—Se está equivocando de persona. Lo lamento mucho por este hombre, pero de eso a ser un asesino, de eso hay un buen trecho —dijo y se levantó de la silla—. No me ha contestado, sargento. ¿Dónde ha conseguido encontrar a esa persona?

Álex se quedó callado, viendo cómo su principal imputado se iba.

El señor Ylla cogió su abrigo y se lo dobló sobre el brazo. Se acercó a la puerta y se giró como si fuera Clark Gable en la película *Lo que el viento se llevó*.

—Creo que me voy a ir, no tiene nada en la mano, señor Cortés —dijo y apretó la maneta de la puerta para salir.

La situación se había girado otra vez y el sargento se quedó en silencio. Estaba a punto de perder al imputado y el cierre de un caso que le había ocasionado muchos dolores de cabeza.

El director dio un paso fuera cuando Álex lo hizo detenerse.

—Vuelva a sentarse, señor Ylla. Se lo ordeno —espetó Álex—. No he acabado con usted.

Fernando se giró.

—Creo que tendrá que llamar a mi abogado y hablar con él, me he cansado de esto, y tengo muchas cosas por hacer.

—Me da bastante igual. Siéntese o le voy a arrestar por desobediencia a la autoridad. —Fernando Ylla hizo una expresión de incredulidad—. Y además le prometo que voy a convocar a una rueda de prensa comunicando lo que le acabo de decir. ¿Sabe cuál sería el efecto sobre las acciones de Lypsia Farmacéutica? —dijo y se rio

indicando la silla—. ¡Claro que lo sabe! Vuelva a entrar y siéntese. No hemos terminado.

El hombre se quedó de piedra. No podía jugar al farol, aunque aquello había acabado convirtiéndose en una descarada partida de póker. A un lado del tapete verde, había un policía con teorías y pruebas. Por el otro, un hombre acusado. La diferencia entre los dos era que, si el primero mantenía su promesa, las consecuencias las sufriría el segundo. Es lo que ocurre cuando en una partida hay uno que no tiene nada que perder.

Ylla inspiró profundamente, volvió a cerrar la puerta y se sentó tirando el abrigo encima de la mesa, encima de las fotos.

Álex, sorprendido, cogió el abrigo y lo tiró al suelo dejando otra vez las fotos a la vista.

—No me ha contestado —insistió el director—. ¿Cómo ha encontrado a esa persona?

—Sabe, hay algo que admiro en usted. —Fernando se recolocó en la silla y en su expresión apareció estupor—. La capacidad de ahogar las emociones.

—No le sigo —contestó el director.

—Sí, verá, cuando le he enseñado las fotos del francotirador, no ha hecho ni una microexpresión facial ni corporal. Y le aseguro que le he observado muy bien. ¡Nada! —dijo apoyando el codo en la mesa y gesticulando—. ¿Eso se lo han explicado en el ejército?

Esa pregunta fue como un puñetazo en el costado. El hombre se quedó mudo otra vez, anulando las expresiones, igual que había hecho al ver las fotos.

—Ve, es esto lo que le digo, me encanta. ¿Podría explicarme cómo lo hace? —preguntó con sarcasmo el policía—. En fin, usted sabe perfectamente que no hay nadie al otro lado de la pared, que mi compañera está al otro lado del cristal mirándonos. ¿Verdad?

Fernando Ylla ya no pudo aguantar más y comenzó demostrar cólera en su rostro.

—¿Me está diciendo que no hay nadie al otro lado? —dijo el

director apuntando la pared desde la que vino el ruido.

—No —contestó con seguridad—. Además, señor Ylla, ¿cómo íbamos a tener a un francotirador contratado, si fue usted quien disparó con ese fusil al pobre profesor?

Álex siguió mirando al hombre sin perder ni una sola mueca. En la sala dos de interrogatorios casi pudo sentir la energía y la herencia del profesor de la universidad.

—¿Cómo van a reaccionar mañana sus socios, los mismos que han confiado en usted, al enterarse de que usted es un asesino? ¿Se lo planteó antes de apretar ese gatillo?

Fernando miró al cristal y su rostro se volvió a reavivar. En su cerebro privilegiado apareció una idea, una escapatoria que tenía que aprovechar.

—No tiene nada en mano. Todo es un farol, un amago —dijo y se puso a reír.

Álex lo miró casi con pena.

—Se equivoca, Fernando. No hace falta ser Sherlock Holmes para atar cabos —dijo y se levantó de la silla y comenzó a caminar alrededor de la mesa—. No hace falta saber mucho para averiguar que Asuntos Internos le investigó por varios delitos cuando estuvo en el ejército, en las fuerzas de élite. Pero usted era hábil, no se quedó con la ambición de ser un simple militar. Cuando le echaron del ejército, se dedicó a formarse y a entender cómo iba el mundo de los negocios y comenzó a trepar, igual que hacía en los ejercicios militares por una cuerda llena de barro. Pero esta vez en trajes carísimos, y perfumado. No hace falta saber mucho para entender que era un tío que habría hecho lo que fuese para que este asunto no se destapase.

Álex hablaba mientras giraba alrededor del director y este lo iba siguiendo con la vista sin mover la cabeza.

—No hay que ser muy listo para entender que lo que habían hecho los otros directores de Lypsia era esconder la mierda bajo la alfombra, pero la bomba acabó en sus manos. Así que decidió que no sería el tío que pagaría el pato. Limpió las oficinas de Lypsia y aniquiló el último

cable suelto que había, el profesor, el último psiquiatra que quedaba vivo y conocía la historia del medicamento experimental NeoPhintia —dijo y se volvió a quedar quieto.

Álex se apoyó en la pared frente a Fernando Ylla. Guardó las manos detrás de la espalda después de arreglarse los rizos.

—El resto es comprobar celdas de su móvil, controlar en sus manos restos de pólvora, que persisten durante días. Esto, balística lo tiene en veinticuatro horas. Es encontrar el arma. Es saber que usted, como le he dicho, era un francotirador excelente en el ejército —dijo y concluyó con un gesto de la mano—. El resto, como le digo, son solo detalles de científica que nos llevaran pocas horas para confirmarlo.

Los dos se miraron. El director se quedó tan inexpresivo como al ver las fotos del hombre vestido de negro saltando la valla de la universidad.

El silencio pesaba como la verdad en la sala. A Álex le recordó a una contratación económica, a esos momentos en los que el primero que habla será el que rebaje sus condiciones.

—Tengo solo dos preguntas —dijo el director.

Álex le hizo un gesto para que continuase hablando.

—Aparte de todo… esto —dijo enseñando las fotos y el documento encontrado en el escudo del orfanato—. ¿Cómo lo ha entendido? Quiero decir, ¿cuál ha sido el elemento clave que le hizo clic?

—¿Quiere saber la verdad?

—Por favor, ardo por saberlo.

—La verdad es que solo eran suposiciones, pero gracias, me lo acaba de confirmar usted.

El director rio y se miró las manos.

—¿Y la segunda, señor Ylla?

—Estaba segurísimo de que en ese punto no había una cámara, no la había visto. ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba oculta?

—Pues la verdad es que usted tiene razón. No había ninguna cámara allí, desde ese punto mi compañera me hizo unas fotos con su móvil a mí —dijo acercándose a las imágenes—. Ese que salta en la

foto soy yo.

Fernando se rascó la cabeza, con cuidado para no descomponerse el cabello engominado.

—¿Le puedo pedir que no avise a la prensa? ¿Y que me permita salir por la puerta de detrás?

—Lo intentaremos —dijo Álex, e hizo un gesto en el cristal para que se lo llevasen.

—Mi padre decía que las cosas bien hechas se las tiene que hacer uno mismo.

Álex asintió.

—Curiosa frase, dicha por un traficante de cigarrillos muerto en los Pirineos a manos de un guardia civil. Muy irónico.

Fernando Ylla rio, pero en realidad le sentó como un segundo puñetazo en el costado.

A los pocos segundos la puerta se abrió y un compañero vestido en uniforme se lo llevó.

—Espere un momento —dijo el director y se giró hacia Álex—. ¿Por qué?

—¿A qué se refiere?

—Si ya tenía su culpable de las lobotomías, ¿por qué se ha ensañado contra mí?

—¡Porque usted es un asesino! Y además… ¿se acuerda del día que nos conocimos? Fue en el golf, el domingo. Usted nos trató como felpudos, como excrementos, seres que no estábamos a la misma altura que ustedes, los intocables jugadores de golf. Porque nunca hay que desestimar a quien tienes delante —dijo mirándole fijamente a los ojos—. Y por supuesto por la ley. Adiós, señor Ylla. Ya te lo puedes llevar —le indicó al compañero.

Fernando no dijo nada más y se dejó llevar por el mosso, aunque quejándose de que le estaba arrugando su caro traje.

ÚLTIMO CAPÍTULO

Víctor, el guardia de prisiones, le abrió la puerta a Ana.

Delante estaba el mismo cuartucho de la última vez, con sus paredes de un verde tirando a beige, un cristal separador y miedo, mucho miedo. Irracional, pero miedo.

La habitación era la misma, pero ella ya no lo era desde la primera vez que entró.

Nada era igual en su vida. Ana Cortés era otra persona, en plena evolución y cada vez más cerca del parto.

No era por la mano, eso ya estaba asumido; era por el proceso que había afrontado tras su primera entrevista con Néstor Luna. El mismo criminal que le había arrebatado su mano y su vieja vida, ahora le había brindado en bandeja de plata una nueva oportunidad: escribir un libro sobre él. Lo había aceptado solo porque su marido había perdido el trabajo, y le había parecido una buena oportunidad excepto por un detalle: que tendría que enfrentarse cara a cara al Asesino de Criptograma.

Al abrirse la puerta, se le cortó otra vez la respiración, pero recuperó la cadencia normal en cuanto vio que él no estaba. Néstor Luna aún no había entrado.

Se sentó, dejó la mochila y preparó libreta y grabadora. A los pocos minutos la puerta al otro lado del cristal se abrió. Apareció Néstor, esposado.

El asesino caminó hacia ella. Su andadura era diferente esta vez, casi torpe. Se sentó con dificultad. Su expresión era diferente del último día. Ella lo notó. No estaba tan nerviosa como el primer día, de

lo contrario, no lo habría notado.

—Nos volvemos a ver —dijo Néstor con aire dolorido—. Antes de lo que pensábamos todos.

La criminóloga había anticipado la reunión, ya que la publicación del libro tenía que ser adelantada.

Ana abrió la boca, estuvo a punto de decir algo, pero se calló.

—Dime, ¿qué me ibas a preguntar? —dijo él con tono amable.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó ella con tacto, casi avergonzándose de preguntar algo personal.

Él rio y miró a sus manos.

—¿Por qué me tuteas ahora? ¿Qué ha cambiado?

—Ya que vamos a conocernos, hagámoslo más fácil.

—Verás, las leyes de la cárcel son diferentes a las de allí fuera. Aquí hay alguien que manda.

Ella negó cerrando un poco los ojos. Luego se dio cuenta que no estaba grabando. Fue a apretar el botón de “REC” y se detuvo.

—¿Te importa? —preguntó respetuosamente, a la vista de las condiciones físicas del detenido.

—Claro que no, Ana, para esto estamos.

Ella apretó el botón y volvió a mirarle.

—¿Quién te ha hecho esto? —dijo Ana indicando los moratones de su cuello, las tumefacciones de su rostro y la dificultad en caminar del preso.

—Querida Ana, has venido antes de lo que nos esperábamos. Si hubieras tardado unos días más, esto habría pasado y no te habrías percatado de nada.

—Hay que informar al juez —dijo ella—. De inmediato.

—No Ana, en absoluto. Tú no informarás a nadie de nada —dijo Néstor serio, pero amable—. Esto no puede salir de aquí.

Ana se lo pensó. Después de valorar las posibilidades en silencio, contestó.

—De acuerdo, Néstor, no diré nada a nadie, pero dime por favor quién ha sido. ¿Un compañero de celda, algún familiar de una víctima,

un tío al que no le caes bien aquí dentro…? —dijo ella mientras que él negaba con la cabeza.

—No, Ana, la verdad es mucho más cruel —dijo él y esperó un momento antes de seguir—. El alcaide toma aquí la ley de su puño. Nunca mejor dicho.

—¿El alcaide? —dijo sin creérselo del todo—. ¡El alcaide!

Él asintió.

—Por eso quería unas copias de nuestras conversaciones.

—Ana, no te puedes imaginar lo que le revienta no saber qué estamos hablando en este momento. Te lo puedo asegurar —confirmó, agitando las esposas.

—¿Y por qué te ha pegado, Néstor?

Él suspiró, luego bajó la cabeza y con un dedo se frotó un ojo.

—El alcaide cree que tengo algo que ver con la desaparición de la mujer del juez.

Ella arrugó el ceño.

—Sí, Álex me ha comentado que ha desaparecido. Es el mismo juez que ha trasladado a tu madre —dijo, y luego cambió a un tono sorprendido—. ¿Y en serio no lo has hecho tú? ¿No te parece algo raro?

Néstor intentó subir las manos hasta donde pudo. La cadena le impidió hacerlo más de un palmo.

—¿Crees que yo puedo? —dijo perplejo.

—Pero no me has explicado por qué te ha pegado, ¿es familia del alcaide?

El negó.

—No, él solo quería conseguir una confesión mía y ponerse una medalla con el juez. Pero no lo va a conseguir, porque no sé nada.

La criminóloga iba apuntando en su libreta.

—¿Y tú de verdad no tienes nada que ver? Es difícil de creer —dijo ella con tono casi desafiante.

El negó.

—¿Sabes cuánta gente hay allí fuera que está enferma de la

cabeza?

—¿Te sientes uno de ellos? —dijo ella alzando la vista de la libreta.

—Querida Ana, yo soy un artista, no un vulgar pirado que rapta personas.

Ella se quedó callada y reprimió lo que pensaba de lo que acababa de decir.

—Pero Ana, hoy no te quería hablar de esto. Hoy dejaremos nuestro maravilloso juego para otro día, tengo que decirte algo más importante.

—Estoy a tu disposición.

—Había una persona más.

—¿Dónde?

—En mi listado de personas que compilé para mi ópera prima había una persona más. Tendrían que haber sido seis.

—¿Te refieres a la furgoneta delante de la comisaría?

Él asintió.

—¿Y esto qué tiene que ver, Néstor?

—Que le perdoné la vida.

—No tenía constancia de esa persona —dijo ella escribiendo—. ¿Quién es?

—No lo sé…

—No entiendo por qué es relevante ahora.

—Porque un asesino sabe reconocer a otro —espetó con voz demoníaca.

El cambio de actitud provocó un vuelco en el interior de la mujer.

—¿Me quieres decir que no mataste a uno de ellos porque era también un asesino?

—¡Ana! —dijo con el mismo tono que se reprocha a un niño—. No, ¡yo *creé* a un asesino! Mi ópera prima no es la furgoneta, eso es secundario, la obra de arte es que formé a alguien que seguirá con mi labor.

Ana se quedó congelada, casi sin respirar. Un escalofrío le recorrió

todo el cuerpo. De repente dejó de sentirse segura a ese lado del cristal.

¿Un discípulo de Néstor? ¿Libre? Sintió por un momento una presión en la garganta, como si la conversación tuviera manos y le apretara el cuello.

—¿Por qué me dices esto ahora?

—Porque puede que se haya enterado de lo del juez y haya sido él.

—¿En serio no tienes nada que ver tú con todo esto?

—Ana. Estoy atado e incomunicado, no puedo hablar con nadie menos que contigo.

Ella pensó si debía creérselo. Era algo difícil, pero al final solo podía hacer una cosa: seguirle la corriente.

—¿Por qué lo salvaste?

Él bajó la vista y le salió una sonrisa maliciosa.

—Me gustaba probar a mis víctimas… si me gustaban, entonces sufrirían menos.

A Ana le asqueó lo que acababa de decir.

—¿Qué quieres decir con probar? ¿Te refieres a sexo?

—Ya me entiendes, Ana, no hace falta que te lo explique —dijo y concluyó—. ¡Probar!

—Sigue.

—Al llegar al clímax, vi algo diferente en sus ojos; algo que no me hubiera imaginado encontrar nunca. Me vi a mí mismo, la misma expresión, la misma vocación, el mismo artista. Pero sin experiencia. Entonces lo tomé bajo mi ala y comencé a instruirlo. Le di vida a esa alma reprimida.

Se miraron. Él la observó con expresión de psicópata, sin pestañear.

Un ruido de fuera resonó dentro. La criminóloga se sobresaltó. La puerta se abrió.

—Es la hora, doctora, tiene que venir.

Ella se quedó mirando a Néstor, que la seguía observando como si nadie hubiese interrumpido su conversación.

—Hasta la próxima, Ana. Que tengas un buen día —dijo y luego sin que se diera cuenta Víctor, el agente de prisiones, se señaló un moratón—. Tenemos un trato, no me empeores las cosas aquí dentro y seguiremos hablando.

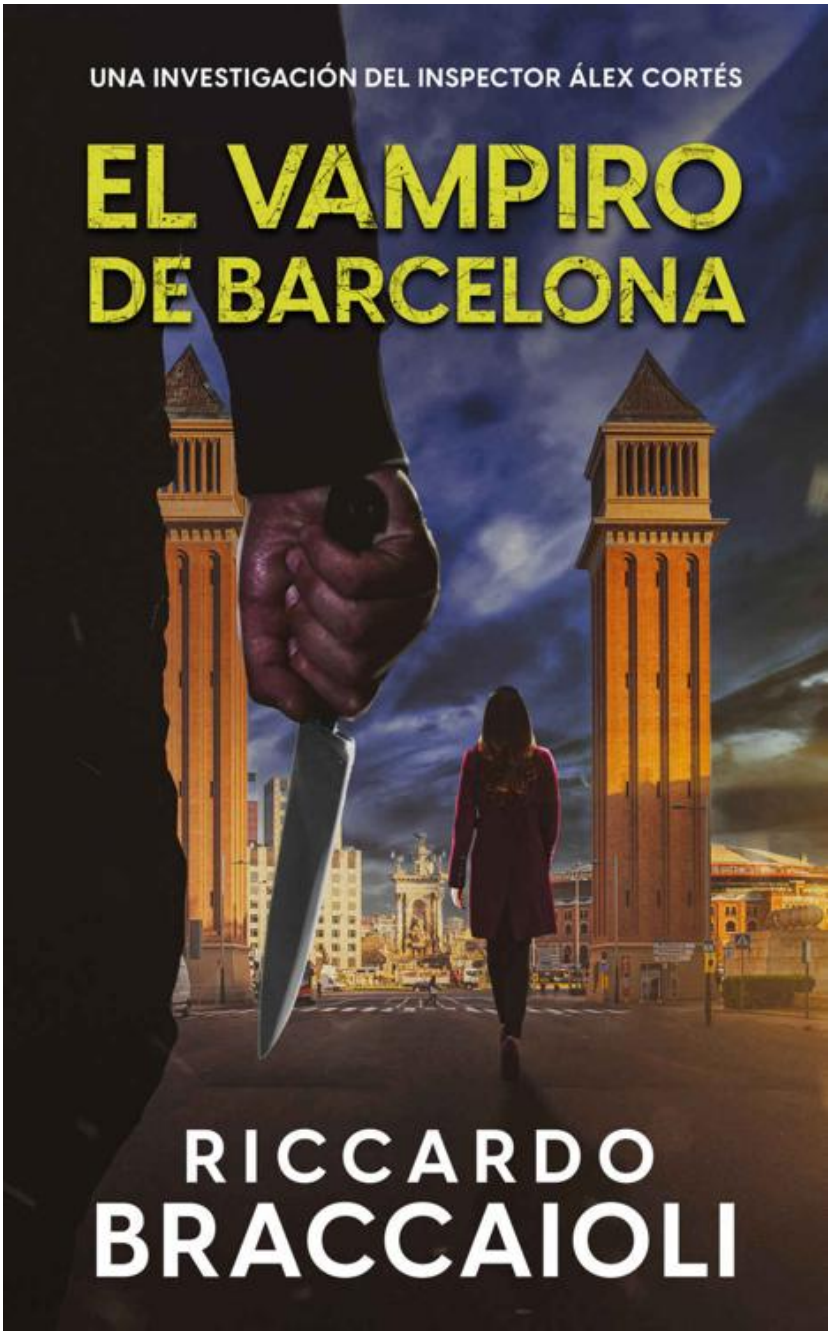
Ella asintió mientras guardaba sus cosas en la mochila. Luego salió sin volverlo a mirar.

Recorriendo el pasillo hacia el vestíbulo abrazó la mochila, como si fuera el peluche con el que dormía de pequeña. Se sintió de repente más aprisionada que Néstor. La seguridad allí fuera era un tema relativo. En cuanto vio a Álex se echó a llorar; solo quería salir de allí para contárselo todo. No se sentía con fuerzas para lidiar con un discípulo de Néstor. Solo entonces se acordó de un comentario de Álex. Recordó una foto en la que alguien que le ayudaba a levantar un congelador en el edificio de trasteros. Al final sus temores se habían materializado, su sospecha se había confirmado.

Néstor seguiría matando, aunque estuviese encerrado en la prisión más segura del país.

¡ADELANTO GRATIS!

La serie del sargento Álex Cortés continúa con:



A continuación puedes leer en EXCLUSIVA el **primer capítulo** de la quinta investigación de Álex Cortés, un pequeño adelanto antes de su lanzamiento:

PRIMER CAPÍTULO GRATIS

Sabadell.

Morgue central de los Mossos d'Esquadra.

Un día cualquiera con un cadáver cualquiera.

Así pensaba Alba Guevara que transcurriría su mañana en su reino de los muertos.

No tardó en descubrir que ese fiambre en la mesa de aluminio era diferente. Le practicó la autopsia y fotografió todo el cuerpo. Se centró en estudiar con más detalle el cuello y las heridas. Creía haberlo visto todo en su trabajo. Sin embargo, esa chica tan atractiva tenía dos puntos inquietantes que la hacían diferentes de un cadáver habitual.

Le costó trabajo abrirla y determinar la causa de la muerte. Se hizo las preguntas de siempre:

¿Dónde había muerto?

¿Cuándo había muerto?

¿De qué había muerto?

Y, sobre todo, ¿por qué ella?

Llamó a Álex Cortés, pero este no contestó. Entonces le envió un mensaje en audio.

«Hola Álex, soy Alba. Tengo algo que tienes que ver, esto es muy raro. Nunca he visto nada parecido. Lo sé, lo he dicho ya muchas veces, pero es que es así, y ya sabes que no miento ni soy exagerada. En fin, que me alargo y no quiero dejarte un podcast. Tienes que venir, esto no me gusta. He abierto un fiambre esta mañana que me han traído tus compañeros. La

chica ha muerto desangrada. Parece un shock hipovolémico. Pero hay algo que no te vas a creer, y creo que será bueno que vengas. Tiene dos agujeros en el cuello, sí, te imaginas bien, ya lo has pillado. Parece como si le hubieran sacado toda la sangre por ahí. En su cuerpo no queda ni una gota. Te espero, ven cuando puedas. Ciao».

¿Te ha gustado?

Descubre “El Vampiro de Barcelona”, la siguiente entrega del inspector Alex Cortés.

IR AL LIBRO

Varias chicas de compañía aparecen asesinadas, y el caso salpica a todos los estamentos de Barcelona. Todas tienen en el cuello una extraña marca, que solo Álex Cortés podrá descifrar.

El objetivo de este nuevo asesino en serie es claro: en su diana está el prototipo de mujer accesible, necesitada y con pocas personas que la reclamen una vez muerta.

El inspector Álex Cortés se enfrenta a un nuevo reto, aún más exigente, que difunde el pánico por la ciudad. Los periodistas aumentan todavía más la nueva ola de psicosis.

La policía encuentra puntos en común entre este caso y un antiguo crimen en otra ciudad del interior de España.

Álex tendrá que enfrentarse a *El Vampiro de Barcelona* para no verse arrastrado de nuevo a la condición de villano ante la opinión pública.

Mientras tanto, Ana Cortés sigue investigando el pasado de Néstor para entender, con una misión encubierta, si está detrás de la desaparición de la mujer del juez que cambió de centro a su madre.

El Vampiro de Barcelona es un **thriller**; una novela policíaca que te dejará pegado al sillón, pasando páginas y recorriendo las calles más inhóspitas de Barcelona, perseguido por un asesino en serie.

IR AL LIBRO

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este código:

¿Quieres ser copropietario de esta saga?

Hay una nueva forma de hacer libros y puedes participar

Descubre Escritor Tokenizado, una editorial revolucionaria.

ESCRITOR TOKENIZADO produce series de novelas, en un entorno digital y de forma democrática.
Crea un sistema autogestivo en el que **cualquiera** puede convertirse en **socio editor** de **proyectos literarios globales**.
Inversores, **lectores** y **fans** al mismo modo, participan no solo de las **letras**, sino también de los **números**.

Puedes entra en la web ESCRITOR TOKENIZADO, convertirte en SOCIO EDITOR y copropietario de esta novela.

En **junio** de **2023**, crea una editorial propia con todos sus libros y un **proyecto literario global**: escribir una novela al mes y traducirla a las 7 lenguas de mayor venta en el planeta. Además de publicarlas en varias **plataformas digitales** las vende en **librerías**.

La ha creado gracias la **tecnología Blockchain**, es decir un notario digital, de modo que los lectores de sus novelas puedan **ser partícipes de su carrera profesional como escritor.**

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este código:

SOBRE EL AUTOR

Riccardo Braccaioli (Italia, 1982) es escritor, conferenciante y emprendedor digital.

Ha escrito varios Best Sellers autobiográficos y de crecimiento personal como **DIARIO de una QUIEBRA**, **El PODER del FRACASO**, entre otros.

Con la **Serie Malatesta** y con la **Serie Álex Cortés** se ha consolidado como escritor de novela negra.

En **junio** de **2023**, crea una editorial propia con todos sus libros y un **proyecto literario global**: escribir una novela al mes y traducirla a las 7 lenguas de mayor venta en el planeta. Además de publicarlas en varias **plataformas digitales** las vende en **librerías**.

Este proyecto se llama **Escritor Tokenizado**.

Esta editorial ha sido creada gracias la tecnología Blockchain, que funciona como un notario digital, de modo que los lectores de sus novelas puedan **ser partícipes de su carrera profesional como escritor.**

Tienes más información en la web ESCRITOR TOKENIZADO. Puedes convertirte en SOCIO EDITOR y copropietario de esta novela.

Además, si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras una reseña en Amazon. Para nosotros, los autores que nos autopublicamos, es sumamente importante tener reseñas en la plataforma. Estas mantienen vivas las novelas.

Entre su obra destaca:

Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)

Asesinato en el Rally Costa Brava

El Plan Mónaco

Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta

El Secuestro Ferrari

Festival de Muerte

Última Salida

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo

El Hedor de la Verdad

Asesino a Bordo

El Diablo Nunca Duerme

Cuando Barcelona Perdió la Cordura

El Vampiro de Barcelona

Además, si seleccionas el botón "+ SEGUIR", Amazon te enviará mis novedades cuando las publique: